

para introducir en el hoyo en el siguiente golpe (ver la
ción 12).



¿Y TÚ QUÉ HACES AQUÍ?

Color de piel y racismo en la clase
alta mexicana

Eugenia Iturriaga



MEXICO CITY

ANOTHER BEAUTIFUL RESIDENCE IN CHAPULTEPEC HEIGHTS.

¿Y TÚ QUÉ HACES AQUÍ?

COLOR DE PIEL Y RACISMO EN LA CLASE ALTA MEXICANA

¿Y TÚ QUÉ HACES AQUÍ?

COLOR DE PIEL Y RACISMO EN LA CLASE ALTA MEXICANA

EUGENIA ITURRIAGA



SDI SECRETARÍA DE
DESARROLLO
INSTITUCIONAL



MÉXICO, 2023

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información

Nombres: Iturriaga Acevedo, Eugenia, autor.

Título: ¿Y tú qué haces aquí? : color de piel y racismo en la clase alta mexicana / Eugenia Iturriaga.

Otros títulos: Color de piel y racismo en la clase alta mexicana.

Descripción: Primera edición. | Ciudad de México : Universidad Nacional Autónoma de México, Secretaría de Desarrollo Institucional, 2023.

Identificadores: LIBRUNAM 2224498 (impreso) | LIBRUNAM 2224596 (libro electrónico) | ISBN 9786073083713 (impreso) | ISBN 9786073083706 (libro electrónico) (epub) | ISBN 9786073083690 (libro electrónico) (pdf).

Temas: Clase alta -- México. | Racismo -- México -- Aspectos sociales. | Discriminación racial -- México. | Discriminación racial -- México -- Estudio de casos. | Color de la piel humana -- México -- Aspectos sociales.

Clasificación: LCC HT653.M6.178 2023 (impreso) | LCC HT653.M6 (libro electrónico) | DDC 305.5209720904—dc23

Los contenidos de la obra fueron analizados con software de similitudes por lo que cumplen plenamente con los estándares científicos de integridad académica, de igual manera fue sometido a un riguroso proceso de dictaminación doble ciego con un resultado positivo, el cual garantiza la calidad académica del libro que fue aprobado por el Comité Editorial de la Secretaría de Desarrollo Institucional.

La edición y publicación de este libro fue financiada con recursos del Seminario Universitario Interdisciplinario de Racismo y Xenofobia.

AVISO LEGAL

¿Y tú qué haces aquí?

Color de piel y racismo en la clase alta mexicana

Esta edición electrónica de un ejemplar PDF de (9.8 Mb) fue preparada por la Secretaría de Desarrollo Institucional, la producción y formación fue realizada por Navegantes de la Comunicación Gráfica S.A de C.V., el diseño de portada fue elaborado por Sofía Paredes Pineda y el cuidado de la edición estuvo a cargo de Érika Maya Vargas.

Primera edición electrónica: 1 de diciembre de 2023.

D.R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria, Alcaldía de Coyoacán, C.P., 04510, Ciudad de México, México

Secretaría de Desarrollo Institucional

Ciudad Universitaria, 8o. Piso de la Torre de Rectoría

Alcaldía de Coyoacán, C.P., 04510, Ciudad de México, México

ISBN del PDF: 978-607-30-8369-0

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Hecho en México/ Made in Mexico.

CONTENIDO

AGRADECIMIENTOS	11
INTRODUCCIÓN	13
CAPÍTULO I	
¿Estás becada?	25
CAPÍTULO II	
Pero es morena... ..	55
CAPÍTULO III	
La cuenta la vamos a dividir en dos	77
CAPÍTULO IV	
¡Qué churro que entraste!	103
CAPÍTULO V	
El racismo mexicano: entre lo familiar y lo social	123
REFERENCIAS	143

*A Esther Acevedo,
mi madre*

AGRADECIMIENTOS

Estas páginas me dan la oportunidad de agradecer públicamente a aquellos que me han acompañado en este camino. En primer lugar, a mis colegas del Seminario SURXE con quienes –desde hace ya varios años– he discutido y analizado el racismo en México y las implicaciones que este sistema de opresión ha tenido en la conformación de nuestro país. En especial, agradezco a Olivia Gall, Jimena Rodríguez Pavón y Diego Morales, con quienes escribí durante la pandemia el libro *El racismo. Recorridos conceptuales e históricos*. Nuestras reuniones semanales no solo me mantuvieron cuerda durante el encierro, sino que también me permitieron pensar en el presente libro y la importancia de seguir analizando a los sectores privilegiados de la sociedad.

Agradezco profundamente a Álvaro Alcántara López quien discutió conmigo ideas centrales de este trabajo, leyó cuidadosamente el manuscrito en varias ocasiones y me hizo valiosas sugerencias. A Alicia Castellanos y Gilberto López y Rivas por alentarme a escribir este libro, con ellos conversé largamente sobre la idea de realizar *historias de vida* de la clase alta mexicana. A Gabriela Iturralde, con quien en los últimos años he tenido la oportunidad de pensar y desgranar el racismo. A Ricardo Pérez Montfort e Isaac García Venegas por su lectura minuciosa y sus sugerentes comentarios. Gracias también a José Luis Martínez Maldonado por su amabilidad, al poner a mi disposición varias fotografías. A la artista visual yucateca Sofía Paredes Pineda, por la obra que sirvió de base para la portada del libro. Agradezco a Coraima Reyes Urrego, una joven antropóloga, quien realizó las genealogías, mapas e ilustraciones de este libro y también me apoyó con transcripciones y búsqueda bibliográfica. De ella, valoro también la compañía de días y noches de trabajo, las carcajadas y las simplezas de la vida.

Un reconocimiento muy especial a “Inés”, “Teresa”, “José Arturo” y “Julia”, quienes generosamente compartieron conmigo su tiempo y sus historias familiares. Animarse a exponer la intimidad de la vida familiar y la complejidad de

las relaciones sociales requiere de una dosis combinada de valor, reflexividad y convicción por combatir las distintas formas de discriminación que operan en nuestro país. A todos ellos les doy las gracias por creer en este proyecto y abonar al conocimiento de un sector poco estudiado de la realidad mexicana.

El apoyo institucional resulta clave en muchas empresas académicas, en especial cuando se trata de la publicación de un libro. Reconozco a Rocío Cortés Campos, directora de la Facultad de Ciencias Antropológicas de la Universidad Autónoma de Yucatán, por las facilidades otorgadas para realizar trabajo de campo en distintas partes del país. También a la Secretaría de Desarrollo Institucional de la Universidad Nacional Autónoma de México por apoyar la publicación de este libro. Finalmente, extendiendo mi reconocimiento a los lectores anónimos que dictaminaron el presente libro, por el tiempo dedicado a esta tarea y sus observaciones críticas, que resultan fundamentales para la feliz conclusión de cualquier empresa académica.

INTRODUCCIÓN

*Recordemos que en una narración
lo importante no son los hechos,
sino el efecto de esos hechos.
Narrar es, ante todo, construir el efecto
que los acontecimientos producen.*

Ricardo Piglia

La antropología mexicana nace como disciplina científica a mediados del siglo XIX. Mientras que los antropólogos europeos y norteamericanos se enfocaban en conocer formas de vida distantes de Occidente, los antropólogos mexicanos querían estudiar la Otredad al interior de su propio país: los pueblos indígenas. Así, la antropología mexicana no solo brindó conocimiento sobre el pasado prehispánico para construir una historia nacional que diera identidad al mexicano y diferenciara a México del resto de las naciones, sino también buscó incidir en políticas públicas dirigidas a los pueblos indígenas.

Al llegar el siglo XX, antes y después de la Revolución, los antropólogos mexicanos se enfocaron en dos cuestiones: por un lado, en seguir haciendo un catálogo de las diversas culturas y pueblos indígenas del país y, por otro, en formular políticas públicas para la integración de la población indígena a la nación. Carlos Basauri dedicó años de trabajo a realizar etnografías orientadas a la clasificación de los distintos pueblos indígenas de México.¹ Leopoldo Batres clasificó a varios pueblos indígenas tomando en cuenta los caracteres exteriores, anatómicos, fisiológicos y patológicos (Suárez, 1987). Alfonso Caso, Julio de la Fuente y Gonzalo Aguirre Beltrán –desde el Instituto Nacional Indigenista, creado en 1948– formularon políticas públicas de integración para los pueblos indígenas.² Así, durante la primera mitad del siglo XX la antropología mexicana se enfocó principalmente al estudio de los pueblos indígenas y de su integración a la nación.

¹ En 1929 publicó *Monografía de los Tarahumaras*; en 1931, *Tojolabales, tzeltales y mayas: breves apuntes sobre antropología, etnografía y lingüística*. En 1940 publicó tres tomos de *La población indígena de México. Etnografía*.

² Por ejemplo, los tres tomos de *La política indigenista en México* publicados por el Instituto Nacional Indigenista en 1952, 1954, 1962, respectivamente. El libro *Educación, antropología y desarrollo de la comunidad*, de Julio de la Fuente, fue publicado en 1964; *El indigenismo en acción*, de Gonzalo Aguirre Beltrán, Alfonso Villa Rojas y Agustín Romano Delgado, se publicó en 1976.

Hacia finales de los años sesenta del siglo xx, una nueva generación de antropólogos lanzó una fuerte crítica a la relación que la antropología mexicana había guardado con el Estado.³ México había dejado de ser un país rural y la mayoría de la población se concentraba en las principales ciudades. La industria había crecido y con ella también los cinturones de miseria en las grandes centros urbanos. A la par de aquella modernización también hubo un proceso de proletarización del campesinado. Los temas de investigación de los antropólogos mexicanos se diversificaron y nuevos actores sociales aparecieron. Las etnografías tuvieron lugar en nuevos espacios y el mundo urbano abrió la puerta a distintas reflexiones. Los pueblos indígenas dejaron de ser el principal foco de la antropología y, como lo muestra la vasta producción antropológica mexicana, la atención se siguió centrando en los grupos subalternos.

En México son pocas las etnografías que se han realizado sobre la clase alta o los sectores dominantes. Esto se puede deber a que el trabajo antropológico es un conocimiento situado que requiere relaciones cara a cara. Los integrantes de las clases altas se mueven en espacios restringidos y de difícil acceso, por lo que escudriñar en su mundo implica todo un reto para quienes practicamos la antropología. Las pioneras en estudiar –con un enfoque antropológico y etnográfico– a grupos privilegiados mexicanos fueron Larissa Lomnitz y Marisol Pérez Lizaur. En 1987 publicaron *A Mexican Elite Family, 1820-1980. Kinship, Class Culture*.⁴ Este libro, traducido al español en 1993, hace la reconstrucción histórica y etnográfica de la familia Gómez, una familia de clase alta y parte de la élite empresarial mexicana. Las autoras dan cuenta, a través del análisis de tres generaciones, de las estrategias, la vida cotidiana y los rituales que dan identidad a este grupo social. En 1994, Luis Ramírez Carrillo publicó *Secretos de familia. Libaneses y élites empresariales en Yucatán*, en el que analiza la migración libanesa que llegó a la península de Yucatán a finales del siglo xix y sus descendientes. Esta etnografía, hace tanto una reconstrucción histórica, como entrevistas a miembros de la comunidad libanesa. Además, da cuenta de cómo a través de la endogamia y redes de apoyo, este grupo se

³ Ver el trabajo de Arturo Warman, Guillermo Bonfil, Margarita Nolasco, Enrique Valencia y Mercedes Olivera en: *De eso que llaman antropología mexicana*, publicado en 1970.

⁴ Traducida con el título: *Una familia de la élite mexicana, 1820-1980. Parentesco, clase y cultura* (1993).

fue consolidando en una élite empresarial muy poderosa, tanto en el terreno económico como en el político. En 2004, Hugo Nutini publicó *The Mexican aristocracy. An expressive ethnography 1910-2000*, un trabajo que analiza la aristocracia del centro de México. En su obra, Nutini echa mano de entrevistas que realizó a lo largo de 25 años de trabajo de campo. Con ellas, busca dar cuenta del *imago mundi*⁵ de este grupo social. En 2016 publiqué *Las élites de la ciudad blanca. Discursos racistas sobre la otredad*, obra en la que mostré algunos de los mecanismos mediante los cuales se construye y opera el racismo hacia la población maya en la ciudad de Mérida, Yucatán. Por último, en 2019, Hugo Cerón-Anaya publicó *Privilege at Play: Class, Race, Gender and Golf in Mexico*, una etnografía que habla sobre el privilegio de la clase alta mexicana. Al adentrarse en el mundo del golf, Cerón busca explorar de forma crítica las dinámicas de dominación y subordinación que se articulan en espacios privilegiados. Hasta hoy, estas son las cinco etnografías que se han realizado sobre las élites económicas y la clase alta mexicana.

I

En los últimos años se empezó a visibilizar el racismo que afecta a la mayoría de la población: las personas morenas. Se comenzó a cuestionar el papel que tenía el color de piel en las relaciones sociales que se establecían en México. La discusión salió de la academia e inició un debate público. En 2018, apareció una serie en *Netflix* titulada *Made in Mexico*, un *reality show* donde un grupo de jóvenes mexicanos se propone mostrar al mundo que en México hay “gente linda”, con gustos cosmopolitas, que toman *aperol spritz* —la bebida de moda para el verano—, que su forma de vida es como la de los habitantes de Beverly Hills. En esos años, también apareció en twitter la cuenta @LosWhitexicans, que exhibía a un sector privilegiado que parece vivir en una burbuja y no conocer la realidad del país. Muchas personas reaccionaron a los *twits* de esta cuenta diciendo que se trata de *racismo a la inversa*.

⁵ *Imago mundi* hace referencia a la forma en la que las personas entienden y definen las fronteras del grupo al que pertenecen.

La película *Roma*, también estrenada en 2018, y la nominación de Yalitza Aparicio a un premio Oscar generó en la sociedad mexicana múltiples reacciones. Hubo quien dijo que actuar no “era representarse a sí mismo”, que “eso cualquiera lo podía hacer” –asumiendo que Yalitza era trabajadora del hogar– y también hubo quien defendió la actuación de Aparicio como la de una gran actriz. El triunfo de Andrés Manuel López Obrador (AMLO) en las elecciones presidenciales de julio de 2018 polarizó sectores de la sociedad, mostrando que en México no todos se sienten iguales. Los continuos enfrentamientos en redes sociales virtuales entre *fifis* y *chairros* es una muestra de ello. En este contexto, se empezó a visibilizar una conexión explícita entre el color de piel y clase social. Actores como Tenoch Huerta, Maya Zapata y Yalitza Aparicio han denunciado el racismo del que han sido víctimas por su color de piel y, en mayo de 2021, dieron a conocer en redes sociales la campaña #poderprietio. En 2022, el propio Huerta publicó un libro donde explica qué es para él *racismo* y cómo él lo ha experimentado.

También a través de redes sociales como *Facebook*, *Twitter*, *Instagram*, *TikTok* y los canales de *YouTube*, personas que no tenían acceso a los grandes medios de comunicación han podido ahora expresar su opinión y ser escuchados más allá de su propio círculo. Las nuevas tecnologías han permitido que un gran público pueda consumir contenidos que no son producidos por los grandes consorcios televisivos, sino por cualquier ciudadano. A través de las redes se ha mostrado la opulencia y despilfarro de las clases altas, como sus viajes por el mundo –publicados en sus cuentas de *Instagram*. Al mismo tiempo han proliferado videos, chistes y memes sobre el aspecto físico, falta de dinero o poco “refinamiento” de personas morenas, consideradas de clases medias y bajas. También ha aumentado la circulación de cápsulas, *Reels*, *TikToks* –elaborados alrededor del mundo–, explicando qué es el racismo y cómo opera. Conceptos como *colorismo*, *privilegio blanco*, *raza blanca*, *ceguera racial* se hacen cada vez más presentes en el debate. Una asignatura pendiente será reflexionar sobre la pertinencia de utilizar estos conceptos para entender y combatir el racismo mexicano.

Este libro está organizado a partir de cuatro *historias de vida* de personas que pertenecen a la clase alta. Su objetivo inicial es dar cuenta del lugar que ocupa el color de piel en las clases altas. Para cumplir este propósito, debía encontrar personas dispuestas a hablar conmigo sobre el tema, sabiendo que su relato

sería publicado. Como científica social, considero que –al hacer etnografía– la ética es fundamental, por lo cual resulta imprescindible explicitar el propósito de la investigación a los entrevistados. Pensé que las personas morenas estarían más abiertas a hablar del tema, pues era posible que hubieran experimentado el estigma que representa su color de piel en esa clase social. Hoy en día, hablar sobre la preferencia por la tez clara no suele considerarse políticamente correcto y quizá las personas de clase alta de tez clara no estarían tan abiertas a tocar el tema. Es por ello que las personas que fueron invitadas a participar en esta co-escritura tienen una tez morena. Para la elaboración de las *historias de vida*, acordamos que la pauta de la narración le daría el papel que el color de piel ha jugado en su vida. Al terminar de escribir en colectivo estas historias, comprendí que probablemente había sido un acierto, pues como me dijo Inés –una de las protagonistas de este libro– su marido “no entiende el racismo porque no lo vive”. A las personas de tez clara y con dinero rara vez se les cuestiona su presencia en los círculos en donde se mueven. Difícilmente alguien les preguntará: *¿Y, tú, qué haces aquí?*

II

Las clases sociales, como lo han hecho notar innumerables sociólogos y economistas, juegan un papel muy importante en el sistema de diferenciación de las sociedades capitalistas. Por ello, el estudio de las clases resulta estratégico para poder entender a estas sociedades. Para la tradición marxista, la clase social es un concepto analítico y una categoría histórica que “se basa en la relación de los hombres con los medios de producción” (Stavenhagen 1962: 82). La sociología norteamericana de la primera mitad del siglo xx –y buena parte de la sociología latinoamericana– diluyó el significado original que Marx le dio a la clase social, identificándola con una estratificación social. Esta identificación ha hecho que los dos fenómenos se confundan. El sistema de estratificación representa una escala graduada en la que los investigadores pueden hacer las divisiones que quieran y establecer las clases, capas o estratos que les convenga: clase baja, media y alta, o las que consideren

pertinentes para su estudio (Stavenhagen, 1962: 73). Es por ello que siempre se debe tener presente sobre qué bases y criterios se constituyen las clases.

Hacia finales de la década de los setenta y principios de los años ochenta, el sociólogo francés Pierre Bourdieu propuso que la clase social está definida no por estratos –como proponía la sociología norteamericana– ni por la relación con los medios de producción –como proponían los marxistas–, sino por su *habitus*. Este autor entiende al *habitus* como un conjunto de disposiciones que los actores sociales han internalizado a través de los distintos procesos de socialización en los que transcurre su vida. Las personas con un mismo *habitus* tienden a compartir formas de pensar y estilos de vida parecidos. En *La Distinción* [1979] y *El sentido práctico* [1980] Bourdieu considera que el peso explicativo de la *clase* radica en exponer las prácticas sociales.

Para comprender las prácticas sociales al interior de las clases, es muy importante dar cuenta de los distintos capitales que poseen los individuos. Además del *capital económico*, existen otros capitales que las personas ponen en juego para obtener ventajas, como el *capital cultural*, el *capital social* y el *capital simbólico* (Bourdieu, 2003). Para el análisis de las *historias de vida* que se cuentan en este libro, retomé algunos elementos de esta propuesta.⁶

En el 2020, el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) realizó una clasificación de la población mexicana en clases sociales. Estableció tres clases sociales siguiendo el criterio de ingresos económicos. Para formar parte de la clase alta, el INEGI fijó un ingreso mensual de más de 78 mil pesos. Con ese criterio, en 2020 solo el 0.8% de la población pertenecía a la clase alta.

⁶ Para entender las prácticas sociales, Bourdieu construye tres conceptos que se llevan a cabo en el espacio social: *campo*, *habitus* y *capital*. Para este autor, el *espacio social* está compuesto por una yuxtaposición de campos. El *campo* es “un espacio de fuerzas constituido por la distribución desigual de un capital que genera posiciones diferentes entre los agentes y las instituciones que participan, que comparten intereses y apuestas [...] y que *luchan* por la acumulación de ese capital específico” (Gutiérrez, 2003: 468). Para Bourdieu, el campo no es una estructura sin vida, es un espacio de juego que existe en la medida en que hay jugadores que están dispuestos a jugar y que están convencidos que hay inversiones y recompensas. En las historias de vida presentes en este libro, podremos ver distintos campos donde los agentes sociales ponen a prueba sus capitales –como son las escuelas, las fundaciones, los clubes y eventos sociales–.

Esto representaba alrededor de 430 mil hogares de México.⁷ Si bien este estrato es sumamente reducido, en comparación al resto de la población del país, su interior es muy heterogéneo. Hay familias que por generaciones han acumulado una gran riqueza; empresarios que pueden generar los 78 mil pesos diariamente; y otras personas que —a través de su salario, ya sea en el sector público como en el privado— pueden obtener ese ingreso mensual. En mi opinión, el ejercicio del INEGI constituye un claro ejemplo de un modelo de estratificación, en la medida que es descriptivo y estático, más no explicativo. No obstante, me parece que logra dar cuenta de la enorme desigualdad económica que se vive en el país.

III

Una *historia de vida* no es una biografía. Las biografías forman parte de un género histórico-literario donde el investigador reconstruye la vida de un individuo, generalmente sobre la base de cierta documentación.⁸ En sus versiones “clásicas”, este género se enfoca en personajes históricos destacados en algún campo de la ciencia, la política o el arte. En cambio, las *historias de vida* son un relato narrado en primera persona que protagoniza alguien “común y corriente”, una persona que pertenece a la sociedad o grupo que se quiere estudiar.

En la antropología, las *historias de vida* representan una opción metodológica y son producto del diálogo entre el antropólogo y la persona que está dispuesta a co-escribir un texto sobre su vida.⁹ Juan José Pujadas define las

⁷ Según el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), alrededor de 430 mil hogares en México pertenecen a la clase alta, esto representa el 1.2% del total. Recuérdese que si el parámetro es la población total, solo el 0.8 de ella queda incluida dentro de la “clase alta” (INEGI, 2021). Los ingresos que estableció para esta medición fueron: clase alta, 77 mil 975 pesos mensuales; clase media, 22 mil 927 pesos mensuales; clase baja, 11 mil 343 pesos mensuales. En el 2020, los cinco estados con un mayor porcentaje de hogares pertenecientes a la clase alta son: Ciudad de México 3.1%; Nuevo León 2.8%, Colima 2.6%, Querétaro 2.4%, Yucatán 2.3%. Baja California Sur 1.7% (INEGI, 2021).

⁸ Ver Giovanni Levi, *Los usos de la biografía* (1989).

⁹ Las historias de vida son una técnica que ha sido utilizada por otras disciplinas como

historias de vida como: “relato autobiográfico, obtenido por el investigador mediante entrevistas sucesivas, en las que el objetivo es mostrar el testimonio subjetivo de una persona, en la que se recojan tanto los acontecimientos como las valoraciones que dicha persona hace de su propia existencia” (1992:47-48). La historia de vida no es la interpretación del antropólogo sobre un relato, es un material escrito en conjunto y consensuado.

En la antropología mexicana del siglo xx hay dos obras clásicas que utilizan esta técnica: *Juan Pérez Jolote. Biografía de un tzotzil*, de Ricardo Pozas Arciniega y *Los hijos de Sánchez* de Oscar Lewis. La primera obra fue publicada por primera vez en 1948. En ella, a través de la vida de un solo individuo, Pozas da cuenta de las costumbres y relaciones sociales al interior del pueblo de San Juan Chamula (en los Altos de Chiapas). El libro, narrado en primera persona, da cuenta de las transformaciones ocurridas en una comunidad tzotzil. *Los hijos de Sánchez*, por su parte, se publicó en 1961. En este libro Oscar Lewis, a partir de cinco historias de vida de una familia de clase baja de la Ciudad de México, da cuenta de la cotidianidad de los sectores populares, así como las estrategias que estos ponen en juego para sobrevivir en la pobreza. En su momento, ambas obras fueron criticadas por considerar que no contaban con un rigor científico y por utilizar una metodología cualitativa, en un momento en que el prestigio académico en las ciencias sociales estaba basado en técnicas y herramientas estadístico-cuantificables.

Para construir una historia de vida, los antropólogos empezamos por realizar lo que Pujadas (1992) llama “relatos biográficos”. Estos son el registro literal de las sesiones que se tienen con la persona entrevistada. Un relato biográfico se transforma en historia de vida cuando la persona entrevistada revisa, reelabora y ordena junto con la antropóloga el texto. O precisa, suprime y agrega partes de él. Para realizar una historia, primero debe escogerse minuciosamente a las personas que pueden contribuir a desarrollar el tema que el investigador quiere trabajar. Después, explicarles los objetivos de la investigación y, si están de acuerdo en participar, entonces convenir con ellas la coautoría de las historias de vida. Eso puede llevar su tiempo, pues no a todas las personas les gusta hablar de sí mismas.

la sociología y la historia. Los historiadores han recurrido a ellas en el marco del posicionamiento de la historia oral como una fuente relevante en los estudios históricos (Restrepo, 2016: 61).

En 2022, me propuse realizar este libro recurriendo a las historias de vida, pues considero que permiten profundizar en el mundo de los valores y las subjetividades de las personas y desde ahí dar cuenta de fenómenos estructurales que atraviesan a las sociedades. Coincido con Ferrarotti (1991), en que una sociedad se puede comprender a partir de uno o varios relatos de vida si estos son leídos como interacciones sociales, pues cada acto individual es la totalización de un sistema social. Un individuo nunca es un solo individuo, pues se mueve y sigue las pautas de una sociedad: es la síntesis de elementos sociales. Para Ferrarotti, la historia de vida es la concreción de lo social en lo individual, es una metodología que sostiene que en la vida de cada cual reside la sociedad toda vivida subjetivamente, pues una sociedad existe en sus miembros o no existe en absoluto (1981: 4).

Después de hacer contacto con varias personas que cumplían con los criterios que me había planteado para llevar a cabo esta investigación y acordar el trabajo conjunto, se programó la primera sesión para hacer una entrevista en profundidad. Esta tiene que realizarse en un lugar cómodo, pues requiere de varias horas. De las cuatro historias que aparecen en este libro, solo una se desarrolló en un café, las otras se llevaron a cabo en casa de los entrevistados. Las sesiones fueron grabadas y, al tiempo que las personas me iban relatando su vida, me enseñaban fotografías: “Mira, esta es mi mamá, esta es la foto de la abuela”. Muchas de estas las tenían guardadas en el celular. También me decían: “por algún lugar tengo una foto del bisabuelo, la voy a buscar” o “le voy a preguntar a mi hermana, seguro ella sabe dónde quedaron”. Incluso, una de las co-escriptoras, Teresa, me enseñó los recetarios de su abuela.¹⁰

El siguiente paso después de la primera entrevista es la transcripción. Es fundamental que el escrito refleje el estilo personal de la persona entrevistada. Este es un proceso largo donde hay que analizar los *lapsus* y huecos informativos. Este trabajo nos permitirá realizar la segunda entrevista más eficientemente. Previo a nuestra segunda sesión, le envié a cada uno de los coescritores la transcripción de su relato para que pudieran revisarlo y empezar a tomar

¹⁰ Hay algunos autores, como Bertaux (1993) o Pujadas (1992), que consideran que las historias de vida deben ir acompañadas de otras fuentes documentales, en una suerte de verificación. Yo coincido con Ferrarotti (2007) en hacer una apuesta epistemológica que signifique a lo social en un individuo concreto, histórico y situado. Por ello, considero que no es necesaria una verificación documental.

decisiones sobre lo que permanecería y lo que querían que fuera removido de la versión que sería publicada. Este es el momento en el que se pasa de *relato biográfico* a la *historia de vida*.

En la segunda reunión, fue posible examinar los relatos de vida y volver a pasajes que consideramos importantes, así como acordar los episodios que querían dejar fuera de la historia. La persona entrevistada tiene todo el derecho de proteger su intimidad y saber que todo lo que se publique tiene su consentimiento. Para guardar la confidencialidad, acordamos modificar los nombres, los apellidos y, en ocasiones, también los lugares. La negociación de los nombres fue una parte que disfruté: “no, cómo crees que me voy a llamar así. ¡Así se llama mi suegra, ponme Susana o Magdalena!” “No, no te puedo poner Susana, te llamas como tu bisabuela, y en el siglo XIX no era común ese nombre. Tampoco te puedes llamar Magdalena porque seguro que tendrías un diminutivo, y tu no usas diminutivos, escoge un nombre corto y que se usara en el siglo XIX como... Julia, Teresa, Carmen o Inés”. Los apellidos se cambiaron por otros que estuvieran presentes en la región donde se cuentan las historias. En el caso de apellidos compuestos, fueron sustituidos por otros también compuestos.

La elaboración de la historia de vida también pasa por varias etapas. Hay un proceso de edición, pues se ordena la información cronológica y temáticamente. En la segunda, tercera, cuarta y, en una ocasión, quinta entrevista, volvimos a algunos pasajes en donde quedaron vacíos o hizo falta desarrollar ideas. Durante las sesiones, yo trataba de realizar preguntas que desencadenara la narración y que con los fragmentos de memorias pudiéramos concluir el relato. Para dar por terminada una historia, teníamos que llegar a un nivel de *saturación*, es decir, que la información se empezara a repetir (Bertaux, 1993: 4). El número de sesiones no se estipula desde el inicio, este depende de la persona con la que se trabaja. A cada historia hay que darle el tiempo que necesite.

En las *historias de vida* se puede introducir una voz en tercera persona para dar cuenta del contexto histórico en el cual se desarrolla la narración. Otra opción es recurrir a notas a pie de página. Yo opté por la segunda opción, pues considero que sin interrumpir la voz de quien narra su propia historia, son un buen espacio para contextualizar históricamente los relatos. A través de las notas a pie de página, las cuatro historias de vida se entretajan con la historia de

México, y entre sí. En ellas aparece la independencia de Texas; las migraciones nacionales y extranjeras; las políticas gubernamentales de industrialización y modernización que modificaron la geografía del país con la construcción de carreteras, presas y desarrollos turísticos; la incorporación de la mujer al mercado laboral, la gentrificación de algunas de zonas residenciales de la Ciudad de México. Los relatos inician en el siglo XIX y llegan hasta el tiempo presente.

En este libro el lector encontrará lo que se conoce como *historias de vida de relatos múltiples*, es decir, se trata de experiencias distintas centradas en un solo objeto. En este caso, el objeto es el color de piel en las clases altas de sociedad mexicana. La idea de presentar estas cuatro narraciones es que formen un coro polifónico en el que se escuchen voces, timbres y tesituras diversas que al reunirse conformen un todo mucho más complejo. Mi apuesta es que este ensamble de testimonios sea un hilo conductor que nos permita reflexionar sobre las formas en que una clase marca sus fronteras, delimita sus espacios y distingue a las personas.

CAPÍTULO I

¿ESTÁS BECADA?

Mi bisabuelo, el papá de mi abuelo Alonso, nació en 1845 en Piedras Negras, Coahuila. Se llamaba Mariano González Treviño. Supongo que su familia contaba con solvencia económica. Evaristo Madero -quien años más tarde sería su cuñado- se lo llevó a él y a otro pariente a estudiar al extranjero.¹ Mi bisabuelo Mariano estudió ingeniería en Amberes, Bélgica. Cuentan que salieron de Piedras Negras en 1871 a caballo, en una diligencia cruzaron Estados Unidos y en Nuevo Orleans tomaron un barco que los llevó hasta Saint Nazaire, en Francia. De ahí viajaron a Bélgica. Él pasó cuatro años en Europa, cuando regresó se casó con mi bisabuela Inés Benavides, que también había nacido en Piedras Negras. Los Madero eran hacendados, tenían muchas tierras en el norte. Era una familia de mucho dinero y parientes cercanos de mi bisabuelo.

¹ Evaristo Madero nació en 1828 en la Hacienda “Los Rosales” en el entonces estado de Coahuila y Texas. Fue el único hijo varón de José Francisco Madero, dueño de una hacienda algodonera en San Pedro de las Colonias (Coahuila), y de Victoria Elizondo, hija de Nicolás Elizondo, dueño de la mina de Mazapil (Zacatecas). Con la independencia de Texas de México, la familia Madero perdió parte de sus propiedades, algunas quedaron del otro lado de la frontera. En 1847, utilizando las amplias conexiones de la familia del otro lado de la frontera, Evaristo Madero puso en marcha una empresa de transportes (carretas) que comunicaba Saltillo con San Antonio, Texas. Mario Cerutti señala que Evaristo Madero supo aprovechar la etapa de expansión comercial de Estados Unidos y establecer rutas comerciales para vender el algodón producido en la hacienda de su padre, ubicada en la comarca lagunera (Cerutti, 2006). Esa actividad comercial le permitió incrementar su fortuna y comprar en 1870 la Hacienda El Rosario y, poco tiempo después, la de San Lorenzo, ambas en Parras de la Fuente, Coahuila. En la hacienda El Rosario se elaboraba vino y se producían harinas. A estas actividades Evaristo Madero le sumaría la fabricación de mantas con la instalación de la fábrica La Estrella. Cerutti señala que la compra de estas dos haciendas fue el escalón que permitió el desenvolvimiento de la familia Madero, no solo como terratenientes, sino también como empresarios en el sector manufacturero (textiles y vinos), el sector financiero -con el Banco de Nuevo León-, y el sector minero en asociación con los hermanos Hernández y Zambrano. Evaristo Madero fue gobernador de Coahuila de 1880-1884. Murió en la ciudad de Monterrey en 1911 (Cerutti, 2006).

Mariano mi bisabuelo, fue un hombre educado en un mundo en el que pocos tenían esa posibilidad. Fue miembro fundador del Banco de Nuevo León, el que después fue el Banco Mercantil de Monterrey y que ahora es Banorte.² Cuando se casaron, mis bisabuelos se afincaron en Monterrey. Ellos tenían familia, además de en Piedras Negras, en varias ciudades del norte: Parras de la Fuente, Monclova, Torreón, Saltillo y Monterrey. Tuvieron siete hijos, entre ellos mi abuelo Alonso que nació por ahí de 1880.

El hermano de mi bisabuela Inés, Pedro Benavides, fue el papá de mi abuela Catalina. Mi abuelo Alonso y mi abuela Catalina eran primos hermanos. En esa época era común que las personas se casaran entre parientes. Era un pueblo chico y si revisas los apellidos se repiten todo el tiempo: Treviño, Madero, Benavides, Hernández, Lafón, Garza, González. Todos apellidos de la familia de mi papá. Yo creo que la familia de mi padre es mexicana y norteña de muchas generaciones, quien sabe cómo y cuándo llegaron de Europa sus ancestros. Yo tengo la impresión de que llegaron a Coahuila desde el siglo XVII y que han de haber sido judíos conversos, con cambios de nombre muchas generaciones atrás.

Mi abuela Catalina se apellidaba Benavides Lafón. Se sabe que su bisabuelo venía de Burdeos. Estamos hablando del siglo XVIII. Mi abuela era la tercera generación Lafón en México. Mi abuela Catalina -que también nació en Piedras Negras- tuvo muchos hermanos, pero ella fue la única mujer que se casó. Eran una familia muy religiosa. Yo creo que no las dejaban salir ni a la esquina y por eso terminó casándose con su primo hermano.³ Cinco hermanas se hicieron monjas. La hermana mayor, que se llamaba Victoria,

² El Banco de Nuevo León fue fundado en 1892 por Evaristo Madero. José Vasconcelos escribió sobre la vida este personaje, con relación al Banco apuntó: “Con intereses un tanto dispersos en Parras y en Torreón, en Monclova y en Monterrey, poco después de su regreso de Europa, don Evaristo comprendió la necesidad de establecer un centro directivo general de sus crecientes negocios, un organismo que centralizase la dirección y fomento de sus empresas, y al efecto creó el Banco de Nuevo León” (Vasconcelos, en Cerutti, 2006: 52).

³ Mario Cerutti estudió a la élite empresarial del norte del país en su libro *Burguesía y capitalismo en Monterrey 1850-1910*. En él explica que el parentesco jugó un papel muy importante en la consolidación de empresas y grandes capitales económicos. Los matrimonios entre las familias prominentes de la época fueron clave para estructurar al empresariado regiomontano, por lo que el matrimonio entre primos era algo que ocurría con frecuencia (Cerutti, 2006: 53-57).

fue la fundadora de una orden de monjas de clausura en Querétaro. María e Inés fueron mis tías consentidas. Las adoré con toda mi alma. Ellas me dieron catecismo cuando yo era niña. Recuerdo que vivían en la calle de Juan Escutia, en la Condesa.

Cuando inició la Revolución, la familia se dividió. La mitad de la familia jaló con el “primo Pancho” a la Ciudad de México. Creían en él y en su proyecto.⁴ La otra mitad de la familia se aterró con la Revolución y se fue a vivir a Estados Unidos. Bueno, también me contó mi papá que algunos de los parientes que lo siguieron, después de la *Decena Trágica* no se quisieron unir a las fuerzas maderistas, en apoyo a la División del Norte, y tuvieron que exiliarse en Estados Unidos, para poner a salvo a sus familias.

Hace poco, tratando de hacer un árbol genealógico, me di cuenta de que tengo mucha familia en Texas. Antes de Santa Anna la familia tenía ranchos de San Antonio (Texas) para arriba.⁵ Eran hacendados y tenían grandes extensiones de tierra. Lo que yo no sabía es que cuando Texas se independizó [1836] ellos conservaron parte de sus tierras. Se movió la frontera pero ellos

⁴ El primo Pancho era Francisco I. Madero, líder revolucionario y presidente de la República de 1911 a 1913. Francisco I. Madero nació en 1873 en la hacienda El Rosario, propiedad de su abuelo, Evaristo Madero. Estudió peritaje mercantil en La Escuela de Altos Estudios Comerciales de París y agricultura en la Universidad de California en Berkeley. En 1903 fundó el Partido Democrático Independiente, pues se oponía a la reelección del gobernador de Coahuila, Miguel Cárdenas. En 1908 publicó *La sucesión presidencial en 1910*, en el que exponía las razones por las cuales creía que México debía tener elecciones libres. En 1909 fundó el Partido Nacional Antirreleccionista que se oponía al régimen de Porfirio Díaz. Francisco I. Madero logró unificar a las fuerzas anti porfiristas y derrocar a Porfirio Díaz (Galeana y otros, 2014). Madero fue asesinado -junto con el vicepresidente José María Pino Suárez- en un golpe de Estado conocido como la *Decena Trágica* (Galeana y otros, 2014).

⁵ Coahuila y Texas fue uno de los 19 estados que componían la primera República Federal de México. Este estado comprendía lo que ahora es Coahuila y una parte del estado de Texas. Tuvo dos capitales, Saltillo y Monclova. Estaba dividido administrativamente en tres partes: al sur Río Grande Saltillo; en el centro, Monclova; y en el norte, Béjar, lo que ahora es Texas. En 1835, Antonio López de Santa Anna, como presidente de México, llevó a cabo reformas constitucionales de corte centralista y dividió el estado en dos departamentos: Coahuila y Texas. En respuesta al centralismo, Texas se constituyó como República Independiente en 1836. Entre 1842 y 1844, el general Mariano Arista realizó una campaña militar para recuperar Texas, sin mucho éxito. En 1845 se unió a los Estados Unidos de América (Gonzales Quiroga, 2006).

siguieron teniendo propiedades y comerciando en esa zona. Bueno, el caso es que a principios del siglo xx, unos jalaron con el “primo Pancho” para la Ciudad de México y otros jalaron para sus ranchos del otro lado del río. El “tío Pancho” -como le decía mi papá- necesitaba personas leales.⁶ Con él se fueron sus hermanos Raúl y Gustavo, y casi todos sus contemporáneos. Se fueron en bloque. Mi abuelo Alonso, sus hermanos y muchos primos hermanos siguieron a su primo Pancho.

Al llegar a la Ciudad de México, mis abuelos se instalaron en el número 69 de la calle de Havre, en la colonia Juárez. Hace unos años Sofía, mi hija, se mudó a la colonia Juárez y le conté de la casa de mi abuelo. Ella muerta de la risa me dijo que esa casa era ahora un hotel gay: “Havre 69”. Bueno, yo también me reía, ¡no tuvieron que pensar mucho el nombre!⁷

⁶ Las uniones de las familias de la burguesía norteaña llevaban consigo uniones de tipo empresarial. De esta forma se conseguía la concentración de los capitales. La familia Madero está emparentada con las familias más destacadas del siglo xix en Monterrey y el norte del país (Cerutti, 2006). De esta forma convergían familias y empresas, con lo que los lazos se estrechaban, pues no solo se trataba de una lealtad familiar, sino económica.

⁷ Desde mediados del siglo xix se empiezan a dar cambios importantes en desarrollo urbano de la Ciudad de México. Porfirio Díaz que promovió una arquitectura y un urbanismo afrancesado (Contreras Padilla, 2010). En la Colonia La Teja (abarcaba lo que ahora son las colonias Cuauhtémoc y Juárez) la clase alta construyó mansiones en las inmediaciones del Paseo de la Reforma. Cerca de las mansiones se levantaron edificios de departamentos y casas modestas para clases medias y para empleados (Delgadillo, 2018: 18). La expansión urbana y la creación de nuevas colonias burguesas, como las Lomas de Chapultepec, hicieron que las clases altas se mudaran y los inmuebles cambiaran de uso y usuarios. Con esto, nuevos pobladores de menos ingresos paulatinamente arribaron al barrio. Los sismos de 1985 afectaron la Colonia Juárez, 81 inmuebles fueron expropiados y demolidos para reconstruir vivienda para la población damnificada (Delgadillo, 2018). Esto la convirtió en una colonia habitada por una clase media baja y baja. Sin embargo, entre 2002 y 2013 la colonia Juárez se fue gentrificando. Para 2017 había más de 55 proyectos destinados a consumidores de ingresos altos, que incluían viviendas y comercios (Delgadillo, 2018). Actualmente, la Colonia Juárez se encuentra en un epicentro simbólico y geográfico que ha ocasionado un *boom* inmobiliario dirigido a las clases altas de la ciudad. Esto ha generado una oferta habitacional de lujo y de servicios gastronómicos gourmet en edificios remozados o nuevos más altos y caros (Delgadillo, 2018).

Mis abuelos tuvieron seis hijos, los más pequeños nacieron en la Ciudad de México. Cinco nacieron enfermos porque tenían un gen recesivo que estaba presente en la familia de ambos. Ellos no estaban enfermos, pero sí pasaron el gen a sus hijos. El hijo mayor, Mariano, vivió hasta edad adulta pero siempre estuvo muy enfermo, tres murieron siendo pequeñitos y el único que nació sano, Gustavo, se cayó de un caballo a los 12 años y murió de una conmoción cerebral. Fue una terrible tragedia. Mi papá, fue el más pequeño de la familia y aunque nació también con la enfermedad, podía valerse por sí mismo. Mi papá nació en 1918, y ese mismo año murió mi abuela Catalina de influenza española.⁸ Mi abuelo Alonso se quedó viudo cuando mi papá tenía 11 meses. Las cuñadas de mi abuelo Alonso, las hermanas de mi abuela Catalina, que eran monjitas, le ayudaron a cuidar a sus hijos.

Cuando mi papá tenía 12 años, mi abuelo Alonso se volvió a casar. Se casó con Adelita, una chica francesa que conoció en Zacatecas. El mejor amigo de mi abuelo -Marco Arismendi- que también era ingeniero y viudo, lo invitó a visitar unas minas. Era algo que hacían con frecuencia, recorrían todo el país. En ese viaje pasaron por Zacatecas y ahí conocieron a Marie y Adelyn, dos chicas francesas que llegaron a México -junto a sus padres- siendo muy pequeñas. Ellas ya eran unas señoritas “quedadas”, tenían cerca de 30 años y se dedicaban al igual que su mamá a bordar y deshilar. Usaban unos bastidores super pequeñitos y hacían unos deshilaros como los de Brujas [Bélgica]. La historia cuenta que don Porfirio le había encargado a la mamá de Adelita -como le decía mi abuelo a Adelyn- un vestido para que doña Carmelita [la esposa de Porfirio Díaz] lo utilizara en una ocasión muy especial, pero llegó la Revolución y no lo entregaron. Ese vestido aún lo tenemos en la familia, lo tiene mi hermana Catalina, es impresionante. Doña Carmelita tenía varios vestidos con encajes elaborados por ellas y su mamá, los podías ver en el Museo de Palacio Nacional. No sé si los sigan teniendo.

⁸ La influenza española mató entre 1918 y 1920 a más de 40 millones de personas en el mundo. A pesar de su nombre, esta enfermedad no se originó en España, sino en Estados Unidos (Márquez Morfín y Molina del Villar, 2010:125). La segunda ola llegó a México a mediados de 1918. Sus vías de acceso fueron el ferrocarril y los barcos (Márquez Morfín y Molina del Villar, 2010: 126). Primero atacó poblaciones del norte y luego se fue extendiendo a lo largo del país a gran velocidad. En el archivo del Hospital General se puede ver cómo en el mes de octubre de 1918, fue cuando más muertes se presentaron en la Ciudad de México (Márquez Morfín y Molina del Villar, 2010: 127).

El caso es que los amigos viudos se casaron con las hermanas francesas. Ellas eran muy bonitas, muy, muy bonitas. Ninguna de las dos tuvo hijos, pero agarraron a estos dos con un montón de hijos. Bueno, cuando Adelita llega allá con mi abuelo, la verdad es que él ya nomás tenía dos hijos: a Mariano y a mi papá. Pero Arismendi sí tenía ocho hijos.

Yo siempre le dije abuelita, era mi abuelita Adelita. Yo la quise mucho y ella a mí, pero siempre me decía: “Ay, pero qué prietita eres”. Lo chistoso es que mi abuelo le decía a ella, que era muy blanca y rubia: “Mi prieta linda”. Yo creo que en esa época se usaba mucho, se usaba el “prietito” y era de cariño. Luego ya fue denigrante, Adelita vivió algunos años en la casa de Havre 69. Después, mi abuelo compró un terreno en un fraccionamiento que estaba construyendo el esposo de Antonieta Rivas Mercado, al final del Paseo de la Reforma: *Chapultepec Heights*, lo que ahora son las Lomas de Chapultepec.⁹ Ahí se fue a vivir con Adelita. Mi papá ya no vivió en esa casa. La casa estaba muy cerca de la barranca de Barrilaco, donde termina la primera sección.

⁹ *Chapultepec Heights* fue el primer suburbio de la ciudad. Se encontraba localizado no muy lejos del centro, pero aislado de la traza urbana por el Bosque de Chapultepec. La publicidad de la época lo ofertaba como un lugar rústico y pintoresco que invita a una forma de vida más natural (Sánchez y Bernárdez, 2007: 180). Se fue fraccionando por etapas, la primera estaba limitada por la barranca de Barrilaco. En su publicidad podemos ver la referencia a la *Ciudad jardín*. Las *Ciudades jardín* fue una moda que llegó a México en los años veinte del siglo pasado. Las grandes ciudades del mundo se estaban sobrepoblando y los problemas de salud entre sus habitantes aumentaban (Winfield y Martí: 2013). En 1900 se celebró en París el primer Congreso Internacional de Higiene Pública y Problemas Urbanos. Una de las propuestas que se discutió fue que el 15% de las zonas urbanas deberían ser cubiertas con parques como medida de salud pública. Dos años después, en 1902, el arquitecto y urbanista inglés Ebenezer Howard escribió *Garden Cities of Tomorrow*, donde proponía un equilibrio entre el campo y la ciudad, como respuesta a la industrialización de las ciudades (Contreras Padilla, 2013: 15). Su idea de *Ciudades jardín* se reprodujo en las principales ciudades del mundo. En México, un grupo de empresarios se propuso construir una *Ciudad jardín* poniendo en práctica el urbanismo moderno (Sánchez y Bernárdez, 2007: 188). Este proyecto se llevó a cabo en los terrenos de la Hacienda los Morales, que tenía 2 millones de metros cuadrados y comprendía las tierras de Pila vieja, La nopalera y Barrilaco. José Luis Cuevas Piedrasanta (1881-1952) diseñó, en 1921, Lomas de Chapultepec y en 1926 la Colonia Hipódromo de la Condesa. El nombre original de la colonia fue *Chapultepec Heights*, Albert Blair, uno de los fraccionadores, y su esposa, Antonieta Rivas Mercado, fueron quienes pusieron los nombres geográficos a las calles.

Si mal no recuerdo, Plutarco Elías Calles prohibió que la publicidad tuviera palabras en un idioma extranjero. Así que le cambiaron el nombre a: “Lomas de Chapultepec”. María Antonieta Rivas Mercado fue la que le puso los nombres a las calles, todas tienen nombre de sierras y montañas del mundo.

REINTERPETACION DE LA PUBLICIDAD DE CHAPULTEPEC HEIGHTS DE 1921

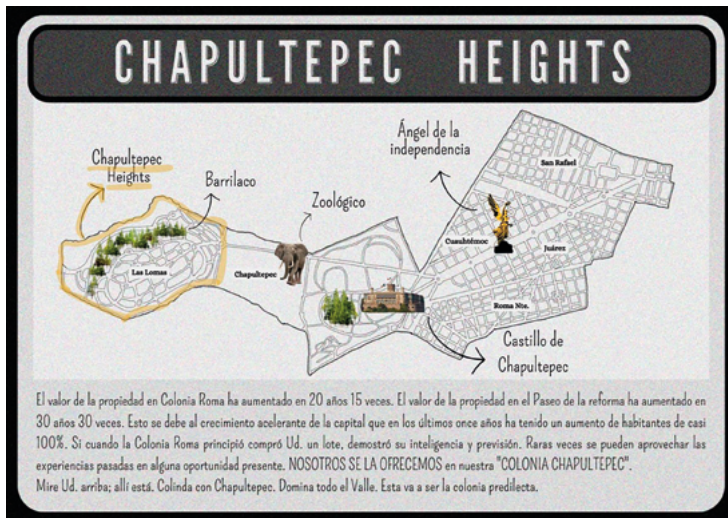


Ilustración de Coraima Reyes Urrego / 2023.

Mi papá estudió la primaria en la colonia Juárez, después en la Secundaria 3, que está en Av. Chapultepec; y la prepa, en San Idelfonso. Luego estudió Derecho en la UNAM y se dedicó al servicio público toda su vida. Los amigos de mi abuelo lo ayudaron mucho. Era un hombre muy inteligente, pero tenía algunos problemas para moverse. Fue secretario particular de varios secretarios de Estado. Cuando mis papás se casaron, se fueron a vivir a San Ángel, en una casita que rentaron cerca de San Ángel Inn. Ahí nacieron mis hermanos mayores: Alonso y Catalina. Después compró una casa en las Lomas para estar cerca de mi abuelo. En esos años, Ruiz Galindo desarrolló toda la zona de Vista Hermosa y le vendió un terreno a mi papá. Mi hermano Félix y yo ya nacimos en la casa de las Lomas, pero mi papá quiso construir una casa en el terreno de Vista Hermosa, así que vendió nuestra casa de las Lomas y nos fuimos a Vista Hermosa. Yo tenía como 11 o 12 años cuando nos cambiamos a la casa de Vista Hermosa y ahí viví hasta que me casé.

Conocí muy bien a mi abuelo Alonso, era un ser extraordinario, lo quise muchísimo. Tendría como 11 años cuando murió. Era un ser adorado. Yo digo que él se llevó el sufrimiento de toda la familia por generaciones, porque él vio morir a sus hijos. No creo que haya peor cosa en la vida que eso, para mí es lo peor que te puede pasar. Era cero amargado, jamás lo oí hablar mal de nadie, ni de nada. Él pasaba conmigo dos o tres tardes a la semana. Me decía “Juana Gallo”,¹⁰ pues dizque era yo muy peleonera. Mi abuelo Alonso siempre usaba traje de tres piezas y un reloj de los de cadenita. En las bolsitas del chaleco siempre metía una moneda de plata para que yo la encontrara. Ya que la tenía en mis manos me decía: “¡Apareció el peso, Juana Gallo! ¿Qué vamos a comprar?” y entonces nos íbamos a comprar pan. Claro, no usábamos ese peso.

Mi abuelo tenía una hermana solterona en San Ángel a la que íbamos a visitar y a pasar la tarde jugando en el jardín. Ella vivía en una casita que mi tía Nadine y mi tío Alejandro habían construido al fondo del jardín. Nadine era prima hermana de mi papá, hija de Mercedes, una hermana de mi abuelo

¹⁰ “Juana Gallo” fue una película mexicana protagonizada por María Félix y dirigida por Emilio “El Indio” Fernández. La protagonista “Juana Gallo” es una mujer campesina que se levanta en armas contra el gobierno federal al saber que su padre y su novio fueron asesinados cuando intentaban reclutarlos como *leva* para el ejército. Juana Gallo consigue el apoyo de su pueblo y se enfrenta a el gobierno del traidor y golpista Victoriano Huerta.

Alonso. Su casa estaba enfrente de San Jacinto. No sé de qué vivían, pero siempre hubo mucho dinero en la familia, ya existía casa Madero y tenían parientes industriales, creo que tenían fábricas de mezclilla. Era gente muy trabajadora.

Desde que yo era niña, tenemos la casa en Valle de Bravo, en esa casa no había teléfono, tenías que ir a la caseta del pueblo y pedir la llamada. Cuando mi papá decía: “Vamos al pueblo a llamarle a mi papá”, yo me asustaba mucho, me daba miedo que le hubiera pasado algo. Me daba una angustia espantosa que fueran a decirle que estaba enfermo, que algo le pasaba a mi abuelo, no quería que le pasara nada, lo quise muchísimo, muchísimo.

Para mí, Valle ha sido una parte importante de mi vida. Antes de que yo naciera mi papá se iba con sus primos y los hijos hombres a acampar a Valle de Bravo. A principios de los cincuenta [década de 1950] no había nada en Valle, era un pueblito hermoso donde vivían dos o tres extranjeros.¹¹ A mediados de los cincuenta empezaron a construir en Avándaro el Club de Golf.¹² Yo creo que se inauguró a finales de los cincuenta y como que se puso de moda. Para entonces, el presidente López Mateos¹³ ya tenía una casa en Valle de Bravo y se iba en helicóptero. Por carretera hacías como tres horas y media, aunque está a 140 kilómetros de la Ciudad de México. Era una carretera muy mala, llena de curvas, te ibas vía Toluca, Villa Victoria y luego Valle de Bravo.

¹¹ En 1938, comenzó la obra de la presa de Valle de Bravo. Esta hace parte del Sistema Hidroeléctrico “Miguel Alemán”. Aproximadamente 3,000 hectáreas adyacentes a la localidad conocida como “El Plan” fueron expropiadas durante el proceso de construcción de la presa (Deverdun, Osorio e Iracheta, 2016: 41).

¹² El gobierno federal apoyó a un grupo de inversionistas para comprar 8,000 hectáreas después de que la zona fue inundada. En esas tierras se proyectó un fraccionamiento que incluía un Club de Golf. Las empresas eran Propulsora de Valle de Bravo S.A. y Avándaro S.A., ambas pioneras en el ramo de los desarrollos urbanos y en la construcción de casas de fin de semana. El fraccionamiento, que inicialmente se llamaba “Bosques del Lago”, fue concluido entre 1952 y 1954 (Deverdun, Osorio e Iracheta, 2016: 41). Hacia fines de 1950, se inició el diseño del campo de golf y el proyecto del “Club de Golf Avándaro”, proyecto a cargo del arquitecto Artigas. En esos años se construyó también la carretera Villa Victoria-Valle de Bravo, obra que sería determinante en el desarrollo de la zona en las décadas siguientes, al convertirse en una vía de acceso más rápida y cómoda (Deverdun, Osorio e Iracheta, 2016: 41).

¹³ Adolfo López Mateos fue presidente de México de 1958 a 1964.

A mi papá y a sus primos les gustaba tanto ir a Valle a acampar, que decidieron comprar un terreno. En este entonces en el Club de Golf se vendían lotes pero eran muy caros y en un principio muy poca gente compró.¹⁴ Cerca del Club estaban fraccionando varias hectáreas y ahí fue donde mi papá y sus primos compraron. Era un terreno grande y muy arbolado. Al poco tiempo dijeron: “Pues, vamos poniendo un bañito”, luego “Vamos poniendo una bodeguita para que no tengamos que cargar con todas las cosas cada semana” y, luego, “Pues, vamos a poner una cocineta” y, bueno, empezaron a construir una casa. Más adelante mi papá les compró su parte a los primos, pues el plan de campamento cambió. Cuando yo tendría como cuatro o cinco años mi papá terminó de construir la casa y entonces ya íbamos -además de mis hermanos- mi mamá, mi hermana y yo.

Cuando yo era niña, Gertrudis y Filemón eran los cuidadores de la casa. Ger se encargaba de la cocina y yo la acompañaba a moler el nixtamal y luego hacia tortillas con ella. Me encantaba ir al mercado del pueblo con mi mamá. En la casa teníamos gallinas y creo que hasta patos tuvimos. Por lo menos una

¹⁴ Hugo Cerón (2010) explica que el golf se originó en Escocia en el siglo XVIII. Durante la segunda mitad del siglo XIX el deporte se fue “aburguesando” conforme las élites de las islas británicas lo adoptaban y lo dotaban de normas de etiqueta. Mientras el imperio británico expandía su poderío económico por el mundo a finales del siglo XIX, las élites inglesas fueron llevando la práctica del golf a otros lares, junto con las costumbres y hábitos que habían construido alrededor de él. Durante el último cuarto del siglo XIX, los empresarios estadounidenses adoptaron la práctica del golf y ésta se expandió muy rápidamente en ese país. A finales del siglo XIX y principios del siglo XX, las principales empresas extractivas en México eran de capital inglés y estadounidense. Los empresarios ingleses y estadounidenses buscaron crear en México espacios para reproducir sus hábitos y costumbres, incluyendo la práctica del golf. Fue así que inició la creación de los llamados *country clubs* en las afueras de las ciudades más prósperas del país. En estos, las élites anglosajonas podían disponer de amplias áreas verdes destinadas al deporte y la recreación. La exclusividad de estos clubes fue una característica muy cuidada por sus impulsores norteamericanos e ingleses. Las élites mexicanas tenían un acceso muy limitado. Después de la Segunda Guerra Mundial, estos clubes, vinculados al empresariado inglés y estadounidense, empiezan a decaer. Es entonces que las élites mexicanas encuentran la oportunidad de fundar e impulsar sus propios clubes. El presidente Miguel Alemán (1946-1952) estimuló de manera importante al golf como deporte, sin que este dejara de ser una práctica exclusiva de las élites. Durante este período de “mexicanización” del golf, en México se crearon clubes como el Avándaro, en Valle de Bravo y, el Club de Golf de México (Cerón, 2010: 6-17).

vez durante el fin de semana salíamos a hacer cabalgatas. A mi papá le gusta mucho montar. Llegábamos hasta las cascadas “Velo de novia”. Eran cabalgatas de más de dos horas. Mi papá compró una lancha y aprendimos a esquiar desde muy chiquitos. Nos encantaba bajar al lago. En ese entonces casi no había lanchas ni veleros. Solo había un Club de Vela en el otro lado del lago, era de unos holandeses. Esos holandeses trajeron los primeros veleros. Mi papá les compró uno ya usado y entonces aprendimos a velear, yo creo que tendría como 10 u 11 años cuando aprendí. A pesar de todas las dificultades que mi papá tenía para caminar, siempre fue un hombre muy deportista. También jugaba Golf, todas las semanas se juntaba con sus amigos en el Club.

Recuerdo que en 1968 fueron las Olimpiadas en México y en el campo de golf se pusieron las pistas de carrera, fue todo un evento. También me acuerdo de las discusiones familiares sobre las carreras de coches y el desastre del “concierto de Avándaro”. Yo tenía como 12 años, todavía iba en primaria.¹⁵

Mi piel morena, mi parte indígena, viene de mi mamá. Su papá era de Oaxaca, se apellidaba Ríos-Acosta, pero la verdad es que no conozco a nadie de esa familia; o sea, sé nada de esa parte de mi familia. No sé si eran de la ciudad de Oaxaca, de la Mixteca o eran zapotecas. No sé nada. De mi abuela materna sí sé. Ella era de la ciudad de Oaxaca y se apellidaba Sánchez-Mora, también era un apellido compuesto. Su papá, es decir mi bisabuelo había llegado a México proveniente de Santander y se casó con una mujer indígena. De mi bisabuela no sé nada, ni su nombre, ni apellido.

Mi abuela Rosario nació en la ciudad de Oaxaca y le pusieron los dos apellidos de su papá, Sánchez-Mora. Mi abuelita tuvo varios hermanos, yo solo conocí a las mujeres: a mis tías Esperanza, Clemencia y Soledad, de sus

¹⁵ En septiembre de 1971 se llevó a cabo el Festival de Rock y Ruedas en el Club Avándaro. Eduardo López Negrete uno de los organizadores era miembro de una de las familias más ricas del Estado de México y con sólidos vínculos con las élites políticas y empresarias del país (Salazar, 2019: 293). Otro de los socios era Luis de Llano, quien contaba con el apoyo del Telesistema Mexicano (lo que dos años después sería Televisa). El éxito de la película *Woodstock* de 1970, había dado vastos dividendos a los que participaron en su elaboración (Salazar, 2019: 310). La película retrataba el icónico festival de rock *Woodstock* de 1969. Los jóvenes empresarios mexicanos vieron en la realización del Festival de Avándaro una forma de emprender un negocio muy redituable, pero el concierto no resultó como lo pensaron. Ver el trabajo de Juan A. Salazar Rebolledo (2019) “Historia de un fracaso. La mercantilización de la cultura juvenil en el festival de Rock de Avándaro 1971”.

hermanos no sé nada. Todas mis tías eran morenas. Yo, de hecho, creo que me parezco un poco a mi abuela materna, que de ahí me viene la herencia morena. Mi abuela Rosario se casó con mi abuelo José Ríos-Acosta y tuvieron cuatro hijos. Mi mamá María Estela Ríos-Acosta Sánchez-Mora, y mis tíos: Raúl, Rosa María y uno que fue marinero, no me acuerdo cómo se llamaba, él murió muy joven como a los 17 años. Mi mamá era la más chica.

El abuelo José tenía unos molinos de trigo en Teposcolula¹⁶ y se llevó a mi abuela y a sus cuatro hijitos a vivir ahí. Él iba y venía. Un día mi abuela descubre que el señor tenía otra familia en Oaxaca y agarró a sus cuatro hijos y se fue a vivir a la Ciudad de México. La verdad es que el tal José ha de haber sido como la chingada. Mi abuela agarró a sus cuatro hijitos y le dejó su rancho para que se le cayera encima, se vino a la Ciudad de México y nunca volvieron a saber de ella ni de sus hijos en ese pueblo.

Mi mamá alguna vez nos platicó que cuando se murió su papá alguien le avisó. Le hablaron y le dijeron que estaba en el hospital y que estaba muy enfermo, que si se quería ir a despedir de él. Mi mamá no quería ir, pero mi papá la convenció. Le decía: “Te vas a arrepentir si no vas a despedirte”, “Yo te llevo, ve, despídete, perdona. No te quedes con eso”. Sí fue, pero mi mamá jamás hablaba de su papá.

Cuando llegó mi abuela con sus hijos adolescentes a la Ciudad de México, se instalaron en la Narvarte.¹⁷ No es que no tuvieran dinero, algo tendrían, pero no eran de muchos recursos. Mi mamá, que era la chica, después de la secundaria estudió para secretaria; mi tía Rosa María estudió contabilidad y mi tío Raúl no sé qué estudió, pero después puso una imprenta. Mis tías Clemen y Esperanza, las hermanas de mi abuela, llegaron a la Ciudad de México años después, llegaron ya sin sus hijos. A esos tíos nunca los conocí, no conocí a esa parte de la familia, solo a mis tías abuelas. Vivían en un departamento chiquito y viejito, que a mí me daba “como cosa” entrar, se

¹⁶ Teposcolula se encuentra al noroeste de Oaxaca, en la región mixteca del estado.

¹⁷ La colonia Narvarte surgió con el propósito de satisfacer la necesidad de vivienda para la creciente clase media capitalina que precisaba de más espacio. La Narvarte se estableció en un terreno que comprendía la Hacienda de Narvarte y el pueblo de la Piedad Ahuehuetlán; su límite era el río de la Piedad. Este río fue entubado en 1942 y sobre él se construyó el viaducto Miguel Alemán (Moreno Iregui y Farfán Rodríguez, 2021).

veía así como lúgubre, estaba en la colonia Roma,¹⁸ una colonia que se había venido a menos. En la parte de abajo del edificio había una tiendita donde mis tías tenían su negocio, remendaban medias. Para mí era divertidísimo que me llevaran al negocio. En esos años, cuando se rompían las medias había que remendarlas. Tenían una maquinita, las ponían como en un vasito y colocaban la rotura donde estaba la media corrida y entonces con todo cuidado la cosían. Las medias eran caras y muchas mujeres se las llevaban a remendar. Además de remendar medias, también arreglaban ropa.

De la familia de mi mamá sé muy poco y no era un tema del que se hablara, en cambio de la familia de mi papá se hablaba mucho. Del lado paterno tengo un mundo de primos y se organizan unas súper comidas familiares. En cambio, del lado materno, casi no conozco a nadie. Cuando mi mamá murió se publicaron esquelas en los periódicos como “María Estela Ríos Acosta de González”, aunque todos la conocían como Estela González. Alguien llamó por teléfono a Gayosso diciendo que era fulanita Ríos-Acosta y que quería saber de quién era hija la señora que había fallecido. Catalina mi hermana y yo estábamos con cara de: “¿qué decimos?”. Y entonces Cata le dijo: “Fíjate que ahora no estamos de humor para genealogías, quizá en otro momento podemos hablar”. En Oaxaca hay varios Ríos-Acosta pero yo nunca me he encontrado a algún pariente.

Mi mamá estudió para secretaria y en algún momento consiguió un trabajo en una aseguradora, no me acuerdo cómo se llama la aseguradora. Su jefe era un primo hermano de mi papá, Félix Benavides Treviño, hijo de Joaquín, un hermano de mi abuela Catalina, así que eran primos y tocayos. Él los presentó. Una noche la invitó a salir y le dijo: “pues, voy con mi primo”, y ahí conoció a mi papá. Poco tiempo después se casaron. Mi mamá se quería casar por la iglesia, pero mi papá era el más ateo, y se negaba. Después de largas

¹⁸ La colonia Roma se contruyó en 1902. En ese momento y hasta los primeros años de la Revolución, la colonia se caracterizaba por ser hogar de clases altas, con villas campestres, residencias suntuosas y centros de recreación, muchos de ellos ubicados en el antiguo casco colonial. Aunque originalmente fue concebida de esa manera, la Roma pronto atrajo a una clase media que se estableció en el área, por lo que se construyeron viviendas más económicas y apareció el alquiler. Esto atrajo a un número significativo de familias con recursos más modestos. A partir de 1920, la zona se densificó y la colonia se extendió hacia el sur, dando paso a la aparición de nuevos estilos arquitectónicos y edificios de departamentos (Santa María, 1993).

negociaciones acordaron que hablaría con el párroco para encontrar una solución. No sé cómo le hizo, pero mi papá convenció al párroco que los casara sin que él entrara a la Iglesia. Él se paró en el quicio de puerta y ahí espero a mi mamá. Había muy pocos invitados. Se casaron en una iglesia muy chiquita, una que está en Chimalistac. La boda civil y la recepción fue en casa de mi abuelo, en la colonia Juárez. Por lo que se puede ver en las fotos, fue una boda muy elegante. Mi mamá se veía muy bonita y contenta.

Mi mamá ya era grande para la época, tenía 27 años y mi papá como treinta y tantos. Mis papás se han de haber casado en el 50 porque Catalina mi hermana nació en 1951. Mi papá no caminaba bien. Ya de más grande caminaba con bastón y después sí usó silla de ruedas. Cuando se casó con mi mamá, yo creo que no le notabas mucho la enfermedad, porque no estaba en silla de ruedas. La salud de mi papá siempre fue delicada, cualquier enfermedad se le podía complicar, pero yo creo que cuando se casó con mi mamá no tenía un gran problema.

A mi mamá le fue mejor en la vida al casarse con mi papá. Tuvo una vida muy distinta a la de sus hermanos, aunque ella nunca perdió contacto con ellos. Mi tía Rosa María venía mucho a la casa, con sus hijos. Después de que murió, ya no mantuvimos contacto con mis primos, solo con una sobrina que vive en Monterrey. Nada más con ella. Raúl, el hermano de mi mamá era un hombre como apocado. Yo lo quise muchísimo. Se casó con una mujer a la que nunca le dije tía, me parecía que era una bruja. Mi mamá se enojaba conmigo y me decía: “¿Por qué no le dices tía?!”. “¡Pues, porque no la soporto!”, le contestaba. La señora decía cosas como: “Inés, ¿te estás haciendo *chis*?”, “te sirvo *tu arroz, mamita*”, “tu *cabello* está muy corto”. No podía con ella, ni con su forma de hablar. Tenían una hija de mi edad, se llamaba Lucía, su mamá le decía Luchita ¡¡Para mis pulgas!! No podía con ellas, yo siempre le dije Lucía. Con ese nombre tan bonito y que te digan “Luchita”, ¡Ay, no, yo no podía!

Mi mamá no era morena como mi abuela y sus hermanas Clemen y Esperanza. Creo que yo soy más morena que ellas. Yo siento que me parezco a mi abuela Rosario, la mamá de mi mamá. Sin duda soy la más morena de la familia. Mis hermanos son de varios colores: Cata es medio pelirroja, Alonso era güero de chico, ahora es castaño, Félix es moreno, pero no tanto como yo. Mis hermanos cuando me querían molestar me decían: “Tú eres la recogida...”

no te ves el color” y yo a los cuatro años dudaba: “¿Será verdad?, ¿será que sí soy recogida?”. Mi abuelita Adelita me decía: “Es que, mira, tú sí eres prieta”, “a mí tu abuelo me dice prieta, pero prieta, prieta, tú”. Mi abuelo a mí nunca me dijo prieta, nunca. Solo le decía prieta a Adelita.

Mi mamá me rogaba para que no me asoleara: “¿Pero qué necesidad tienes de ponerte de ese color?” Si a mí me da el sol unas horas me pongo muy morena, como si llevara un año en la playa. A mi hija Sofía le pasa lo mismo, algo tenemos en la melanina. Aunque claro, Sofía no es tan morena como yo. Cuando regreso del mar todo el mundo me dice: “¿Pero qué te pusiste?”. Me voy de vacaciones a la playa con las amigas y estoy dos horas en el sol y ya no necesito más. Ya estoy bronceada. Jalo el sol. A Sofía le pasa idéntico. Los hijos de Sofía son mis únicos nietos morenos, tiene un niño y una niña que va para “Juana Gallo” que vuela, es una “Juana Gallo” en potencia... la adoro, no se deja de nada, ni de nadie, es tremenda. En cambio, Alonso -el hijo de Valentina- es como nórdico. Cuando salgo con él me dicen: “¿A poco es su nieto?” “¿De veras es tu nieto?”.

Mi papá decidió no creer en Dios y no le gustaban las escuelas religiosas. Mis hermanos fueron al Colegio Alemán, pero yo afortunadamente no. Con mi hermano Alonso tuvieron una muy mala experiencia y decidieron que yo no estudiaría ahí. Alonso, mi hermano, nació en 1953 y muchos de los maestros del Colegio Alemán habían vivido la Segunda Guerra Mundial, eran profesores muy duros, muy rígidos, a Alonso le costó mucho trabajo.

En las Lomas estaba el Winston, ahí hice la primaria. Uno de los mejores amigos de mi papá, el Ing. Peralta, estaba casado con una gringa maravillosa: mi tía Milly. Era mi tía de cariño. Ella se dedicaba a la educación y la acababan de nombrar directora del Winston. No era una escuela nueva, pero tampoco tenía muchos años. Mi tía Milly convenció a mis papás de que no me enviaran al Colegio Alemán. Les decía: “No, no se lleven a Inés al Colegio Alemán, déjenmela a mí, métanla en el Winston, les queda más cerca...”. El Colegio Alemán estaba por la Universidad La Salle, en la Condesa, por Benjamín Gil. Yo he vivido agradecida con mi tía Milly, nos quisimos muchísimo, ella me educó en muchos sentidos.

El Winston era una escuela menos cara que el Colegio Americano, pero a la que también iban hijos de diplomáticos. Casi no tengo amigos de esa épo-

ca, perdimos contacto y muchos viven en otros países. Tenía un amigo ruso, una amiga filipina y dos holandeses. La única niña que era morena como yo era Vivianne Brosh, era boliviana. En la escuela había mucho gringo.

En la primaria mi trauma fue que era muy chaparrita. Era la segunda de la fila, la primera era Vivianne, la boliviana. En aquel entonces me hubiera encantado saber que iba a crecer y que iba a medir 1.69 cm, no llegué al 1.70. En la primaria era muy chaparrita y flaquita, por suerte sigo siendo flaca. Mis amigas eran las de hasta atrás. Catalina, mi hermana, es más bajita que yo, pero tiene su altura desde los 12 años, así que ella era fue una niña grande. Yo, al contrario, era chiquita y de repente crecí.

El Winston al principio solo tenía primaria, abrieron la secundaria justo el año que yo salía de sexto. A la mayoría de mis amigas las cambiaron al Merici, porque la secundaria estaba en veremos. Mis papás me dejaron en el Winston y yo les rogaba que me cambiaran con mis amigas al Merici. Ese año entraron al Winston una gran cantidad de alumnos de la comunidad judía. Ellos son muy gregarios. No es que tú segregues, ellos te segregan. En el Winston eso me quedó clarísimo. Después de estar toda mi vida en esa escuela, que era mi escuela, resultaba que: “Pues, vete al rincón, eh, nosotros ya llegamos a tomar posesión de esta escuela”. El 90% de los alumnos eran de la comunidad judía, y sí te hacían a un lado. Entonces neceé con mis papás hasta que me cambiaron al Merici, pero solo cursé dos años en esa escuela, no me fue nada bien.

En ese momento el Merici lo dirigían unas monjas ursulinas. La directora era una monja inglesa, pero también había un montón de monjas cubanas, que eran muy divertidas. Ellas todo el tiempo nos decían: “Las niñas siempre caminan derechitas”. Mi papá estaba furioso de que estudiara con monjas, pero en el Winston me la pasaba tan mal que yo creo que dijo: “Mira, donde estés contenta y ya”. Otra ventaja que tenía el Merici es que estaba a 500m de la entrada a Vista Hermosa, muy muy cerca de mi casa. Después de mucha argumentación e insistencia logré convencer a mis papás de que me cambiaran de escuela, pero evidentemente choqué con todo ese mundo.

Me acuerdo de que en los primeros días de clase una niña me preguntó: “¿Y tú por qué entraste aquí?, ¿de qué escuela vienes?, ¿pero... estás becada?, ¿te becaron?, ¿cuánto gana tu papá?”. No me becaron y no sé cuánto gana mi papá. Me acuerdo haber llegado a preguntarle a mi papá: “¿Y tú cuánto ganas?”. Él me dijo: “¿Quién te preguntó eso?”, pues Montserrat Beteta. Mi

papá era muy amigo de su papá, lo conocía perfecto. Obvio me preguntó todo eso por mi físico, pero en ese momento no me hacía sentido, yo no entendía por qué me preguntaba semejantes cosas.

El chofer de mi casa pasaba por mí a la escuela y muchas veces las niñas de la escuela me decían: “Ya llegó tu papá”. No me gustaba nada esa escuela. No me la pasé bien. Un día, tuve la suerte de que Félix, mi hermano, pasara por mí al hípico, en esos años montaba, siempre me han gustado los caballos. Félix iba con su amigo Pepe y después de recogerme lo iba a llevar a inscribirse en una escuela. Lo habían corrido del Alemán y tenía que terminar la prepa. Yo me bajé con él y le dije: “¿Aquí te vas a inscribir?”, “Sí”, “Aaaah, pues está chido, yo creo que yo también me voy a inscribir”. Pregunté si tenían lugar para tercero de secundaria y como me dijeron que sí, me apunté. Llegando a casa le dije a mi mamá: “Oye, ya me inscribí a la misma escuela que Pepe, no puedo más con el Merici”.

Así fue como llegué al Instituto Hispanoamericano, una escuela “patito, patito”, donde fui muy feliz. Estaba en Polanco, cerca del Club Chapultepec. Como era la más chica de mis hermanos -mi hermana Cata me lleva 9 años-, creo que me dejaban hacer más lo que yo quería. Sabían que me la pasaba muy mal en el Merici, que las niñas se sentían las reinas de Polanco, eran niñas muy déspotas. Tenían muchísimos prejuicios derivados de su educación religiosa, prejuicios con los que yo no había crecido. En el Merici solo hice dos amigas que siguen siendo mis amigas hasta ahora. Una de ellas, hace como tres años me dijo: “Nos hemos juntado en la generación y hay un chat de la generación, ya te metí”. Yo solo me acuerdo de unas pocas compañeras, no me salía del chat por pena y luego por morbo. Cada vez que abría el chat pensaba, <<no puede ser!, ¿cómo dicen y hacen esas cosas?>>: “Niñas, niñas, tengo a la virgen peregrina en mi casa, ¿quién quiere venir a verla?”. Y todas: “¡Ay, Montse, qué afortunada!”. “¡Moniquita, vente a verla!” -y cosas así. Además, se dicen “niñas”. ¡¡Todas tenemos más de sesenta años!! De los últimos chats que leí era “Niñas, estoy infartada, ¿ya vieron la última película de Walt Disney? promueven la homosexualidad”. Y todas: “¡No!” Yo no daba crédito de sus mentes obtusas. Y, bueno, si no fueron mis amigas a los 13 años, como por qué lo serían a los 60, así que en pandemia aproveché y me salí del chat. Mi paso por una escuela de puras mujeres fue horrible, lo odié.

La preparatoria también la hice en el Hispanoamericano, ahí era feliz, además iba con huaraches y podía usar huipiles, siempre me han gustado los huipiles. Eran los años setenta y yo era muy hippie. En la escuela se reían de mí, me decían que si no tenía dinero para comprarme zapatos. Me acuerdo que un día uno de mis amigos llevó una caja de cartón con un letrero que decía: “Donativo para los zapatos de La jarocha” y la empezó a circular en la cafetería. En esos años me decían “La jarocha”.

En el Hispanoamericano también me hacían la misma broma: “Inés, ya llegó tu papá por tí”, cuando pasaba el chofer por mí. En segundo de prepa ya tenía mi coche y yo me llevaba y traía a todos lados. La verdad es que en la prepa me la pasé muy bien, solo había un imbécil con el que sí traía pleito casado. Era un cuate moreno, igual que yo, pero era de esos que se sienten parido por los dioses, porque la familia tenía mucha lana y sigue teniendo mucha lana. Yo le caía mal por alguna razón que nunca supe, y él a mí me caía mal, muy mal. Él pasaba por donde yo estaba y me decía cosas como: “Tú no paras de tragar, negra”, y yo echándome mi torta tan contenta le decía: “¿Y a ti qué te importa?, ¿qué más te da? ¡Ya déjame en paz!”. Y entonces me preguntaba: “¿Por qué estás tan negra?” -le encantaba hacerme esa pregunta. Yo me quedaba callada, pero un día me hartó y le dije: “¿Tú, te has visto alguna vez en el espejo, cabrón?”. Entonces dijo: “Sí ¿por qué lo dices? ¿Por qué estoy guapísimo?” Y entonces le dije: “Porque si a mí me dices negra, entonces ya no hay color que te defina a ti”. Porque sí, él es muy muy moreno, pero yo creo que se sentía blanco. Lo que es la falta de autoconciencia. Un día acerqué mi brazo al suyo para que viera la diferencia de tono de piel. Recuerdo que me dijo: “Bueno, pues sí, pero es que yo soy ‘negro petróleo’”. No sé por qué se definía como más valioso. Hasta la fecha me topo mucho con sus parientes, son odiosos.

Recuerdo que un día un maestro de Derecho hizo referencia a mi papá en clase. “Inés, usted trae el Derecho en la sangre”. Yo para mis adentros pensé: <<perfecto, me corto el dedo, le pongo mi huella y listo, examen resuelto con diez>>, porque el Derecho lo traía en la sangre. Odiaba esa clase. Después, cuando llegamos a la cafetería alguien me preguntó que quién era mi papá. Y uno de mis cuates dijo: “¿Cómo?, ¿no sabes quién es el papá de Inés? Es un líder petrolero, ¿no le ves el color?”. Yo me moría de la risa, sale peor enojarse. Bueno, mis cuates me cantaban. “Inés, negra azabache...” O sea, siempre hay alguien que te remarca el color de tu piel. Entonces aprendes a reír, a dejar pa-

sar, pero también a plantarte. Aprendes a darte cuenta de que hay muchas otras cosas que tienes que sacar a la luz para que no te hagan menos. Para empezar, la clase social, la educación, una opinión, buenas lecturas, un quehacer, algo que te haga interesante ante los ojos de los demás, para que eso sea lo que perdure y no el color de tu piel. Yo aprendí desde muy chica a plantarme. A mí sí me gusta mi color de piel. Me encanta mi color, no me molesta en lo más mínimo. No me hace sentir mal, ni me hace sentir menos. Aprendí a plantarme porque constantemente hay alguien que de una u otra forma busca hacerte menos.

Cuando terminé la prepa entré a la Ibero. En esos años la Ibero estaba por Churubusco.¹⁹ No me quedaba nada cerca de la casa, estaba a 17 kilómetros, lo recuerdo perfecto no sé por qué. Estudié Historia del Arte pero no acabé la carrera. Unos amigos me presentaron a Juan, me enamoré y me casé al poco tiempo. Él se iba a Boston a estudiar una maestría, así que nos casamos y nos fuimos. Juan era un chavo de San Luis Potosí, había estudiado Economía en el Tec de Monterrey y antes de irse de maestría había venido a la Ciudad de México a trabajar al Banco de México. Al poco tiempo de conocerlo tembló muy fuerte y la Ibero se cayó. Fue muy impresionante, nos quedamos sin salones. El politécnico nos prestó unas instalaciones y ahí tomábamos clases en lo que construían “los gallineros”. En “los gallineros” solo hice un verano porque me casé con Juan y nos fuimos a Boston a vivir.

Juan y yo nos casamos en la casa de Valle de Bravo. Mis suegros no objetaron para nada nuestro matrimonio. A mi suegra no le gustó que no nos casáramos por la Iglesia; a mi mamá, tampoco. Fue una boda con sus amigos del Tec, mis

¹⁹ La Unión de Estudiantes Católicos (UNEC) entró en comunicación con la Compañía de Jesús desde 1929, para buscar una opción educativa católica. En 1943 se abrió el Centro Cultural Universitario (C.C.U) donde ofreció “una educación universitaria con tendencia humanista y filosófica acorde con el pensamiento cristiano y los principios de la Compañía de Jesús” (Matabuena Peláez, 13 de julio de 2018). La primera carrera fue Filosofía; en 1945 se sumó la carrera de Química; en 1947 la de Letras Españolas; y con los años se fueron sumando otras carreras. En 1953, el Centro Cultural Universitario tomó el nombre de Universidad Iberoamericana. En 1962, se inauguró el edificio de Cerro de las Torres 395, en la colonia Campestre Churubusco, al lado del Club de golf Churubusco. El edificio fue diseñado por el Arquitecto Augusto Álvarez, quien años atrás había proyectado la Torre Latinoamericana. A las 5:09 de la mañana del día 14 de marzo de 1979, un sismo ocasionó que casi el 60% de los edificios colapsaran. En 1985, se inauguró el nuevo edificio en Santa Fe (Matabuena Peláez, 13 de julio de 2018).

amigos de la Ibero y las familias de ambos. A la semana de casados nos fuimos a Boston. Para la familia de Juan yo era un personaje extraño: venía de una buena familia, tenía dinero, reconocimiento social y un capital político importante. Yo era una persona educada y divertida, pero mi color desentonaba y mi carácter nunca ha sido particularmente dócil.

Justo antes de la pandemia comimos con los primos de Juan que viven en la Ciudad de México. En la comida estaba su primo Ray. Él y yo estudiamos en el Hispanoamericano, y aunque era poco más chico que yo, siempre nos llevamos bien. Ese día nos acordamos de la cara que puso cuando le dije que me iba a casar con Juan y también de lo que me dijo: “Qué sorpresa”, “qué raro que mi primo se case con una mujer como tú”, y yo le pregunté: “¿Tú jamás te casarías con una mujer como yo?”. Él tartamudeó y dijo: “No, sí, bueno, jamás”. Para Ray era importante casarse con una niña que viniera de escuela de monjas, que se dejara proteger por su marido y siguiera las reglas sociales, que fuera güera y, claro, que no tuviera un pensamiento liberal como el mío. Y que tampoco se vistiera con huipiles. Siempre me decía: “¿Por qué te pones esos huipiles?, ¿qué necesidad tienes?”, o sea nunca me lo dijo así, pero lo que yo entendí era: “Qué necesidad tienes de exaltarte lo indígena?”.

Las comidas con la familia de Juan eran divertidas pero estaban todo el tiempo pendientes de la alcurnia y la belleza, eso era lo que elogiaban. “Cómo ves que José Pablo está saliendo con una chica... es una modelo y de súper buena familia”. “Está saliendo con la hija de fulanita, está guapísima, es una modelo”. O sea, ser modelo para ellos era todo. Estudiar, prepararte, ser buena persona, ser un buen ser humano pareciera no ser importante, en cambio, ser una modelo es todo. Para ellos la lotería se la sacaban cuando los hijos y sobrinos andaban con alguna chica guapísima. Todos aspiraban a ser modelos y, bueno, podían haberlo sido, todos guapísimos.

Mi suegro decía que las únicas nietas “chocolates” que tenía eran mis hijas. “Chocolate”, así les decía, porque no les decía morenas. Solo Sofía es morena. Regina y Valentina tienen el color del papá, pero con el pelo negro. Valentina incluso tiene los ojos verdes. Para mis suegros nosotros éramos “la familia chocolate”. Todos mis cuñados se casaron con mujeres rubias y todos los demás nietos son güeros y de ojo claro.

Juan tiene ocho hermanos, todos hombres, altos, blancos y guapos. Solo Ricardo, el cuarto, es un poco moreno y de pelo castaño. A él lo hicieron a un lado.

¡Es el huevo que no va en la canasta! Él estudió Biología marina, es un hombre abusado pero no supo hacer dinero como sus hermanos, ni un quinto. Terminó viviendo en Oaxaca. Se emparejó con una francesa con la que tuvo tres hijos y se fue a vivir a Puerto Escondido. Sus hijos eran bien güerillos y se casaron con mujeres oaxaqueñas muy morenas. Ahí sí mi suegro se hubiera infartado, porque tuvo varios bisnietos “chocolate”. A mí me reconocía la clase social y la alcurnia norteña.

Cuando mis tres hijas iban en primaria, por el trabajo de Juan nos fuimos a vivir a San Luis Potosí unos años. San Luis es una sociedad muy cerrada y difícil. Yo creo que si no hubiera estado casada con Juan no me hubieran aceptado. Su papá era un médico muy respetado y querido. El hecho de ser la esposa de Juan hizo que mis cuñadas me aceptaran. También creo que hay -después de tantos años- cariño y empatía, compartimos muchas navidades, vacaciones y fiestas con los hermanos y primos de Juan. Yo me reía mucho con y de ellos. Son aguantadores, porque yo también les decía cosas. Joaquín, el mayor de ellos, no creo que me hubiera aceptado nunca, si no hubiera estado casada con su hermano, y mira que nos queremos.

Mi suegro, ya de viejito, juntaba las fotos de sus nietos y las pegaba haciendo una especie collage en una de las paredes de su despacho. Iba poniendo las fotos de sus hijos y nietos. Yo sé que la nieta a la que más quiso, por mucho, fue a Sofía. ¿Tú crees que había una foto de Sofía? No, ni mis hijas ni yo estábamos en sus fotos. Estaban mis cuñadas y sus hijos. Todos güeros, grandes y de ojo claro, lo que a él le parecía presumible. Un día, ya muy viejito, me dijo: “Son mis únicas nietas *chocolate*”, yo le dije: “Sí doctor, no podría ser de otra manera, pero qué tal nos quiere y nosotras a usted”.

Cuando regresamos de Boston, Juan y yo nos fuimos a vivir a un departamento que me regaló mi papá en la Condesa. Ahí vivimos como ocho años, después mis papás me dieron la casa de mi abuelo Alonso en las Lomas. Así que mis hijas prácticamente crecieron en la casa de Sierra Leona. Le hicimos algunos ajustes a la casa y listo. Las tres estudiaron en el Tomás Moro. Ahí hicieron desde el kínder hasta preparatoria, claro excepto los años que vivimos en San Luis.

Sofía siempre montó, ama los caballos como yo. Yo, además de las cabalgatas en Valle montaba en el hípico de la Ciudad de México. Empecé desde la secundaria y lo dejé creo que el primer año de la universidad. Mi papá

tuvo un accidente: resulta que me dejó su caballo y él montó el caballo de un amigo, era un caballo entero. En la cabalgata nos cruzamos con una yegua y como mi papá no tenía mucha fuerza en las piernas, el caballo lo tiró. Entre el accidente de mi papá y que conocí a Juan, me alejé de los caballos.

Mis hijas, al igual que yo, crecieron en Valle de Bravo. Las niñas aprendieron a velear desde pequeñas y también a esquiar. Valentina, que es la más intrépida, desde chiquita daba piruetas con los esquís. Sin duda es la más acuática de mis hijas. Los veranos nos íbamos los dos meses de vacaciones, la pasábamos increíble. En Valle tenían un buen grupo de amigos, unos eran compañeros de la escuela -que también tenían casa en Valle- y otros eran sus cuates del club de vela. Yo hacía muchas cosas con ellas: trabajábamos barro, pintábamos, hacíamos unas máscaras con yeso, salíamos de cabalgata, hacíamos fogatas. También -cuando se ponía la feria en el pueblo las llevaba- les encantaba la feria y los esquites. Los elotes de Valle son los mejores del mundo. En Valle siempre hay algo que hacer. Ya más grandes invitaban a sus amigas de la escuela. Mi casa siempre estaba llena de niñas. Me daba mucha risa cuando llegaban sus amigas, muy monas con bikini y pareo. Yo les decía: “No, mi reina, esto es montaña no playa”. “Necesitas shorts y tenis para subirte al velero, si no puedes perder un dedo y del pareo olvídate, saldrá volando”.

Cuando mis hijas empezaron a salir de noche, Valle hizo aún más la diferencia. Era súper cómodo, ellas salían al antro y nosotros las esperábamos -muy a gusto- en el restaurante de enfrente con los papás de las amigas. No estábamos comiéndonos las uñas, como mis amigas en la Ciudad de México. En Valle podíamos estar mucho más pendientes de ellas. Yo decidí dedicar mi tiempo al cuidado de mis tres hijas, lo disfruté enormemente. Sí trabajé, pero no por períodos largos. En dos ocasiones colaboré en fundaciones de parientes: la primera cuando regresé de Boston, antes de que naciera Regina, y, la otra, dos años antes de la pandemia. En los noventas trabajé unos meses con una senadora del PRI. A ella le ayudaba a organizar eventos con organizaciones sociales. Ahí fue donde me topé con unas señoras que me querían blanquear. Ese día terminé bien enojada con Juan, él nunca entendió por qué le pedí que nos fuéramos de inmediato, lo consideró exagerado de mi parte. Yo me enojé mucho con él porque no escuchaba lo que le estaba diciendo, no fue para nada empático. En ese tiempo Juan era secretario particular de un secretario de Estado. Ese día llegué a la casa con toda la

adrenalina y el entusiasmo porque el evento que había ayudado a organizar había salido increíble, era un evento de precampaña en el que estuvieron muchos amigos de Juan. Llegando a la casa Juan me dijo: “Oye, Montaña nos invitó a cenar a su casa, dice que el evento salió muy bien”. Yo le dije “Sí claro, vamos”. En la reunión iban a estar todas las personas que habían estado en el evento en el que participé. Llegando a la casa de Montaña me di cuenta de que en la sala había puros hombres, las mujeres estaban en el jardín. Yo quería hablar de política, era un momento importante y yo venía de estar en el mismo evento que muchos de ellos. Pero llegando Montaña me dijo: “Tú, con las señoras, te esperan en el jardín”. Con cualquier pretexto entraba a la casa, yo quería hablar de la campaña y lo que estaba pasando en el país, los zapatistas se acababan de levantar. Yo trataba de platicar con los señores, y volvían a mandarme al jardín. Llegó un momento en el que dije: “No me voy a pelear con eso” y me senté con las señoras.

Las señoras, creo yo que eran chiapanecas, pues Montaña es chiapaneco. La verdad es que no sé ni quiénes eran. La plática giraba alrededor de todos los tratamientos estéticos que puede haber: que si no sé qué para bajar la lonjita, que no sé cuánto para la arruga, que aquello para la piel. De esas cosas hablaban. Yo tenía como treinta y tantos, tengo una piel maravillosa y siempre he sido muy delgada. Entonces, ni una arruga. Así que yo estaba calladita. Y como no hice ningún comentario, una de ellas se volteó y me dijo: “Deberías de ir con esta chica”, y yo sorprendida le dije: “¿A qué?”. “Tienen un tratamiento que te blanquea, que no sabes cómo va a quedar tu piel de blanca” –me contestó. Primero, me quedé sin palabras, pero reaccioné rápido. “Uy, si tú vieras todo lo que hago yo para mantener este color de piel”, y rematé diciendo: “A mí me encanta”. Procuré que no se me viera lo encabronada, me paré como a dejar mi vaso, fui directo por Juan y le dije: “Nos vamos”.

Estaba, no enojada, lo que le sigue. Se había manifestado toda la noche el machismo recalcitrante y el racismo en toda su expresión. Entre que no me habían dejado participar, cuando yo venía del mismo evento de los hombres, que me habían mandado de inmediato con unas señoras que yo ni conocía y, encima, me querían blanquear... literal. Yo lo único que quería era salir de Ahí. Juan se fue repelando todo el camino, me decía que lo había sacado, que era importante hacer relaciones políticas y no sé qué tanta cosa decía. Yo tuve que frenarlo en seco y decirle: “A ver, Juan, primero no me dejaron sentarme

en la sala, no me dejaron participar en las conversaciones, me mandaron al jardín. Tú estabas feliz porque platicabas de política, que es lo que te gusta. A mí me mandaron con unas señoras y como no estoy gorda ni arrugada, me querían blanquear”. Estaba yo enojadísima. Juan no lo entendió, pensaba que exageraba y que no había sido solidaria con él, que estaba haciendo relaciones públicas. Varias veces he tratado de explicarle a Juan lo que implica ser moreno en este país, pero no lo entiende porque no lo vive.

Ha habido personas que cuando ven a Juan y a mis hijas me dicen: “Tú sí mejoraste la raza”. A mí me da risa que debo pensar: ¡Bien por mí! ¡La jugué bien! Recuerdo que cuando me casé con Juan alguna persona me dijo: “Ay, pero qué grandote, qué blanco, qué guapo tu marido”, “¿cómo le hiciste para conseguirlo?”. Ese tipo de comentarios los he recibido en lugares como en el hípico, el Club de Vela de Valle, pero también en lugares donde no te imaginas que hay personas con un pensamiento obtuso y cero reflexión ¡ceceero reflexión!

En el medio en el que me muevo oyes comentarios como: “El hijo de Claudia está saliendo con una niña muy mona, pero morenita”. O sea, no te van a decir está saliendo con una niña güera, te remarcan lo morena como para que no te vayas a *shockeyar*. Es como ponerte en antecedentes para que no te asustes cuando lo veas.

En este medio, la blancura es algo que se cuida y procura. Sin embargo, creo que hay cosas que están cambiando, lento, pero creo que se está dando un cambio en lo que se considera políticamente correcto. El otro día, una excompañera de la universidad me dijo: ¿Te acuerdas de fulanito”, “¿Quién?”, “¿Cómo qué quién? Un negro al que le decíamos Idi Amin”. Recordé al instante y el cuate no era negro, era un hombre gordo y moreno, y sí le decían Idi Amin.²⁰ Creo que antes había mucha ignorancia, no todo mundo lo decía con mala leche, supongo que no tenían idea de con quién lo comparaban. También te das cuenta de eso. Yo sí noto un cambio, creo que la sociedad ha cambiado, un apodo así ya no pasaría en una universidad.

²⁰ Idi Amin fue presidente de Uganda de 1971-1979. El gobierno de Amin se caracterizó por la represión política, la persecución étnica, el abuso flagrante de los derechos humanos, los asesinatos extrajudiciales, la corrupción y el nepotismo. Durante su régimen, se calcula que murieron entre cien mil y ciento cincuenta mil personas (*La Nación*, 25 de enero de 2021).

Muchos levantarían la voz. Antes, si alguien se quejaba por una broma racista le decían: “No, hombre, eres mi súper cuate, solo nos estamos divirtiendo, es broma”. Así que muchas veces aunque no diera risa, te reías porque si te hacías el ofendido, pues resultaba peor. La burla continuaba. Algunos dirían que esos eran micro racismos, pero yo los veo bien macros.

Mis tres hijas estudiaron carreras universitarias. Regina estudió Diseño Industrial en la Ibero. Sofía estudió Medicina en la UNAM, fue de los mejores promedios y estuvo en un grupo de excelencia.²¹ Amó la UNAM, pero cuando le preguntaban dónde vivía, ella decía que en Barrilaco, le daba pena decir que vivía en las Lomas. Y no mentía, vivimos muy cerca de la barranca de Barrilaco. Valentina estudió Economía en la Ibero, pero se la pasaba viajando haciendo *kitesurf*. Siempre ha tenido un temperamento intrépido y aventurero. Le encantaba ir a Baja California, decía que ahí estaban las mejores playas para el *kite*.

Mis hijas siempre han sido mujeres muy libres, no son tradicionales por más que han crecido en este medio. Regina antes de casarse se fue a vivir con Saúl para ver si resultaba, después de unos años decidieron casarse. No hubo boda religiosa. Se casaron en la casa de Valle en una ceremonia muy linda. Sofía no cree en el matrimonio, vive con Tomás desde hace 10 años y tienen dos hijos. El papel no les hace falta. Vale -yo diría que es la más conservadora- sí casó por la iglesia e hizo una recepción muy bonita en el jardín de Valle. Yo me quedé con la casa de Valle; mis hermanos construyeron las suyas cerca del lago. A mí siempre me gustó más el bosque. Me encanta el verde y estar rodeada de árboles enormes. Siento que yo fui la más pegada a mi papá y a esa casa.

Cuando Vale, mi hija, entró a la secundaria, a finales de los noventa, me inscribí a clases de cerámica y pintura. Mi papá -que sabía que yo tenía facilidad para las artes- siempre me dijo que debía de seguir mi inspiración de

²¹ El Programa de Alta Exigencia Académica fue creado en la UNAM en 1991 durante la gestión del Dr. José Sarukhan. Es un programa orientado a la formación de profesionistas de excelencia. En la Facultad de Medicina, el Programa de Alta Exigencia Académica recibió el nombre de Núcleos de Calidad Educativa (NUCE). El NUCE inició en 1992 en la Licenciatura de Médico Cirujano con una primera generación de 65 estudiantes, de los cuales se graduaron en el programa poco menos de la mitad. En las primeras generaciones de este programa, cerca del 70% de los estudiantes provenían de preparatorias particulares (Morales, Micu y Cortés, 1998).

artista y que si no quería no tenía que ir a la universidad, pero en mi familia los estudios universitarios eran muy valorados y yo no me quería quedar atrás, así que entré a la carrera de Historia del Arte. Ya con la pequeña en secundaria me dediqué a la pintura de tiempo completo. Ahora tengo mi taller y trabajo con lienzos grandes.

En mi taller trabaja otra pintora. Ella es muy bajita, morena y casi siempre viste con ropa de telar y textiles muy mexicanos. Unas piezas únicas y muchas prendas de Remigio.²² El otro día me platicaba que ella sólo va al Palacio de Hierro cuando va con su marido, que es inglés, porque si no le ponen un policía que la siga.

Valentina, con la pandemia, se fue a vivir a Madrid. Su esposo trabaja para una empresa transnacional y ahí está una de las sedes. Se llevó a sus dos hijos, pero a los pocos meses se embarazó. Así que cuando nació el nuevo bebé me fui a ayudarle un par de meses. Estaban solos con tres chiquitos y con ayuda de entrada por salida. Después encontramos a una chica de México que quiso irse a España a trabajar con ellos de tiempo completo. Fue cuando me pude regresar. Su hijo mayor, mi nieto, se llama Alonso, como mi abuelo. Es súper futbolero y me encanta porque ¡me dedica sus goles!

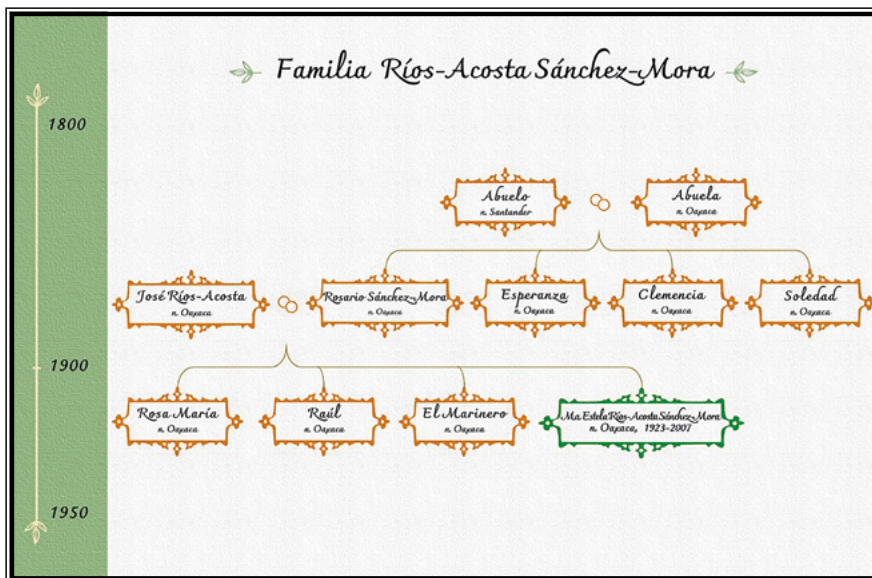
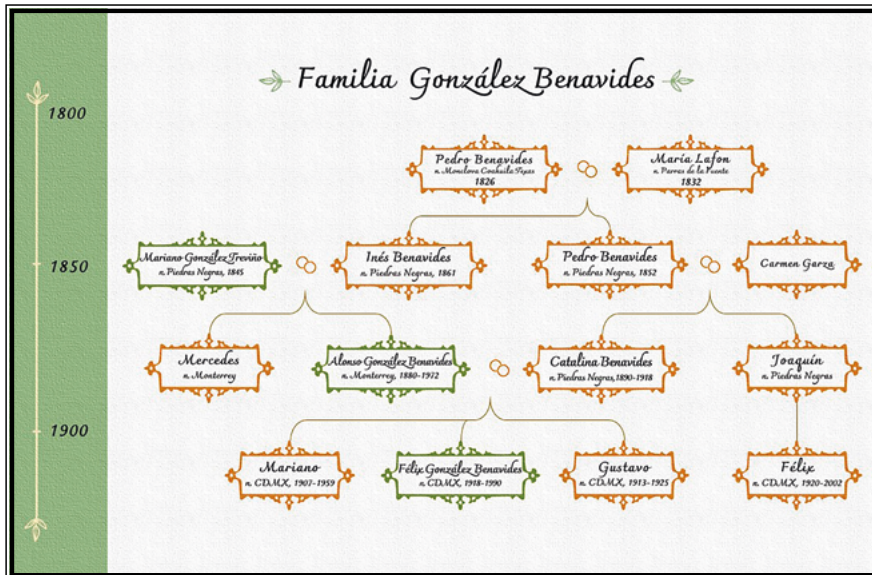
Los gachupines son super racistas. Cuando voy a verla a Madrid y salgo sola con los niños, evidentemente creen que soy la muchacha, la sudaca que se trajo la señora para que le cuide a los niños. No me leen como la abuela. Me encanta ser abuela: tengo siete nietos, dos de Regina, dos de Sofía y tres de Valentina. Ninguno es moreno como yo. Los de Sofí son morenos muy claros.

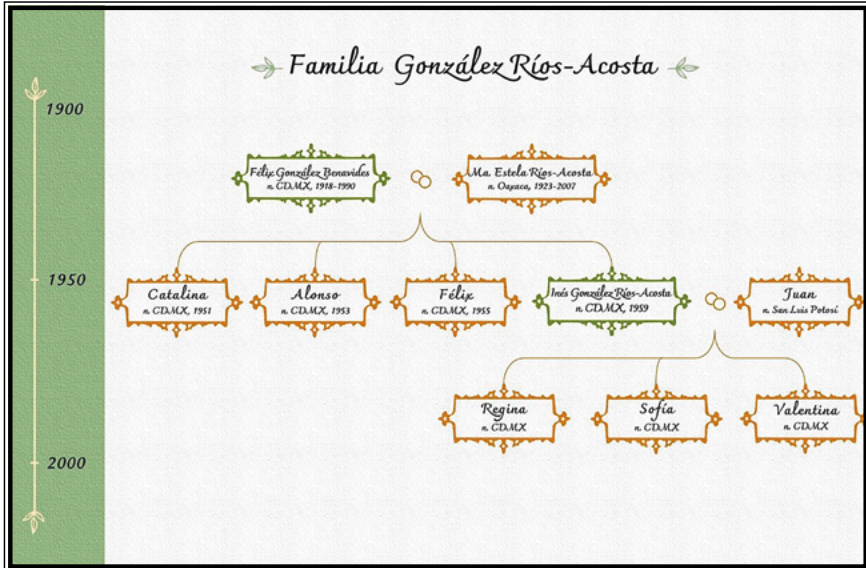
A mí gusta mucho caminar y conocer las ciudades donde vivo. Los museos me encantan y cada tercer día programo una salida a algún lugar. La verdad es que me conozco Madrid muy bien, con todo y su ruta de camiones. Una tarde estaba yo rumbo a la parada de camión y había una pareja de españoles que estaban perdidos, no sabían dónde tomar el camión y era un lugar muy cén-

²² Remigio Mestas Revilla es originario de Yalalag, una comunidad Zapoteca de la sierra oaxaqueña. Se dedica a rescatar, preservar y renovar el arte textil oaxaqueño con el objetivo de lograr precios justos y dignificar el trabajo de las y los tejedores. Ha trabajado con varios pueblos de su estado: mixtecos, chatinos, zapotecos, triquis, amusgos, mazatecos, mixes, cuicatecos, tacuates, chinantecos y huaves. Las piezas en la tienda de la Ciudad de México van desde 1,200 hasta 30,000 (Delgado Becerril, 1 de abril de 2016).

trico. Empezaron entre ellos a discutir y ella voltea y me pregunta: “¿No sabes dónde está...?”. Yo sí sabía, le iba a empezar a decir cuando él volteó, me vio y le dijo: “¿Pero por qué le preguntas a esta? Esta qué va a saber”. Y entonces dije: “Pues que con su pan se lo coman, que sigan perdidos, yo me voy a subir a mi camión y voy a llegar a descansar”. Obviamente fue mi color de piel, yo ni había abierto la boca, no podían saber que era mexicana. Además de racista, son xenófobos. Otro día iba con Carlos, mi yerno, paseando con los dos niños mayores. Pasó una señora paseando a su perro. Miguel, que tiene dos añitos, se asustó con el perro y se pone a llorar. Carlos abraza a Miguel y la señora le dice: “Tienes que traer a sus niños de la mano y cuidarlos”. Carlos le responde: “No se equivoque, usted tiene que estar vigilando a su perro. Ellos son niños y yo los vengo cuidando, pero el perro puede hacerle daño a alguien y esa es su responsabilidad”. Cuando oyó el acento dijo: “Ay, tú eres uno de estos sudacas que han venido a echar a perder el barrio”. Carlos es muy bien parecido, mide uno noventa, delgado y medio güerón. Esto en México nunca hubiera pasado.

Inés González Ríos-Acosta





CAPÍTULO II

PERO ES MORENA...

Yo nací en la ciudad de Puebla en 1978. Mis padres también son poblanos, pero tienen orígenes muy distintos. Mi abuelo materno se llamaba José Antonio Alarcón. Tengo la impresión de que su mamá era una mujer indígena. En mi familia no se dice eso abiertamente, pero a mí me da la impresión de que sí era. Se llamaba Ponciana Guadalupe Flores, vivió mucho, creo que murió a los 100 años. Era de un pueblo en el estado de Tlaxcala. Yo la conocí, era una mujer muy calladita y flaquita. Le decíamos *mamá Pon*.

Ponciana Guadalupe se casó con Francisco Alarcón Bautista, que venía de la mixteca. Yo siempre asumí que era de la mixteca poblana, pero en un viaje que hice a Oaxaca fui a Tequixtepec, en la mixteca baja oaxaqueña y para mi gran sorpresa ahí encontré varias calles con los apellidos de mi bisabuelo: Porfirio Alarcón Bautista, Isidro Alarcón Bautista y luego, en una placa de la iglesia, decía: “Le agradecemos a la familia Alarcón Bautista...”. Yo tomé fotos y como en ese entonces mi abuelo Toño todavía vivía, le pregunté si eran sus parientes. Él me respondió que su familia sí era de esa zona. Yo le insistí que me contara y terminó diciéndome: “Mi papá nació en un pueblo que se llama Tezoatlán de Segura y Luna, en la mixteca baja oaxaqueña, y ese pueblo de San Pedro y San Pablo Tequixtepec al que fuiste estaba junto. Ahí vivía una tía”. También me contó que su hermana mayor, mi tía Isabel, nació en Tequixtepec y que él iba en los veranos a pasar tiempo con sus parientes en una casa frente al parque. Mi abuelo nunca hablaba de su infancia.

En Puebla, las familias conocidas, las familias “de sociedad” (como la de mi mamá) nunca hablan de su componente indígena, es algo que buscan borrar. No se platican esos temas, no se cuentan esas historias; yo obligué a mi abuelo a recordar. Él no me quería contar de su vida, de su infancia, de sus abuelos, y entonces le dije: “Imagínate que un día me pregunten que quién fue mi abuelo y yo no tenga nada que decir de ti. Sería muy feo ¿no? Porque yo sí que tengo historias contigo, tengo mucho que decir. ¿Por qué tú no sabes nada de ellos?” Él me decía: “Es que mis abuelos ya eran muy mayores, no conviví con ellos”. Ese

día me contó que su papá fue matancero. Se dedicaba a matar cerdos y recorría la mixteca vendiendo el producto. Iba de la mixteca baja hacia la costa, viajaba mucho. Yo creo que en uno de sus viajes conoció a mamá Pon.

En las pocas fotos que hay de mi bisabuelo Francisco, se ve que era mestizo. A lo mejor era como una mezcla entre indígena -no sé si la mamá o el papá- y mestizo. Era muy grandote y de ojo claro. De él se cuentan muchas historias, al parecer era toda una leyenda. Era tan grande que se subía en los toros, los montaba. También dicen que era muy fuerte y que doblaba monedas. Mamá Pon -cuando de pronto se acordaba de algo- contaba que luego luego de que se conocieron empezó la Revolución. Ellos se casaron y se fueron a vivir a Tezoatlán de Segura y Luna. Contaba que cuando llegaron los carrancistas -yo creo que ellos eran zapatistas- se tuvieron que subir al cerro a esconder.¹ Fue entonces que perdió a su primera bebé. Ya después nació mi tía María Isabel Guadalupe.

Alrededor de 1915 migraron a la ciudad de Puebla. Aquí nacieron cinco hijos más: José Francisco Javier, Guadalupe María de la Concepción, María Clementina, Fortunato Evaristo Antonio y Gabriel Narciso Alarcón Flores. Yo los conocí a todos porque todos fueron longevos. Mi mamá me contó que cuando sus abuelos llegaron a Puebla vivieron en el barrio El Alto. Yo sé que durante la Colonia, en esa zona se asentaba la población indígena que migraba a la ciudad de Puebla. El barrio El Alto estaba del otro lado del río San Francisco.² El río dividía la parte española de la parte indígena. Cuando

¹ En 1913, tras el asesinato de Francisco I. Madero, y con el fin de derrocar a Victoriano Huerta, Venustiano Carranza formó, con la ayuda de Emiliano Zapata y Francisco Villa, el Ejército Constitucionalista. Una vez que zapatistas, villistas y carrancistas logran expulsar a Huerta del poder, Carranza convocó a la Convención de Aguascalientes. En esta convención -en la que participaron las distintas facciones revolucionarias- se acordó que los jefes revolucionarios de las distintas partes del país eligieran a un nuevo presidente que no fuera Carranza, hasta entonces primer jefe del Ejército Constitucionalista y encargado del poder ejecutivo. Otro de los acuerdos fue el nombramiento de Francisco Villa como comandante del ejército. Venustiano Carranza desconoció los acuerdos e inició el ataque contra zapatistas y villistas en distintas partes del país. En la mixteca oaxaqueña, a la que pertenece el municipio de Tezoatlán de Segura y Luna, existió una importante presencia de zapatistas desde los inicios de la Revolución (Martínez Medina, 1985: 44; Sánchez Silva, 1985: 57).

² La ciudad de Puebla se fundó en 1531. La administración novohispana dispuso que la ciudad estuviese poblada por españoles, y que la población indígena, considerada

llegaron a la ciudad de Puebla, la persona que los ayudó fue un primo hermano de mi bisabuelo Francisco: Isidro Alarcón Bautista. Tenían los mismos apellidos porque sus padres eran hermanos. No sé cómo, pero Isidro puso un molino de trigo con el que se hizo muy muy rico. Pudo comprar una enorme cantidad de tierras a las afueras de Puebla. Mi bisabuelo, al que le decíamos *papá Chón*, trabajó mucho tiempo para Isidro.

MIS BISABUELOS EN LA CIUDAD DE PUEBLA



Francisco Alarcón Bautista y Ponciana Guadalupe Flores
Colección privada de la familia

útil para la construcción de la ciudad y el cultivo de tierras, se asentara en barrios en las periferias de la ciudad. Al oriente de la ciudad de Puebla, separado por el río San Francisco, se creó el barrio El Alto donde se asentó población indígena en el siglo XVI (González Bustillos, 2013: 102; Ramírez Rosete, 2019: 41). Actualmente, estos barrios ya forman parte del centro histórico de la ciudad de Puebla. El río San Francisco fue entubado en 1963, y en su lugar se construyó el Boulevard 5 de Mayo.

Poco a poco la familia se fue olvidando de su origen y haciéndose poblanos, se fueron integrando a la vida citadina. Todos los hijos varones de mamá Pon y papá Chón estudiaron y pusieron negocios. En cambio, mis tías no estudiaron, ellas se casaron y se dedicaron siempre al hogar.

Mi abuelo Toño nació en 1921 en la ciudad de Puebla. Le pusieron Fortunato Evaristo Antonio, pero él siempre dijo que se llamaba José Antonio Alarcón, bien *nice*. Estudió para contador y entró desde muy jovencito a trabajar a un banco. Era muy bueno para las matemáticas. Era un hombre muy ahorrador, logró comprarse un ranchito que producía muchas cosas. Mi mamá se acuerda que había muchos animales: patos, pollos, algunos cochinos, también tres vacas y un burro. Cada hermana tenía un vaca y José Antonio, su hermano menor, el burro. Siempre se reían del burro de José Antonio. Cuando se juntaban muchos huevos, Petra hacía rompopo, a mí no me tocó la granja pero sí que Petrita hiciera rompopo, era delicioso.

Mi abuelo y su hermano menor, Gabriel, se hicieron cargo económicamente de mis bisabuelos, aunque siempre vivieron con la tía Clementina. Gabriel se dedicó a la venta de materias primas y abarrotes. Tuvo una tienda que se llamaba “El Arcón” en el centro de Puebla. Le fue muy bien, era un negocio muy exitoso. Ninguno de los hermanos volteó para atrás; se poblanizaron y se empezaron a llevar con gente conocida, con la gente *nice*. El dinero les permitió cierto acceso a espacios reservados para personas de abolengo. Yo creo que con el tío Isidro, y luego con mi abuelo y su hermano Gabriel, se empezó a construir el abolengo de la familia Alarcón en la ciudad de Puebla. La familia del tío Isidro sigue teniendo mucho dinero, sus hijos fraccionaron las tierras que habían comprado a las afueras de la ciudad y se dedicaron a la construcción. Sé que uno de los nietos tiene una empresa muy grande y exitosa de *catering*. Los Alarcón llegaron a principios del siglo xx a Puebla y, si hoy preguntas, sí se puede reconocer como familia de abolengo, pues ya llevan más de 100 años de riqueza. Nadie sabe de su pasado oaxaqueño, indígena y migrante.

Mi abuelo fue miembro fundador del primer club de golf de Puebla: el Club Campestre.³ Siempre le gustó el golf, ya de grande jugaba como tres

³ En su libro *Privilege at play. Class, Race, Gender, and Golf in Mexico*, Hugo Cerón (2019) enfatiza cómo el golf se convirtió en el juego por excelencia para promover el moderno espíritu del capitalismo entre los empresarios. Este deporte ha sido altamente estimado por ellos pues hallan en él una valiosa herramienta formadora del

veces por semana. Él se movía en ese ambiente de gente *nice*. Conoció a mi abuela en un baile, se hicieron novios y, poco después, se casaron. Ya casados, mi abuelo puso una fábrica de zapatos y después una zapatería. Mi abuelo Toño siempre fue muy emprendedor y bueno para los negocios.

La historia de mi abuela materna también es de migrantes, pero de otro tipo. Mi abuela Mercedes es hija de José María Casals y María Teresa Loyo; por eso yo me llamo Teresa. José María Casals nació en Argoños, un pueblo de Cantabria en España. Mi bisabuelo salió buscando oportunidades en América.⁴ Antes de llegar a México pasó por Cuba. Encontramos un documento que dice que llegó al Puerto de Veracruz el 9 septiembre de 1907. Tenía 17 años.

Mi bisabuela Teresa era hija de españoles que llegaron a México a finales del siglo XIX. Ella nació en Chacalteanguis, un pueblito cerca de Veracruz. Fue la hija más chica de ocho hermanos, y su mamá murió en el parto. Vivían en una hacienda que se llamaba Mata Tenatito. Sus padres migraron a México buscando mejores condiciones de vida. No sé cómo fue la historia, si el papá murió, pero el caso es que María Teresa y su hermana Rafaela se fueron a vivir a la Ciudad de México. No sé si la tía Rafaela se casó y su marido se murió, o si fue madre soltera y por eso se fueron a vivir a la Ciudad de México, el caso es que mi bisabuela María Teresa vivía con su hermana Rafaela y su sobrina Ana María.

carácter empresarial, al identificarlo con temas y acciones tales como “la lucha contra la naturaleza, la toma de riesgos, el pensamiento estratégico, el cálculo, la resiliencia ante los infortunios, el individualismo, la ética, la responsabilidad y la confianza” (Cerón, 2019). Asimismo, las partidas de golf representan espacios de convivencia para los empresarios, en los que pueden construir y reforzar lazos con socios y clientes.

⁴ A finales del siglo XIX, España se encontraba en una difícil situación por el estancamiento económico y un fuerte crecimiento poblacional. México, en cambio, experimentaba una etapa de crecimiento económico y veía en la migración española una oportunidad de mestizaje. La política porfirista abrió las puertas de par en par a la población latina, en particular a la española. Pérez Herrero (1981) señala que en 1910 los españoles llegaron a conformar el 25% de la población extranjera en México y que más de la mitad de estos inmigrantes se había concentrado en dos entidades: el Distrito Federal y Veracruz. Clara Lida (1994) explica que la mayoría de los inmigrantes españoles fueron hombres solteros que llegaron a México para dedicarse a los negocios, y que la mayor parte de ellos provenía de las provincias de Oviedo, Santander, Vizcaya, Barcelona, León y Burgos. Además, explica la sólida inserción de los inmigrantes españoles en contextos urbanos y su rápida movilidad social ascendente tras abandonar su origen aldeano, rural o pescador (Lida, 1994).

La historia familiar cuenta que mi bisabuelo, José María Casals, entra a una panadería del centro de la Ciudad de México y ve a María Teresa, y entonces le dice al panadero: “Acabo de conocer a la mujer con la que me voy a casar”, le pagó el pan y la invitó a salir. Después, se hicieron novios y se casaron. Cuentan que la bisabuela María Teresa tenía un carácter fuerte y cuando le propuso matrimonio ella le dijo: “Me caso contigo, pero con una condición: conmigo se vienen mi hermana Rafaela y su niña”. Mi bisabuela nunca se separó de su hermana. Poco tiempo después de la boda se fueron a vivir a Puebla. Llegaron a vivir en una casa del centro, cerca de la casa de los hermanos Serdán.⁵

En esa casa mi bisabuelo pone la primera papelería de Puebla, la llamó “La Enseñanza Objetiva”. Él era hijo de un maestro conocido en el pueblo de Argoños como el Maestro Viejo. Cuando me fui a estudiar el posgrado a Madrid, fui a Argoños con mi hermano. Queríamos conocer el pueblo del bisabuelo. Resulta que es un pueblo chiquitito; tiene como 30 casas. Está cerca de Santander. Mi abuela nos dijo que preguntáramos por la casa del Maestro Viejo, que con ese nombre lo conocían. En el panteón nos encontramos a una viejita y le preguntamos por la casa del Maestro Viejo. Ella nos explicó cómo llegar y qué casa era. Fuimos a la casa. Obviamente está remodelada, pero sus dueños nos dejaron entrar y nos enseñaron todo. Yo calculo que el Maestro Viejo vivió en esa casa desde mediados del siglo XIX, porque mi bisabuelo nació el 16 de junio de 1890.

Cuando mis bisabuelos se mudan a Puebla, inician su familia y tienen puras hijas. María Teresa nació en 1924; mi abuela Mercedes, en 1926; María Isabel, en 1928; y Josefina, en 1931. La tía Rafaela siempre cocinó. Ella fue la encargada de alimentar a la familia, dicen que tenía una sazón maravillosa. A mi bisabuelo le decían *Chato*, el Chato Casals, porque era de nariz chata, medio regordete y peludo, peludo, peludo. A él le debemos el vello en el cuerpo. Las cuatro hermanas eran muy guapas, pero dicen que María Teresa, la más grande, paraba el tráfico. El Chato siempre decía que él tenía un póker en su casa: sus cuatro hermosas hijas, las cuatro Casals.

⁵ Los hermanos Serdán Alatraste (Aquiles, Carmen y Máximo) fueron revolucionarios antirreeleccionistas partidarios de Madero. Aquiles fue el principal dirigente antirreeleccionista en Puebla y una persona de confianza para Madero. Fue asesinado en su casa el 19 de noviembre de 1910, un día antes de que diera inicio la Revolución mexicana (*LaFrance*, 1980).

Al Chato le gustaban mucho las apuestas: jugaba cartas y dominó, siempre apostaba. Como tenía un negocio propio, pues le daban crédito. A veces le iba muy bien, pero otras perdían hasta la camisa. Su gusto por el juego metió a la familia en muchos aprietos económicos, por lo que las hijas tuvieron que trabajar desde muy pequeñas. Mi abuela Meche empezó a trabajar a los 15 años en un despacho. Al terminar la primaria, estudió una carrera técnica para señoritas: contaduría pública.⁶

No sé dónde se conocieron mis abuelos, pero evidentemente se conocieron y se hicieron novios. Mi abuelo Toño ya trabajaba en el banco y tenía una muy buena posición económica, toda su familia estaba subiendo en la escala social. Mi abuela era muy hija de españoles, pero su familia no contaba con dinero y tenía un padre jugador. Mis abuelos dicen que se casaron al poco tiempo de conocerse, mi abuela tenía 26 años, siempre estaba muy arreglada y era muy vanidosa. Era un personaje raro pero interesante, era bien racista, siempre andaba viendo el color de las personas. Mi mamá se desesperaba y le decía: “Si no te gusta lo moreno, ¿por qué te fuiste a casar con un hombre tan moreno como mi papá?”. Porque mi abuelo Toño era muy moreno. Era un hombre chaparrito y muy moreno. Me contó mi mamá que un día su papá le confesó que, para el retrato de bodas, lo subieron en un banquito y que con el vestido de novia de mi abuela lo taparon. Querían que en la foto se viera más alto, yo creo que eran de la misma estatura.

Supongo que lo que a mi abuela le llamó la atención de mi abuelo fue que era un hombre trabajador, emprendedor y que ya tenía una buena posición social. Eso fue lo que hizo de mi abuelo un buen partido para ella.

⁶ El proceso de modernización económica que experimentó México durante las décadas de 1940 y 1950 llevó a que se incorporaran cada vez más mujeres al mercado laboral. Su inserción ocurrió especialmente en el sector terciario, en actividades secretariales, administrativas y de organización de oficina, sin que ello significara un relevo de las tareas que realizaban al interior del hogar (Santillán, 2008). La mayor parte de la instrucción destinada a las mujeres estuvo, por siglos, confinada al ámbito de las tareas domésticas. En 1871, se fundó la primera Escuela Nacional de Artes y Oficios para mujeres en la ciudad de Puebla. En ella, se impartían clases de relojería, bordado, tapicería, trabajos en cera, modelación, dibujo, encuadernación, moral, higiene y economía doméstica. Con la llegada del nuevo siglo comenzaron a impartirse nuevas materias que incluían, por ejemplo, la capacitación para administrar los libros de contabilidad en oficinas y empresas (Herrera Feria, 2003; Rodríguez Álvarez, 2003).

Mi abuela Meche ha de haber medido como 1.65, su tez era muy blanca y su pelo era negro y largo. Era muy guapa, sus ojos eran grandes y oscuros. También recuerdo que mi abuelo a veces se desesperaba con mi abuela, le decía *Ausencias* porque, por momentos, se perdía en sus pensamientos, no hacía caso de nada.

Las hermanas de mi abuela se casaron todas con hombres de piel blanca, pero sin el éxito económico que tenía mi abuelo. Bueno, solo Teresa la mayor. Ella tuvo una vida llena de aventuras. Se casó tres veces y con hombres muy ricos. Se divorció de su primer marido y luego enviudó del segundo, fue una tragedia. Viajó por el mundo y vivió en muchos lugares. Siempre me fascinaban sus historias.

Mi abuelo le construyó a mi abuela una súper casa en la 25 Oriente, que en aquellos años era la principal avenida de Puebla. Ya no estaba en el centro, sino en las afueras. La casa es icónica, era una casa muy bonita y grande. Ahí nació mi mamá y sus tres hermanos: Mercedes, Cristina y José Antonio. A mi mamá le pusieron Teresa como mi bisabuela, la esposa del Chato. Yo también soy Teresa. Bueno, todas mis tías y mi mamá son Marías: María Mercedes, María Cristina y María Teresa, como dicta la tradición católica, apostólica y romana.

Mi mamá nació en 1956 y es la única hija morena. Sus hermanas heredaron el color de mi abuela. La única que salió con el color del abuelo Toño fue mi mamá y su hermano, José Antonio. Cuando nació mi mamá, mi tía Josefina le dijo: “¡Ay, acabas de tener a la niña más bonita del mundo!”, y mi abuela le respondió: “Pero es morena”. Mi tía Pepita -así le decíamos- siempre quiso mucho a mi mamá, ella fue su madrina. Mi mamá fue la tercera hija. Mis abuelos esperaban un hijo y les salió niña y morena. Ella siempre se sintió ninguneada.

Mi mamá creció muy sola, recuerda su niñez como falta de mamá. Dice que mi abuela siempre estaba en eventos sociales, haciendo beneficencia y, además, tenía su zapatería. Cuando nació mi mamá, mi abuelo compró una fábrica de zapatos y mi abuela puso una zapatería. A mi abuela siempre le gustó trabajar y manejar su propio dinero, en eso, fue ultramoderna. La zapatería era de ella y todas las ganancias eran suyas. No tenía que dar cuentas a nadie. Mi abuela fue una mujer muy independiente, yo me acuerdo de que en su bolsa siempre traía un fajo de billetes, “empoderada” para esa época.

Mi mamá creció con Petra. Petrita es un personaje muy importante en nuestras vidas. Ella llegó de algún pueblo cercano a la ciudad de Puebla a trabajar en la casa del Chato. Tenía como 13 años -la misma edad de mi abuela Meche- cuando se empleó como ayudante de cocina. Trabajaba directamente con la tía Rafaela, ella le enseñó a cocinar. Cuando mi abuela Meche se casó, se la llevó con ella. Entonces Petrita conoció a mi mamá desde que nació. Ella fue su nana, la cuidó, la crió y hasta la regañaba cuando se portaba mal.

Yo amé a Petrita con locura. Para mí, Petra es uno de los referentes más importantes en mi vida. Yo soy la más grande de mis hermanos. Nací cuando mi mamá tenía 22 años. Mi abuela Meche no fue a cuidarme ni a mí, ni a mi mamá, como hacían las abuelas de esa época. Ella no tenía el tiempo, así que mi mamá se mudó con sus papás por unos meses, la cuarentena. En casa de mis abuelos la que nos cuidó fue Petrita. Yo creo que por eso mi mamá sí nos amamantó a mí y a mis hermanos. Petra le preparaba tecitos y la bañaba con hierbas para que tuviera leche. Mi abuela no amamantó a sus hijos. Las mujeres modernas no daban pecho a sus hijos, esterilizaban botellas y daban fórmula.⁷ Yo creo que mi mamá hizo una crianza indígena, muy de pueblo, porque Petrita la enseñó. No estaban de moda la lactancia materna ni los partos naturales. Petra me amarraba en su rebozo y me traía de abajo para arriba, así mi mamá podía descansar y dormir. Desde que nací me tuvo cargada y no me soltaba. La acompañaba a cocinar. Me gusta pensar que yo misma estaba haciendo el atole que mi mamá se iba a tomar para poderme amamantar. Yo creo que por eso tuve una conexión con Petrita y amo la cocina. Yo fui la única nieta que estuvo recién nacida en casa de mis abuelos.

Mi mamá y sus hermanas estudiaron en colegio de monjas. Mi abuela estaba muy empoderada, pero seguía al pie de la letra las reglas poblanas en

⁷ Hasta las primeras décadas del siglo xx, la leche materna había sido considerada como el mejor alimento para los infantes en sus primeros años de vida (Alanís-Rufino, 2021). Después de la Segunda Guerra Mundial, con la invención de las fórmulas lácteas, se promovió mundialmente el abandono de la lactancia y su sustitución con estas fórmulas y, junto con ello, se promovió la esterilización de biberones y la compra de accesorios. Debido a los elevados costos que implicaba alimentar a los infantes con fórmula láctea, esta fue primeramente adoptada por las clases altas. Las fórmulas lácteas se volvieron un símbolo de modernidad, y la lactancia materna se convirtió en símbolo de atraso (Barriuso, De Miguel y Sánchez, 2007).

materia de educación de los hijos: iban a misa todos los días, aprendieron a tejer y a bordar. Todavía tengo un mantel que bordaron mi mamá y mis tías, es una belleza. Mi mamá es una mujer muy guapa, con unos ojos grandes, mucha ceja y unas pestañas espectaculares, pero nunca se sintió guapa porque era morena. Su madre siempre se lo recalcó.

Mi abuela Meche hacía mucha labor social, estaba en muchas beneficencias. Una de ellas era el Seminario Palafoxiano de Puebla. Cada 12 de diciembre, día de la Virgen de Guadalupe, hacían un gran evento. En 1971, mi abuela se encargó del comedor y sus hijas –mi mamá y mis tías Meche y Cristi– sirvieron las mesas. Mi papá formaba parte de una estudiantina de La Salle y fueron a cantar a la fiesta. Ahí se echaron el ojo. A mi mamá le encantó el güero de ojos verdes y a mi papá le encantó la morenaza. Y pues poco después empezaron a andar, mi mamá con 15 años y mi papá con 19.

La historia familiar de mi papá sí es muy larga –bueno, solo de su lado materno, porque del paterno sé muy poco. Mi papá se llamaba Ricardo Tovar Díaz de León. De los Tovar sé muy poco porque mi abuelo se murió cuando mi papá tenía siete años y mi abuela no mantuvo comunicación con su familia. Mi papá creció con la familia de su mamá, y ese es el referente: los Díaz de León. Ellos sí son una familia de mucho abolengo, una familia poblana de larga tradición.

Los Díaz de León son descendientes de un personaje que llegó del reino de León en el siglo XVI, un tal Pedro de León y Anzures. No sé cuándo se compuso el apellido Díaz de León, probablemente desde el siglo XVII. El apellido de mi bisabuela también era compuesto, así que mi abuela tenía tres nombres y cuatro apellidos: María Dolores del Rosario Díaz de León Ortiz-Calles, pero siempre le dijeron Loly.

Mi abuela Loly se quedó huérfana a los tres años. Ella era la novena hija. Su papá, mi bisabuelo Tomás, era un hombre de letras, historiador, abogado, muy católico y carmelita, al igual que su hermano Manuel. Cuando murieron los enterraron con sus hábitos de carmelita. Ellos pertenecían a la élite intelectual poblana. Manuel dejó Puebla en los años veinte, así que los Díaz de León de la Ciudad de México son de esa rama de la familia. Mi bisabuela, Elvira Ortiz-Calles, murió en 1926 dando a luz a su décimo hijo, José Ignacio. La hija mayor del matrimonio, Teresa de la Luz, se tuvo que hacer cargo de todos sus hermanos. Ella nació en 1905. Le llevaba 19 años

a mi abuela Loly. Teresa de la Luz fue como su mamá. Vivían en una casona muy grande en el centro de Puebla. Teresa, junto con una cocinera, dos camareras y la señora que hacía y remendaba la ropa, eran las encargadas de atender a la familia. Ella nunca se casó, supongo que no la dejaron... si se casaba ¿quién atendería a toda esa familia?

ESTÁ ES LA FOTO DE MIS BISABUELOS,
MI ABUELA LOLY TODAVÍA NO NACÍA



Tomás Díaz de León y Elvira Ortiz-Calle
Teresa de la Luz, Tomás, María del Carmen y María Asunción en brazos.
Se calcula que la foto es de 1912. Colección privada de la familia.

Teresa de la Luz conservó los recetarios de su mamá y de sus abuelas. De todos los bisnietos, yo los heredé. Teresa se los dio a mi abuela Loly, ella era su consentida, supongo que porque era su hermana menor y ella la cuidó. Mi abuela se los heredó a mi tío Juan, y él hace poco me los dio a mí. Son una joya, hay unas cosas impresionantes que algún día cocinaré. La mayoría

de las recetas están en otro sistema métrico, así que tendré que trabajar en las equivalencias.⁸ Teresa de la Luz era una excelente cocinera. En Puebla y en mi familia la vida gira en torno a la comida. Mi abuela me contaba que todas las noches les ponían una especie de lavativa, me puedo imaginar que los llenaban de comida. Yo creo que se la pasaban comiendo y por eso les hacían las lavativa.⁹ Teresa de la Luz fue una mujer muy especial, no solo cocinaba extraordinariamente y se ocupó de sus hermanitos cuando murió su mamá, también le gustaba escribir. Dicen que era una amante de la lectura y que se devoraba los libros de la biblioteca de su papá.

En la casa de mi abuela Loly se hacían tertulias literarias y se montaban obras de teatro, de teatro clásico, por supuesto. Eran una familia muy conservadora y tradicional. Montaron *Hamlet*, *Romeo y Julieta*, *La vida es sueño* de Calderón de la Barca. Mi abuela recuerda con mucha alegría la obra de *Don Juan Tenorio*. Su hermana, María del Carmen, la hacía de Doña Inés y mi abuela de Brígida, la criada de Doña Inés. Las obras de teatro no eran para nada improvisadas, se mandaban a hacer los vestuarios con una costurera y se ensayaban por meses. Hay varias fotografías pero la mayoría se las quedó una prima. Uno de los hermanos de mi abuela se hizo actor, no fue

⁸ En México se utilizaban una gran cantidad de unidades de medición. Algunas eran de origen prehispánico como el huacal y el chiquihuite; otras de origen romano como la milla, la vara y la onza; y unas más de origen árabe como la fanega, el almud y la arroba. En 1857, el presidente Ignacio Comonfort decretó la adopción del sistema métrico decimal en el país. Este sistema se había venido adoptando en distintos países europeos tras su creación en Francia, en 1790. Durante el porfiriato, el sistema métrico fue ampliamente promovido por el gobierno, y era presentado como un símbolo de civilización, progreso, ciencia y racionalidad. Sin embargo, el nuevo sistema no fue uniformemente adoptado por la población mexicana, y su uso tardaría décadas en generalizarse (Vera, 2007).

⁹ Las *lavativas*, también conocidas como *enemas*, fueron muy utilizadas como remedio para el estreñimiento y otros malestares gastrointestinales. Las lavativas tienen siglos de existencia y han sido una práctica de numerosos pueblos en el mundo. En Europa, llegaron a ser una práctica altamente estimada por la nobleza y otros sectores dominantes, por ejemplo, las mujeres de la aristocracia francesa prerrevolucionaria llegaron a practicarse el enema de 3 a 4 veces al día como un medio de “mejorar la complexión y mantener una apariencia jovial” (Friedenwald y Morrison, 1940). Las lavativas siguieron empleándose alrededor del mundo hasta bien entrado el siglo xx como una medida para cuidar la salud estomacal (Doyle, 2005).

muy famoso pero esa era su pasión. Mi abuela Loly y sus hermanos crecieron en ese medio. Crecieron en un ambiente muy conservador y religioso pero sin la supervisión de una madre. Teresa de la Luz pasaba de la lectura a la cocina y viceversa.

ME ENCONTRÉ ESTA FOTO DE UNA DE LAS OBRAS DE TEATRO



Obra de teatro presentada en la casa de la Familia Díaz de León. / Colección privada.

A los hermanos Díaz de León también les gustaban las corridas de toros y hacían viajes a la Plaza México siguiendo a los toreros poblanos. En uno de esos viajes murió –en un accidente automovilístico– Pedro, uno de los hermanos. Los hermanos Díaz de León no eran muy trabajadores, les gustaba la buena vida. Mi abuela y sus hermanos no estudiaron carreras universitarias. Con ese tío y el padre intelectual uno esperaría que alguno siguiera esos pasos, pero no fue así, seguro que les hizo falta su madre. Mi abuela Loly estudió con las monjas de San Vicente, eran las del Colegio Esparza. En la escuela le enseñaron a bordar, a cocinar y a saber las cosas que una buena esposa y madre debía conocer. Mi abuela era cero letrada, así como la mayoría de sus hermanos. La única apasionada por libros y una gran lectora fue Teresa de la Luz.

El bisabuelo Tomás fue un hombre sumamente conservador y muy religioso. Mi abuela contaba que su papá siempre le recordaba que ella nació en el año que los estridentistas sacaron su manifiesto.¹⁰ Ese manifiesto estaba en contra del “rancio” abolengo poblano. Para mi familia fue todo un escándalo. Su lema era “Viva el mole de guajolote”. Los estridentistas, con este manifiesto, buscaban provocar a familias como las de mi abuela. Y, por lo que cuenta mi abuela Loly, yo creo que lo lograron. Los estridentistas estaban con las causas populares y muy cerca del movimiento obrero urbano.

Para mi familia el hábito de carmelita era todo un tema. A mis bisabuelos los enterraron con su hábito puesto. Para mi abuela Loly era muy importante que cuando muriera la vistieran con su hábito de carmelita. Siempre me decía: “El hábito lo tienes que mandar a hacer con las mojas y ellas te lo guardan”. Para ella sí o sí te tienen que poner el hábito de carmelita para poder enterrarte.

De la familia Díaz de León tengo muchas fotografías. Existen muchas fotos de mi abuela Dolores de niña. Me da la impresión de que iba con regularidad un fotógrafo a retratar a la familia. Esto no sucede con la familia de mi abuelo José Antonio. De él no hay registro fotográfico de cuando era niño. Seguro eso está relacionado con la clase social. Mi abuelo José Antonio venía de una familia indígena que llegó a Puebla proveniente de un pueblo. Los Díaz de León y sus parientes vivían en las casonas del centro de Puebla.

¹⁰ El *estridentismo* fue un movimiento artístico de vanguardia surgido en México en la década de 1920. Se caracterizó por la búsqueda de la transgresión de las tradiciones artísticas propias de la academia. Otras de sus características fueron la exaltación de lo moderno y lo urbano, así como la actitud de irreverencia frente a los símbolos de autoridad de la sociedad mexicana. Todo ello se plasmó en poemas, obras narrativas, pinturas, esculturas e incluso música. Podemos ubicar los orígenes del estridentismo en la publicación de un primer manifiesto en diciembre de 1921, el cual fue pegado en paredes y muros de la Ciudad de México. El autor de este primer manifiesto fue Manuel Maples Arce, poeta iniciador del movimiento. Puebla fue otra ciudad importante para el desarrollo del estridentismo, con Germán List Arzubide como otro destacado poeta estridentista. El 1 de enero de 1923, Maples Arce, List Arzubide y otros artistas publicaron en Puebla un segundo manifiesto que, a la par que arremetía contra la figura de Ignacio Zaragoza y de otros personajes respetados en Puebla, llamaba a los jóvenes a sumarse al movimiento al grito de “¡Viva el mole de guajolote!” (Mora, 2000; Iglesias Catalán, 2021).

MI ABUELA LOLY, PRECURSORA DEL *PHOTOSHOP*, ELLE PINTÓ SU FOTO



Loly Díaz de León en 1941 / Colección privada.

Mi abuela Loly se casó como a los 26 o 27 años. Se casó con mi abuelo Juan Tovar Artigas. Yo creo que era un chavo de clase media. Quería ser piloto, tenía fascinación por los aviones, pero dice mi abuela que –como era miope– no pudo ser piloto. Le gustaba hacer maquetas, hacía muchos avioncitos. En la familia de mi mamá le decían *Juanito*. Mis abuelos tuvieron cinco hijos, todos seguiditos, se llevaban un año entre ellos. Mi abuelo murió cuando el más pequeño de sus hijos tenía un año y el mayor 8 años. Mi papá es el segundo. Para mi abuela fue una tragedia, ella nunca había trabajado y ahora tenía que ver por sus cinco hijos, y básicamente no sabía hacer nada. Quienes arrojaron un poco más a mi abuela fueron los Díaz de León, yo creo que los Tovar pues como que no tenían con qué.

Su hermano José Francisco, el que la hacía de *Juan Tenorio*, se había quedado con la casa del abuelo, en la 5 Poniente. Ahí vivía con su esposa, la tía Úrsula, y sus diez hijos. No trabajaba. La verdad es que no tengo idea de qué vivía. El caso es que Francisco dejó que mi abuela Loly y sus cinco hijos se quedaran un tiempo en el tercer piso de la casa. Después, mi abuela anduvo peregrinando con sus hijos y viviendo un poco de la caridad.

María del Carmen era la hermana con la que más se llevaba mi abuela Loly. Ella estaba casada con Eduardo Romero, todos le decían *Lalo*. El tío Lalo fue quien más vio por mi papá y mis tíos. Él también era poblano y tenía una muy buena posición económica. Mi tío Lalo siempre estuvo para mi abuela, la hizo fuerte. Él muchas veces pasaba por mis tíos y mi papá al colegio, los llevaba a pasear y hasta les llevaba Reyes Magos. Él tenía cinco hijos con la tía Maricarmen, uno era justo de la edad de mi papá. La familia Romero siempre estuvo presente en la vida mi papá, los quería mucho y siempre estuvo agradecido con ellos.

Mi abuela creció en un mundo donde siempre la atendieron. Yo tengo la impresión de que fue muy pegada a sus nanas. Siempre se llevó muy bien con las personas del servicio, a diferencia de su hermana María Asunción—que siempre fue muy pesada, así como muy exquisita—. Asunción marcaba mucho la diferencia de clase social, mi abuela en cambio era súper sociable, simpática y muy entrona, tenía excelentes relaciones sociales y muchas amigas de todas las clases. Tenía la sangre muy ligera. Eso le permitió que le ayudaran a conseguir distintos trabajos. Mi abuela tenía sus chambitas, vendía joyitas y cosas así, pero la verdad es que sus amigas ricas le ayudaban mucho, le daban su lanita.

Un día llegó un misionero del Espíritu Santo y le dijo: “Loly, yo me llevo a tus dos hijos más grandes a México de internos”, y la otra seguro pensó: “pues dos bocas menos”, entonces se fueron mi tío Juan, con 12 añitos, y mi papá, con 11. Se fueron bien chicos. Estuvieron internados en el INHUMYC.¹¹ Ahí crecieron los dos.

¹¹ El Instituto de Humanidades y Ciencias (INHUMYC) es un colegio privado fundado a mediados del siglo xx por la congregación católica Misioneros del Espíritu Santo, el cual ofrece educación secundaria y preparatoria (Misioneros del Espíritu Santo - Provincia de México, 2020).

Mi tío Juan tenía una voz increíble –bueno, la sigue teniendo– y entonces los padres lo ponían a cantar. Cantaba en el coro. Tuvieron una educación de seminario. Fue mucho mejor que la que hubieran podido tener en Puebla con mi abuela Loly. Ahí en el INHUMYC hicieron la secundaria y la preparatoria. La idea es que se quedaran en el seminario, pero ninguno de los dos consideró el sacerdocio como una opción de vida. Mi papá se regresó a Puebla y mi tío Juan, por un tiempo, se dedicó a cantar y luego se hizo historiador. Se fue a vivir a España y nunca regresó a Puebla; sin embargo, yo mantengo con él una relación muy cercana. Lo quiero mucho.

Juan era un hombre muy parecido a mi papá, pero toda la vida lucharon por diferenciarse, se convirtieron en agua y aceite. Mi papá se volvió una persona estricta, cuadrada y responsable, y mi tío, bohemio. Cuando nos visitaba en Puebla llegaba con la guitarra, cantaba y decía groserías ¡Para el escándalo de la familia! También contaba historias fascinantes, es un amante de los libros, él y yo siempre compartimos esa pasión. Además era un excelente conversador. Antes de morir, mi abuela Loly le dio a él los recetarios de cocina de la tía Teresa de la Luz. Un día muy especial para mí, Juan me los entregó y me dijo: “Tú sabrás mejor qué hacer con ellos”.

Mi papá volvió a Puebla a los 19 años. Entró a la estudiantina de La Salle porque ahí estudiaban sus primos y muchos de sus amigos. Él estudiaba contabilidad en la BUAP. Mi papá desde que regresó se hizo cargo de mi abuela Loly y tomó el papel del hijo mayor. Él siempre fue muy responsable, así que estudiaba y trabajaba.

Mi abuela Loly no tenía ni un quinto, pero tenía un apellido muy reconocido y de prestigio, así que siempre tuvo amigas y una vida social muy activa, la invitaban a todos lados. Se mudó miles de veces de casa, porque rentaba y la corrían por falta de pago. Luego se fue a vivir cerca del centro, en la 21 Poniente, esa fue su última casa. Mi abuela siempre vivió en medio de la caridad, o sea, ahí la iba pasando. Era pobre pero el apellido la mantenía activa en la sociedad poblana. En esos años tener un apellido de abolengo como Díaz de León era muy importante, te abría muchas puertas y generaba empatía. No sé qué pasaría ahora en la Puebla del 2023 si fueras pobre pero tuvieras apellido rimbombante, pero en los años sesenta no perdías el estatus. Era

una Díaz de León y era bienvenida en la *socialité*. Las amigas le prestaban los vestidos para los eventos de gala. Mi abuela Loly siempre fue muy elegante. Tenía una amiga que le mandaba cosas y siempre había ropa para los hijos.

De los cinco hijos de mi abuela, mi papá era el más rubio, tenía ricitos de oro y los ojos verdes, por eso siempre le dijeron “güero”. Mi abuela lo adoraba, era su güero, su hijo favorito. Mi papá creció sin dinero, sin lujos y con muchas limitaciones económicas, pero era el güero y tenía el apellido. Muchos de sus amigos eran de la élite poblana y por eso nunca perdió el acceso al grupo, ni a los espacios que ese grupo ocupaba. Esos amigos, desde luego, tenían más dinero, pero él tenía algo que era muy valorado: el apellido. Mi papá tuvo que construir su propio patrimonio. Yo de eso estoy muy orgullosa. Porque mi papá se hizo de la nada, o sea, no heredó nada, no le dieron nada. Mi papá, además de mantener a la familia que formó con mi mamá, siempre vio por mi abuela. Y todo eso lo hizo con su trabajo.

Cuando mis papás se conocen en el Seminario Palafoxiano –un 12 de diciembre de 1971– mi mamá estudiaba la prepa con las monjas y mi papá estudiaba contaduría en la BUAP. Mi mamá era una niña que vivía con todas las comodidades en una casa muy grande, iba a misa y todos los fines de semana la pasaba en el Club Campestre. Mi papá, a pesar de no tener dinero, estaba mucho más colocado que ella. El apellido de mi papá era de mucho renombre en Puebla. Díaz de León es un apellido que se puede rastrear, en cambio la riqueza de mis abuelos maternos es más reciente, los Alarcón no tienen un abolengo que se pueda rastrear. A los Díaz de León los puedes rastrear en la historia poblana y ese es un orgullo que se mantiene hasta la fecha. Claro que están los ancestros, pero también ahora hay primos que han hecho cosas muy interesantes (abogados, historiadores, arquitectos). Aunque por lo que sé, en Puebla los Díaz de León son más artísticos que intelectuales: muchos hacen teatro, *ballet*, pintan y hay una prima que canta hermoso. Cada año tratamos de hacer reuniones familiares donde nos juntemos los más posibles, normalmente somos como 70-90 parientes. A estas fiestas les llamamos las “díazleonadas”. Con la pandemia se pararon y aún no logramos reunirnos. No todos viven aquí en Puebla y hay que hacer malabares para las fechas. Estamos pensando que la próxima sea en agosto para comer chiles en nogada.

Cuando mi mamá le dijo a mi abuela Meche que se iba a casar con mi papa, que se iba a casar con el güero, con Ricardo Tovar Díaz de León, dio brincos de felicidad. Mi papá era un joven de buena familia, rubio y de ojos verdes. Yo creo que se imaginaba que iba a tener nietos güeros, pero no le salió. Mis hermanos y yo tenemos el pelo y los ojos negros. Lo que sí heredamos, para nuestra desgracia, fue exceso de vello del bisabuelo *Chato*. El tal Chato Casals era un español de pelo en pecho, muy peludo. El vello siempre ha sido un tema en mi familia, y pues todas las mujeres somos bien peludas.

Desde chiquita, mi abuela Meche le ponía peróxido a mi mamá en los pelos de las piernas y los brazos para que no se notaran tanto. Morena y peluda era demasiado para mi abuela. Yo también fui víctima del peróxido, pero creo que se esperaron a que creciera un poco más, se esperaron hasta mi primera comunión, yo creo que tendría como 8 años. Yo sufría mucho, pica horrible, pero no cuestionaba la decisión, desde niña me enseñaron a que los pelos negros se ven muy feos y yo no quería ser fea, así que a mí tampoco me gustaban mis pelos. A mis primas también les tocaba la oxigenada de los brazos y piernas. Mi abuela Meche era la primera promotora “A ver el peróxido, échense a la niña”. Ardía mucho pero siempre había alguien que te soplabla. Mi abuela y mi mamá también se ponían el aclarador de vello en la cara y siempre traían la ceja bien depilada. Cuando cumplí 13 años mi abuela me dijo: “¡Yo creo que ya es hora!”, y ¡pum! que me depila las cejas, me acuerdo que me quitaron cientos de pelos, me dejaron una cosa como muy estilizada y delgadita, pero ya después me rebelé.

Los rituales de belleza en mi familia empezaron desde muy chiquita, después del peróxido vino la cera. Nos juntábamos en casa de mi tía Cristina para que nos depilaran a todas. También llegaba mi tía Meche con sus hijas, éramos como 12 mujeres. Entonces llegaba la señora Mago con su parrillita y la cera en una olla. Después de que nos arrancaba los pelos regresábamos la cera llena de pelos a la olla, como ninguna se hacía bikini —en esa época no se usaba— no lo veíamos mal. Ahora lo pienso y era una cosa horrible. Nos depilaba los brazos, las piernas completas, el bigote y a unas primas hasta la espalda y la panza. Nos ponía talco y la que sigue.

Mis primas y yo íbamos en escuela de monjas, el uniforme era una falda tableada y calcetas a la rodilla, pero la moda era bajarse las calcetas al tobillo. Yo pasaba como niña obediente porque no me gustaba que se me vieran

los vellos de las piernas, me hacían sentir mal. Cuando había invitaciones a nadar yo sufría porque no era nada más “saca el traje de baño”, yo tenía que preparar todo mi ritual.

Mi papá era muy guapo y tenía muy buen cuerpo, un cuerpo muy atlético. Jugaba fútbol, era como muy galán, yo creo que mi mamá se sentía rayada con su hombre guapo. Mi mamá también era muy guapa, pero nunca se sintió, nunca se lo creyó, siempre le pesó su color de piel. Yo digo que los dos se rayaron, fueron una pareja muy linda, muy diferentes. El güero y Maritere, así les decían. Mi mamá siempre ha hecho referencias a su color de piel. Recuerdo que decía: “Es que tu papá siempre se ve bien, aunque no se bañe se ve bien, no importa porque no se le nota. En cambio yo que soy morena, si no me baño sí se me nota”. Nunca entendí como se le notaría, pero crecí oyendo esas cosas. Su frase favorita era: “Tu papá siempre se ve bien”.

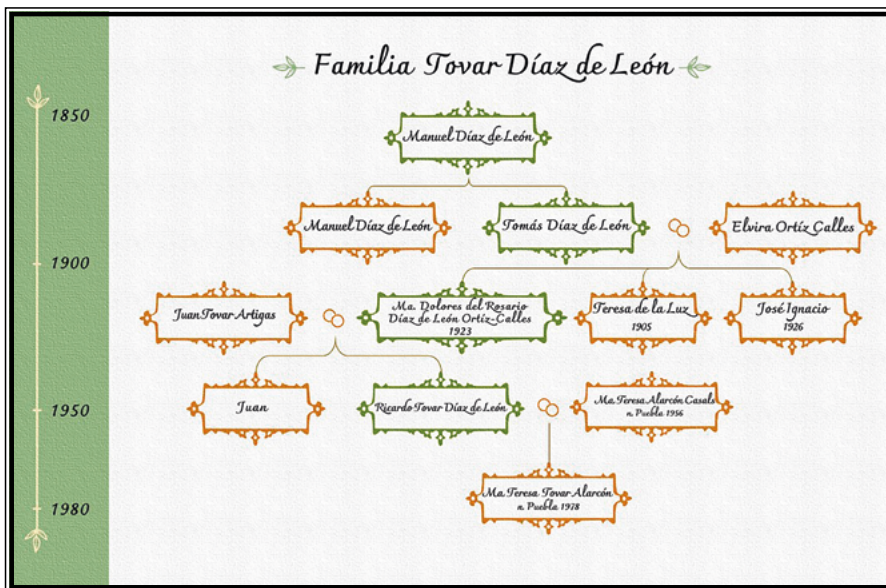
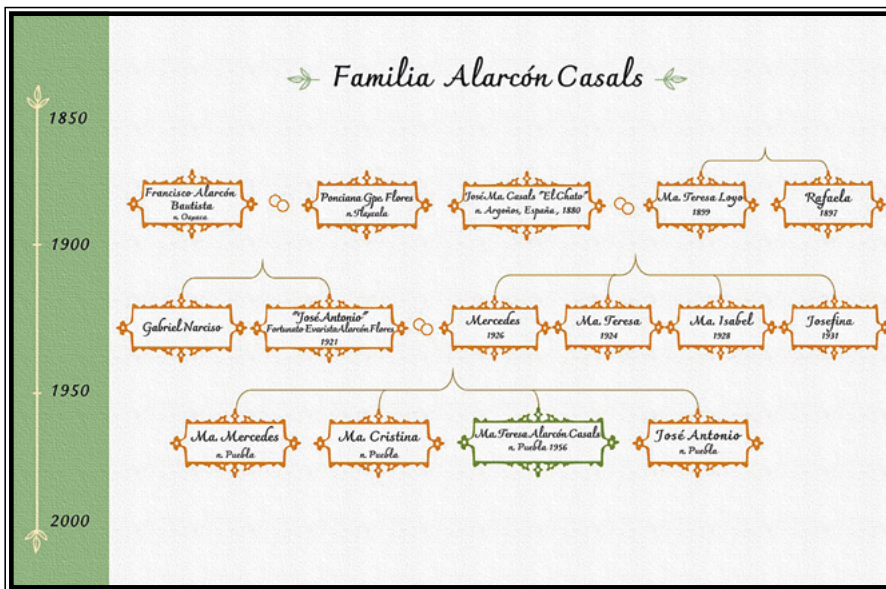
Mi mamá siempre va arreglada; para ella, estar siempre bien vestida ha sido muy importante. No va pintada ni emperifollada, es muy sencilla, pero siempre bien vestida. Yo creo que pensaba: “Si voy al mercado en fachas, igual y paso por una de por ahí”. Tiene un trauma con sus codos y rodillas, dice que si se recarga mucho se le ponen negros y que lo sabe porque cuando hace yoga y tiene que poner los codos y las rodillas contra el piso se le pone la piel más oscura. A ella le inculcaron que su color de piel no era bello. A veces le decía a mi papá: “Tú no vayas al mercado, te van a cobrar más, mejor voy yo. A mí, como soy más de pueblo, me cobran menos”. Mi papá se reía, “¿Más de pueblo?!”; mi mamá siempre fue una niña bien y mi papá en cambio sí supo lo que era pobreza. Yo creo que mi mamá siempre tuvo los miedos de ser una persona morena que se movía en ambientes donde el color de la piel importa. Nunca se creyó guapa, decía que era chaparra, morena y muy chichona. Y yo digo, pues como Salma Hayek ¿no? Pero pues cuando mi mamá era joven esa no era la moda, todas las guapas eran blanquitas, güeritas y planitas, entonces nunca se supo guapa y claro, los prejuicios de mi abuela no ayudaron.

Mi papá era pobre pero con estatus. Tenía muchos amigos, ya casado se reunía religiosamente todos los jueves a jugar dominó en el Bar La Amistad. También hacía mucha obra de caridad. En Navidad, llevaban regalos a los orfanatos y luego organizaba las comidas de chiles en nogada. Él sobrevivió y se educó en México gracias a las redes de apoyo, por eso —creo— para él era fundamental ayudar a personas en situaciones vulnerables. Durante muchos

años ayudó a un asilo de viejitas y a un orfanato de niñas violentadas que llevaban unas monjitas. Él siempre estaba en contacto con ellas para ver qué les faltaba. Era un hombre muy estratégico, cuando llegaba con sus amigos les decía: “Todos tienen que cooperar, así que díganme cómo va a ser su aportación, ¿qué quieren, que les cobre mensual, o al año?”. Y como era buen contador era súper organizado. Tenía un sobrino que es dueño de una fábrica de calcetines, entonces le hablaba y le decía: “¿Cuántos calcetines me vas a donar?”. A todos los obligaba. Luego mi casa se llenaba de donaciones y –entre mi mamá y la chica que les ayudaba en la casa– hacían paquetes que luego distribuían en las distintas caridades.

Mi papá se sabía muy guapo, era un hombre muy seguro de sí mismo. Yo creo que toda la vida lo ensalzaron, porque además era el más güero de su familia. Ya nada más el hecho de que te digan güero y seas el consentido de tu mamá, te pone en otra posición.

Teresa Tovar Alarcón



CAPÍTULO III

LA CUENTA LA VAMOS A DIVIDIR EN DOS

*¿Somos originalmente,
o llegamos a ser?
¿nuestra primera decisión es,
en realidad, nuestra decisión final?*

*La región más transparente
Carlos Fuentes*

Yo nací en la Ciudad de México en 1986. Mis papás también nacieron ahí, aunque la familia de mi papá era de un pueblo del Estado de México. De mi abuelo paterno sé poco, no estuvo muy presente. Mi papá y sus hermanos trabajaron desde pequeños, fueron ocho hermanos. Él era de los grandes. Siempre ayudó con los gastos de la casa y apoyó a sus hermanos menores. Desde muy joven manejaba -junto con sus hermanos- un camión de redilas y vendía material de construcción.

La mamá de mi papá, Carmen Ruiz de Esparza, nació en San Miguel el Alto, Jalisco. Era muy guapa. Actualmente tiene 95 años, nació en 1927. Aún se mantiene fuerte físicamente, pero ya padece demencia senil, es muy triste verla así. Era una mujer alegre, alta y de tez muy clara y ojos azul grisáceo. Le gustaba decir que ella era de la altura de Emilia Guiú,¹ pero una vez se la encontró en el Liverpool del centro, y al caminar hombro a hombro, descubrió que ella rebasaba a la actriz. Siempre lo contaba con mucho orgullo.

¹ Emilia Guiú (1922-2004) fue una destacada actriz española. Durante el régimen franquista en España, se trasladó a Francia junto a su familia y posteriormente buscó refugio en México. Inició su carrera en el cine mexicano durante la época del cine de oro, gracias a la intervención del director español Jaime Salvador, quien la contrató como extra. En México, Guiú se convirtió en una artista exclusiva de los hermanos Calderón, productores del género conocido como <<cine de rumberas>>. Su primer papel protagónico fue en la película *Nosotros* (1945), coprotagonizada por Ricardo Montalbán y basada en el bolero del mismo nombre. Emilia Guiú fue una de las muchas artistas españolas que encontraron en México una plataforma para consolidar su carrera actoral (Flores, 2016).

Mi abuela Carmen llegó muy chica a la Ciudad de México. Su familia salió huyendo de la Guerra Cristera.² Ella era muy chiquita, pero nos contaba las historias que Gertrudis, su hermana mayor, le contó. Lo que yo sí vi fue un cuadro de la Virgen del Rosario que el cura del pueblo les pidió que escondieran porque estaban quemando todo lo religioso. Cuando salieron de Los Altos, se trajeron el retrato y por ahí ha de seguir con algún tío. A mi abuela y a algunos de sus hermanos les tocó que los bautizaran en casa, porque estaban cerradas todas las iglesias. Fueron como diez hijos, mi abuela fue la penúltima, después de ella nació Teresita del Niño Jesús, pero ella ya nació en la Ciudad de México. Era una familia de muchos colores. Mi abuela, dos de sus hermanas y tres hermanos tenían la piel y los ojos claros, los otros eran morenos, con pelo y ojos oscuros. En las fotos se ve que el pelo se les acomodaba muy bien, no lo tenían parado, tenía bonita caída. El bisabuelo no era tan blanco como mi bisabuela Carmen, pero sí era medio güero.

Dicen que el bisabuelo fue capataz de una hacienda en San Luis Potosí, que salía a repartir la leche muy temprano, antes del amanecer y cuando empezaba a salir el sol iba viendo el montón de cuerpos colgados de los árboles. Él escuchaba los silbidos con los que se comunicaban los que andaban en la guerra, pero como él solo repartía leche, pues lo dejaban pasar. Mi abuela nos contaba muchas historias: la de una niña que se la llevaron los federales porque gritó: “¡Viva Cristo Rey!”; la de una señora que delató a unos hombres que se estaban escondiendo en la parte de atrás de su casa. Ella dijo: “Hey, aquí se metieron unos”. Entonces que entran, los matan y que se los dejan muertos en su casa. No sé porqué nos contaba esas cosas, y lo hacía con toda naturalidad.

² Entre 1926 y 1929 tuvo lugar la Guerra Cristera en México. Este fue un conflicto armado entre la iglesia católica mexicana y el naciente Estado revolucionario. La Guerra Cristera tuvo lugar en varios estados: Jalisco, Guanajuato, Michoacán, San Luis Potosí, Zacatecas y Colima. El conflicto afectó a una gran variedad de grupos sociales que tuvieron que migrar a otras regiones para encontrar condiciones de vida más segura. José Díaz y Román Rodríguez (1979), en su libro *El movimiento cristero: sociedad y conflicto en los Altos de Jalisco*, señalan que la adhesión cristera en los Altos de Jalisco se debió a una crisis ecológica, más que a determinantes religiosas. En los Altos de Jalisco el acceso a la tierra era muy difícil y la polarización entre cristeros y revolucionarios estuvo marcada por la comercialización de la tierra y la proletarianización del campesinado (Díaz y Rodríguez, 1979).

Si mal no recuerdo, decidieron dejar Los Altos después de que llegaron los federales a casa de mi bisabuela. Ella estaba sola con sus hijos y de repente escuchó que unos hombres entraron a su casa. Corre a esconderse cuando oye una voz que le dice: “¿A dónde va? nomás venimos a comer”. Cuentan que la bisabuela tenía su carácter y que les dijo: “Pasen y coman lo que quieran, pero yo solo le sirvo a mi marido, y él no está”. A su hijo mayor ya lo habían matado; él estaba del lado cristero. Dice mi abuela que un día, ya cuando vivían en México, una de sus hermanas le dijo a su mamá que quería ser monja y que mi bisabuela se enojó mucho: “Sobre mi cadáver, por supuesto que no te vas de monja”. Yo creo que la pobre quedó curada de espantos. ¡Lo que no habrá visto!

Sé que mucha gente de Los Altos huyó, que hubo una migración muy grande de gente de Jalisco hacia la Ciudad de México. Casi toda la familia de mi abuela salió de su pueblo y se vino para acá. Se instalaron en una colonia que estaba cerca de la basílica de Guadalupe, por el canal de La Viga, la colonia se llamaba Granjas Modernas.³ Ahí las casas seguían teniendo un terreno grande para poner vacas y animales, era moderna, pero se sentía muy rural. En esa colonia se conocieron mis abuelos y tiempo después se casaron por la iglesia, por ahí de 1946. Después de la boda se fueron a vivir a San Juan de Aragón, que entonces era un pueblo.

Mi papá, Carlos Márquez Ruiz de Esparza, nació en la Ciudad de México en 1953. Vivió en San Juan de Aragón hasta que terminó de construir la casa en Bosques de Aragón, cuando yo tendría como un año. Se acuerda de que cuando era chico, lo que hoy es Av. Río de Guadalupe era un canal.

³ Granjas Modernas se construyó en las inmediaciones del Canal de La Viga. Este canal era el paso de la producción de alimentos que venían de Tlahuac, Chalco, Iztapalapa y Xochimilco. Era una zona muy importante de la ciudad, pues, además de la circulación de mercancía en las chalupas, en la zona también se producían alimentos. “En la década de 1930, el Canal de la Viga llegaba a las proximidades del Río de la Piedad -lo que hoy es el viaducto Miguel Alemán-. Los productos provenientes del sur, del entonces Distrito Federal, desembarcaban en Jamaica que formaba parte del sistema de abastos” (Bernárdez de la Granja, 2012: 156). El proceso de urbanización comenzó en los años 40’s después de que el canal fue tapado. Hasta los años setenta se conservaron grandes áreas de cultivo, pero para los años ochenta ya casi no quedaban hortalizas. La fisionomía del lugar cambió. Pasó de un lugar verde a una zona urbana con zonas residenciales, industria y comercio (Bernárdez de la Granja, 2012).

Había muchos canales por esa zona, todos llegaban al lago de Texcoco. A él le tocó ver cómo regresaban las trajineras cargadas con patos, chichicuilotos, ranas y chilacastle. El chilacastle es una planta verde que salía en la superficie de los canales y los señores la iban recogiendo, la ponían en unas tablas. Mi abuela se las compraba y cocinaba unas “tortitas”, me imagino que capeadas. Mi papá también se iba por el Río de los Remedios hasta el lago de Texcoco, les gustaba agarrar ajolotes que después su mamá los hacía en caldo. Toda esa zona estaba llena de vacas que pastoreaban por los canales, a él lo ponían a cuidar a las vacas. Mi abuela me contó que cerca de donde vivían había una ladrillera, y que a mi papá y a sus hermanos les encantaba ir a jugar ahí en la época de lluvias. Los hoyos que hacían para sacar el barro se llenaban de agua y mi papá y mis tíos se metían, decían que era su “Acapulquito”. Entonces llegaban a casa de mi abuela a acusarlos y le decían: “Señora Carmen, *los güeros* se volvieron a meter a la ladrillera”. Y ahí tienes a mi pobre abuela, yendo a buscar a sus hijos todos enlodados.

Mi papá trabajó desde muy chico, estudió en el CCH Vallejo y luego entró a la carrera de biología en la ENEP (Escuela Nacional de Estudios Profesionales) Acatlán.⁴ Él nunca dejó de trabajar y llegó un punto donde tuvo que dejar la carrera, no la pudo terminar. Él siempre fue muy emprendedor.

Mi mamá, María Elena Rivera Mendoza, es nueve años más joven que mi papá, ella vivió en Tlatelolco hasta que se casó. Su mamá, mi abuela Angelina, nació en 1928. Trabajó muchísimos años en la Secretaría de Recursos Hidráulicos, ella había estudiado en la Escuela Bancaria y Comercial.⁵ Su

⁴ Guillermo Soberón Acevedo fue rector de la Universidad Nacional Autónoma de México de 1973 a 1980. En febrero de 1974 el Consejo Universitario aprobó la realización del Programa de Descentralización de Estudios Profesionales de la UNAM. Con esto, se buscaba aumentar la matrícula de los estudiantes universitarios y redistribuir la oferta educativa. Durante la gestión de Soberón se llevó a cabo una desconcentración geográfica de los programas de licenciatura, creándose cinco planteles de las Escuelas Nacionales de Estudios Profesionales (ENEP). Para 1980, el 35% de la matrícula de la UNAM se concentraba en estos planteles (Kent Serna, 1987).

⁵ La Escuela Bancaria y Comercial (EBC) fue fundada en 1929 en la biblioteca del Banco de México, con el objetivo de proporcionar educación de calidad en el campo de la banca y los negocios (Sandoval Macías, 2015: 38). Esta escuela, que es considerada como la primera institución de educación superior de régimen privado (Escuela Ban-

papá trabajaba en una fábrica de cerillos, en La Central. Al parecer los dueños eran unos hermanos vascos que becaban a los hijos de sus empleados para que estudiaran ahí. Mi abuela aprovechó la oportunidad. Mi mamá se acuerda que a veces mi abuelita Angelina les ayudaba con los trabajos de la escuela que tenían que hacer a máquina, pero como mi abuela llegaba bien cansada al terminar el trabajo escribía en automático: “Tierra y Libertad. Secretaría de Recursos Hidráulicos” o algo así, y mi mamá: “¡Nooo, mamá, eso no!”.

Mi abuela Angelina todavía vive y a ella también la bautizaron en casa, nació al final de la presidencia de Elías Calles. Mis abuelos eran priistas, ellos veían al PRI de otra manera. Tenían seguridad social, educación, acceso a una buena vivienda, préstamos accesibles. En esa época era fácil hacer base en una institución del Estado y con ello venían todas las prestaciones. Después de La Central, mi bisabuelo trabajó muchos años en Transportes Eléctricos.⁶ Mi bisabuela, que vivió muchos años -es una familia muy longeva-, siempre recibió la pensión de su esposo. Ahora que cuento todo esto no puedo dejar de pensar en el libro de Carlos Fuentes, *La región más transparente*. Si no lo has leído, tienes que leerlo.

Mi mamá me contó que mi abuela Angelina, al mismo tiempo que estudiaba en la Escuela Bancaria, daba clase de corte y confección en una escuela que estaba en la colonia Juárez, cerca del Paseo de la Reforma, donde estaba la Escuela Bancaria. Era una escuela para señoritas ricas. Ella cosía

caria Comercial, 2023) surgió en el contexto de pacificación, estabilización y modernización del país en el período posrevolucionario. Además, en aquel período, México también experimentó importantes reformas financieras y bancarias, lo que resultó en la necesidad de formar profesionales capaces de operar en este nuevo entorno financiero y bancario (Sandoval Macías, 2015).

⁶ El Servicio de Transportes Eléctricos (STE) tiene sus raíces en el sistema de tranvías que operó en la Ciudad de México desde finales del siglo XIX hasta mediados del siglo XX. Durante ese período, los tranvías eléctricos fueron el principal medio de transporte público en la ciudad. Sin embargo, entre 1920 y 1945, conflictos obrero-patronales culminaron, en 1946, con un decreto del entonces presidente Manuel Ávila Camacho para la creación de un nuevo organismo público descentralizado, el Servicio de Transportes Eléctricos del Distrito Federal. Para la creación de este organismo se expropiaron los bienes de las empresas ferrocarrileras y de tranvías que poseían las concesiones de transporte de la Ciudad de México al momento (Servicio de Transporte Eléctrico, 2019).

muy bien, se hacía sus vestidos para los bailes del Frontón México. Bueno, el caso es que decía que le dio clases a la esposa de [Adolfo] López Mateos,⁷ Eva Sámano, antes de que fuera presidente.

Mi mamá estudió en la prepa 9 en Lindavista. Ahí conoció a mi tía Magda, la hermana de mi papá. Se hicieron buenas amigas y después entraron juntas a la ENEP Aragón. Hasta la fecha son muy cercanas. Ellas sí terminaron la carrera, mi mamá estudió Derecho y mi tía Comunicación y Periodismo. Mi tía Magda le presentó a mi papá y anduvieron por primera vez en 1980, fue una relación corta. Al concluir mi mamá sus estudios se reencontraron. Se casaron en 1985. Ahora llevan casi 38 años de casados.

Mi abuelo Benja, el papá de mi mamá, nació en Salamanca, Guanajuato. De esa parte de la familia, me sé más historias. La mamá de mi abuelo Benjamín, nació en Salamanca en 1889, se llamaba Julieta Martínez. No eran ricos, pero sí tenían una buena situación económica. Ellos tenían un comedor traído de Austria, guardaban la factura como tesoro. Un hermano de Julieta fue tenor e incluso grabó un disco de ópera en Nueva York. Sus otros hermanos se unieron a la Revolución y les perdió la pista, creo que eran tres. Cuentan que un familiar de ellos recibió a Maximiliano [1864] y que alguien guardó una copa y varios platonos que se usaron en los banquetes que se hicieron para recibirlo. La historia familiar dice que la mamá de Julieta, María Dolores del Villar, nació el día que fusilaron al emperador Maximiliano⁸ y que murió en trabajo de parto, dando a luz a mi bisabuela Julieta en 1890. Dicen que a Julieta le encantaba decir: “Yo nací el día que fusilaron al emperador”, pero pues no salían las cuentas. Era la historia de su mamá, a la que nunca conoció.

Cuando Julieta todavía era una niña, su papá murió. Tenía puros hermanos varones y ninguno se encargó de ella. Un abogado juarista, amigo de la familia, la crió. Este abogado estaba a favor de las Leyes de Reforma y del estado laico. Julieta creció en una casa llena de libros y de personas laicas. Mi mamá me cuenta que su abuela Julieta era una mujer muy lectora. En la casa don-

⁷ Adolfo López Mateos nació en 1909 en Atizapán de Zaragoza y murió en la Ciudad de México en 1960. Fue presidente de México de 1958 a 1964. Durante su administración se creó el ISSSTE, se estableció el aguinaldo de manera obligatoria para los trabajadores, se nacionalizó la industria eléctrica creando la Compañía de Luz y Fuerza. También puso en marcha el modelo económico del desarrollo estabilizador.

⁸ Maximiliano de Habsburgo fue fusilado 19 de junio de 1867.

de creció se escondían libros que la iglesia prohibía y ella a escondidas leía todo lo que podía. Julieta no se casó, pero en 1929 tuvo un hijo: mi abuelo Benjamín. El embarazo fuera del matrimonio fue un golpe muy fuerte para la familia, la presión social fue tanta que ella tuvo que dejar Salamanca. Llegó a la Ciudad de México en 1934, se instaló en Tlatelolco donde nadie la conocía. Julieta no infringió ninguna ley, pero rompió las reglas, las reglas sociales y eso le costó mucho. Fue el declive de la familia. De una vida con algunos lujos pasó a una vida con mucha pobreza. Mi abuelo Benjamín creció en un ambiente laico y lleno de los libros de su mamá. Julieta murió en 1993, ¡vivió 103 años! Yo la conocí.

Mi bisabuela Julieta cuando se acordaba del papá de mi abuelo Benjamín decía: “Negro cambujo, ojalá se esté quemando en los infiernos” y lo decía porque el papá de mi abuelo tenía la piel morena y ella era blanca y chapeada. Siempre decía que lo había escogido porque tenía los ojos verdes, pero que solo le pasó la piel morena a su hijo. Sabrá Dios cual será la historia.

Mi abuelo Benjamín conoció a mi abuela Angelina en la Ciudad de México. Se conocieron en la primaria, pero no lo supieron sino hasta después de casados cuando se encontraron en una fotografía. Mi abuelo le decía “La pelona”, porque mi abuela traía el pelo corto y mi abuela le decía “La bola”, porque él era medio gordito. A ellos los presentaron unos amigos que después serían sus compadres, Yolanda y Miguel. A mi abuela y a su amiga Yolanda les encantaban los bailes y en uno de ellos Miguel llevó a mi abuelo Benja. Mi abuela Angelina no era chica, tenía como 30 años y para la época ya era quedada. Se casaron en 1960 y tuvieron cinco hijos, entre ellos mi mamá. Julieta siempre vivió con ellos, dice mi mamá que fue una abuela cariñosa y siempre les fomentó la lectura.

Cuando se casaron mis papás se fueron a vivir a casa de mi abuela Carmen, la mamá de mi papá, que vivía en San Juan de Aragón. Compraron un terreno en Bosques de Aragón y construyeron una casa. Bosques queda ya en el Estado de México. Nos cambiamos cuando yo tenía un año, mis hermanos ya nacieron en esa casa. En Bosques de Aragón había escuelas privadas, pero no tenían ningún prestigio. Ahí estudié la primaria y la secundaria, pero la prepa ya la hice en el Tec de Monterrey de la Ciudad de México. El

Tec que está sobre periférico sur. Había un camión del Tec que nos recogía de madrugada y regresaba por la tarde. La verdad era super pesado, pero yo me dormía prácticamente todo el camino.

Mi primo David, el hijo de una hermana de mi papá, iba en Green Hills. Ellos vivían en San Jerónimo. El esposo de mi tía tenía un negocio familiar de plásticos y le iba muy bien económicamente. Desde pequeños siempre estábamos en competencia, teníamos la misma edad y siempre nos comparaban. En una comida familiar dijo que él quería hacer la prepa en el Tec de Monterrey. Cuando lo escuché, yo me aferré y convencí a mis papás de que me inscribieran en el Tec. Yo no tenía un buen nivel de inglés, pero no me importó.

Mi hermana Carla entró al siguiente año al Tec. Mis papás ya se querían cambiar de casa. A mi papá le estaba yendo muy bien en la constructora, había mucho trabajo. Cuando llegó Cuauhtémoc Cárdenas al gobierno de la ciudad [de México] se abrieron los contratos para nuevas empresas y las compañías que no estaban ligadas al PRI tuvieron mucha más oportunidad de crecer.⁹ En un principio pensaron en cambiarse a “Los encinos”, en la carretera a Toluca. Mis papás habían pasado por ahí y les gustaron muchas las casas, pero nosotros queríamos seguir en el Tec y nos iba a quedar súper lejos. Las oficinas de mi papá estaban en lo que fue la casa de mi abuela en San Juan de Aragón, así que “Los encinos” también le iba a quedar muy lejos de su oficina. Los talleres y todos los camiones de material están en Texcoco. Después de muchas búsquedas, nos cambiamos a Jardines de la Montaña, enfrente de El Pedregal.¹⁰

⁹ En 1997, por primera vez el Jefe de Gobierno del Distrito Federal fue electo y no designado por el Presidente de la República. El primer Jefe de gobierno electo fue el Ing. Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano. Su período abarcó del 5 de diciembre del 1997 al 28 de septiembre de 1999. Algunos años atrás, en 1986, Cuauhtémoc Cárdenas formó parte del movimiento llamado “Corriente Democrática” al interior del Partido Revolucionario Institucional (PRI), del cual finalmente se separó. Este movimiento disidente al interior del PRI se transformó en el Frente Democrático Nacional (FDN). En 1987, Cárdenas se lanzó como candidato a la presidencia de México para las elecciones del 6 de julio de 1988, teniendo como contrincante a Carlos Salinas de Gortari del PRI y a Manuel Clouthier del PAN. A pesar del sonado fraude electoral orquestado por el PRI -que le impidió a Cuauhtémoc Cárdenas asumir la presidencia de México-, el movimiento se logró consolidar y, un año más tarde, se constituyó el Partido de la Revolución Democrática (PRD) (Czarnecki, 2012).

¹⁰ Los Jardines del Pedregal de San Ángel, conocido simplemente como “El Pedregal”,

Mi primer año en el Tec fue muy difícil, no tenía para nada un buen nivel de inglés. Yo, que siempre tuve buenas calificaciones en los primeros parciales del primer semestre ¡reprobé cinco materias de ocho! Se me juntó todo. Por un lado, había muchas libertades a las que yo no estaba acostumbrado. Se podía fumar, podías estar fuera del salón y nadie te decía nada. Y por otro lado, el nivel académico era alto, mucho más estricto del que yo venía y todo era super tecnológico. Todos tenían laptops y muchos *gadgets*. Yo entré a los 14 años y todo eso me parecía impensable, una locura fantástica. Muchos de mis compañeros tenían un buen nivel de inglés pues venían de escuelas como el Green Hills, el Peterson, el CEICA, las niñas del Oxford, las del Godwin, las del Francés del Pedregal. La mayoría de ellos eran de tez clara y bonitos. Pero no todos eran así, había gente como yo que venían de escuelas privadas no conocidas, no todos eran fifís. En el Tec me tocó ver gente de todas formas, colores y con mucho dinero. Yo no entendía qué era tener tanto dinero. Salían de fiesta viernes y sábados, a veces desde el jueves. Tenían casa de fin de semana en Cuernavaca, Tepoztlán y otras partes de Morelos y también departamentos en Acapulco. Mi perspectiva del mundo cambió.

Claudia, mi mejor amiga en la prepa, era la hija del dueño de una cadena de librerías en el país. Era bien guapa y súper buena onda, vivía en el Club de Golf México. Cuando empecé a ir a las casas de mis amigos del Tec

es una colonia residencial ubicada en un antiguo campo de lava volcánica al sur de la Ciudad de México, en la alcaldía Álvaro Obregón. Desde sus inicios, en 1945, esta colonia fue pensada como una zona exclusiva para que la clase alta capitalina pudiera asentarse lejos del bullicio y abarrotamiento de la ciudad y disfrutar de un paisaje distinto y único. Uno de los arquitectos a cargo del proyecto fue Luis Barragán, quien introdujo el concepto de una *casa de campo en la ciudad*, lo cual en aquel entonces parecía imposible debido el crecimiento exponencial de la Ciudad de México (Pérez-Méndez y Aptilon, 2007: 23). En la década de 1940, México atravesaba un período definido por la “construcción de la nación” y la búsqueda de “la modernidad”, ambas producto de los cambios políticos efectuados por los gobiernos post-revolucionarios. En “El Pedregal” se asentaron las nuevas clases altas mexicanas que durante la presidencia de Miguel Alemán (1946-1952) crearon enormes fortunas, como resultado de las políticas y proyectos de desarrollo que impulsaron la economía y la industrialización del país (Bernal Tavares, 1998). Por ello, en las décadas de los 50 y 60, “El Pedregal” era considerado como el *paisaje doméstico simbólico* de las nuevas clases altas mexicanas (Pérez-Méndez y Aptilon, 2007: 22).

entendí que había colonias espectaculares, con calles arboladas, con casas muy bonitas, todo muy ordenado. Mi casa era grande, pero vivíamos en una colonia de clase media rodeados de todo tipo de casas y negocios. Yo no entendía qué era eso de tener dinero. Cuando pasé a secundaria, mi papá se compró un *Mercedes*. Mis amigos me decían que era un gran coche, yo pensaba que un gran coche sería un *Grand Marquis*. El *Mercedes* de mi papá estaba absolutamente fuera de contexto.

Cuando mis papás dijeron que estaban buscando casa, yo metí mi cuchara. No quería dejar el Tec, ni cambiarme a Los Encinos, así que me puse a buscar casa en el sur. Yo quería vivir en una casa como la de mis nuevos amigos. A mi hermana Carla también le gustaba el Tec, así que entre los dos lo convencimos de que el sur de la ciudad era la mejor opción. Mis hermanos menores, Mariana y Jorge, no se querían cambiar de casa para no dejar a sus amigos. Luego me lo agradecieron. Ese cambio hizo toda la diferencia, pues la ubicación geográfica te marca. Cuando entré al Tec, empecé a entender cómo funcionaba el mundo.

Recuerdo que mis papás quisieron meter a mis hermanos menores al Olinca, pero no los aceptaron por su nivel de inglés. Así que hicieron la primaria y la secundaria en el Colegio Madrid, que estaba súper cerca del Tec. No sé quién se los recomendó, pero la prepa y la universidad sí la hicieron en el Tec.

Mi papá siempre ha sido muy prudente con el dinero. Buscó con calma e hizo una excelente negociación. Nos cambiamos a la casa de Jardines de la Montaña cuando yo iba en segundo de prepa. Ahí entendí que tenía el mismo dinero o a lo mejor más que los chicos populares de la escuela, pero que seguía sin encajar, seguía sin pertenecer. En la prepa también había chavos que vivían en colonias del sur, pero que eran clasemedieras como Paseos de Taxqueña, Villa Coapa, Vergel del sur, pero que tenían dinero. Muchas veces escuché que se burlaban de ellos porque decían que sus papás eran bodegueros de la central de abastos. Yo no quería pertenecer a ese grupo. Siempre he sido muy observador y para mí era muy fácil reconocer de dónde venían mis compañeros. Las niñas era lo más fácil. Conocí a muchas que no tenían tanto dinero, pero habían ido a buenas escuelas y sabían cómo comportarse. El trato es súper importante.

El día que entendí que no entendía nada fue cuando se organizó una tardeada. En esa época había tardeadas en Cuicuilco. Un antro que le cambian y cambian el nombre, yo creo que para no pagar impuestos. El plan era

ir a comer a casa de alguien, después a dizque estudiar un rato y luego a la tardeada. Ese día Óscar puso su casa. Óscar Arce era el nieto del dueño de una marca de pinturas, una familia rica por generaciones. Óscar era súper guapo y súper alivianado. Vivía en una colina, como la de López Portillo. Su casa estaba en la mitad del bosque. Él estudió en el Peterson, había vivido de niño en Francia. Hablaba varios idiomas además del español, inglés y francés, que eran como sus lenguas maternas. Él llegaba a la escuela en un *Audi 3* y tenía la mejor Laptop de todos.

Después de comer me dijo: “Güey, ¿traes ropa para el antro?”. Yo no tenía idea de cómo se iba vestido a una tardeada y, según yo, ya venía listo. Traía unos jeans, un suéter negro *Hugo Boss* y unos zapatos padres. Me sentí muy mal porque no entendía cómo tenía que ir vestido. Según yo iba bien, según yo iba con toda la onda. Y entonces apliqué la autocensura. Y creo que esa es la peor de todas las censuras. Les dije que mis papás no me habían dado permiso de ir. Al día de hoy no sé cuál hubiera sido el *outfit* correcto, pero a diferencia de esa época —que me importaba lo que mis compañeros pensarán—, hoy no me genera ninguna preocupación.

Mis papás eran muy estrictos. No me daban permiso de salir mucho; además yo era de los más chicos de mi salón. Durante la preparatoria nunca me dejaron ir de fin de semana a casa de alguno de mis compañeros en Cuerna o Acapulco. Mi libertad fue hasta que llegué a la Universidad. El último año de prepa me inscribí en el “Modelo de Naciones Unidas” que organizaba el Tec. Eso me salvó porque había muchísimas reuniones para preparar los debates, un viaje internacional y además recibíamos en casa a estudiantes de otros países. Y con eso mis papás tuvieron que ser más flexibles con los permisos. A mi casa llegó un chavito español. Fue fantástico porque entonces sí me dejaban salir todos los fines de semana a las tardeadas y a algunos antros. En esa época pensaba que entrar a los antros era súper fácil, que solo se necesitabas tener dinero. Después comprendí que pasaba porque llegaba con un grupo de chavos guapitos y niñas “bien”. Que pasaba [al antro] por ellos.

Las mejores tardeadas eran en Kokopelli. También había un restaurante, creo que se llamaba “El Potrillo” y abajo del restaurante estaba un antro donde se hacían tardeadas. Yo les pedía a mis papas que fuéramos allí. Así, ellos podían comer o tomar algo en el restaurante y yo abajo con mis amigos. En ese entonces yo todavía no entendía mucho de los códigos. En ese

momento yo no era tan delgado como ahora. No me fijaba tanto en la estética. Me tardé en entender las formas, los colores, las texturas de la ropa. Creo que los viajes me ayudaron mucho, hicieron más fácil mi aprendizaje.

Yo quería pertenecer y sabía que debía entender qué era lo que me faltaba. Entendí las compras de ropa en Estados Unidos, el *shopping* en San Antonio y que había una moda que cambiaba rápidamente. No solo era tener una camisa *Hugo Boss*, sino saber qué camisa *Hugo Boss* era la apropiada para la ocasión. La ropa te decía quién podía ir a Estados Unidos a comprar y quién sabía de las combinaciones correctas. En esa época, si usabas tenis tenían que ser unos *Puma*.

A mi papá le seguía yendo bien en su negocio y empezamos a ir a Estados Unidos. El primer viaje a Estados Unidos fue por casualidad. Un día le hablaron a mi papá y le dijeron que había una muy buena promoción con *Mastercard* para un viaje a Estados Unidos. Así fue como nos fuimos la primera vez a San Antonio. Ese viaje se volvió cotidiano y nos íbamos cada cuatro meses. Antes, ya habíamos ido a Canadá. La primera vez que fuimos a San Antonio, me acuerdo que mi hermana Carla estaba feliz porque en esa época empezó el auge de las bolsas caras entre las mujeres. Aunque fuera una bolsa chiquita, pero debías tener una *Louis Vuitton* o una *Gucci*.

En 2002 el Tec organizó el viaje de Naciones Unidas a Europa. Fuimos a la corte internacional de La Haya, luego nos fuimos al Parlamento Europeo en Estrasburgo. Visitamos a la ONU y la Cruz Roja en Suiza. Después hicimos un viaje a Madrid y a París para conocer el Museo del Mundo Árabe.¹¹ Para ese entonces yo tenía 16 años y la mayoría de mis compañeros eran más grandes: tenían 17, 18 años. Empecé a fumar y a beber. Yo estaba desesperado por entender la vida nocturna. Me acuerdo de que veía un programa de *E! Entertainment* donde salía una chava guapísima que iba a distintos destinos turísticos del mundo y te enseñaba la vida nocturna. Yo quería conocer

¹¹ El Tecnológico de Monterrey, desde 1987, organiza el programa Modelo de Naciones Unidas *TECMUN*. Este programa se plantea simular los trabajos que lleva a cabo la Organización de las Naciones Unidas, con el objetivo de discutir problemas que afectan al mundo. En este ejercicio participan tanto estudiantes nacionales como internacionales de distintas escuelas. La idea es que se reúnan, lleguen a consenso para la resolución de problemas. Para ello necesitan ejercitar sus habilidades de negociación y diplomacia. A través de un juego de roles, aprenden las bases de la educación internacional y el funcionamiento de Naciones Unidas (*TECMUN*, 2022). Ver: <https://tec.mx/es/toluca/tolmun-2022>.

todos. También me acuerdo de la publicidad de los cigarros *Pall Mall*. ¡Era espectacular! Se te antojaba fumar y estar en los lugares donde los actores de la publicidad estaban. Yo moría por estar en esos espacios.

A mis papás siempre les gustó viajar, pero nuestros viajes eran distintos. Las vacaciones familiares eran viajes en coche. A mi papá siempre le llamó la atención el mundo prehispánico, así que hicimos muchos viajes por todo el país recorriendo sitios arqueológicos. Desde los cercanos como Teotihuacán, hasta lo más lejanos como Chichen Itzá en Yucatán o Chalchihuites en Zacatecas. Hicimos varios viajes al norte de Veracruz, fuimos al Tajín y a Quiahuiztlán. A mi papá le gustaba que conociéramos nuestro país. Hicimos un viaje a la huasteca potosina, ¡inolvidable!, esos paisajes nos dejaron marcados. En uno de esos viajes pasamos por la hacienda donde el abuelo de mi papá había sido capataz.

Cuando tenía 10 años visitamos la hacienda de Temozón en Yucatán. Roberto Hernández la acababa de inaugurar. Yo quedé enamorado de ese lugar. Le pregunté a mi mamá que quién hacía esos lugares y me dijo que los arquitectos. De ahí me vino la idea de estudiar arquitectura y diseño. Desde niño yo estaba obsesionado con las haciendas. Un día de *Reyes* [*Magos*] nos dejaron dinero, y yo lo que me compré fue el libro de las haciendas de Banamex. Lo acababan de sacar.

En la Universidad me quedó claro que los idiomas te dan estatus. En ese medio todos saben inglés y todos tienen una excelente pronunciación. Por lo general, saben además otros idiomas: los del Liceo, obvio, francés, así como las niñas del Francés del Pedregal y las del Oxford. Cada vez que pueden sueltan palabras, esa es una de sus formas de sobresalir, de distinguirse. Sabían que casi nadie hablaba francés. Cuando entré a la prepa mi inglés era como de un nivel medio, pero cuando salí ya me defendía bastante bien.

Hice la carrera en el Tec. Yo sabía que quería estudiar arquitectura. La licenciatura se vuelve más democrática. Me refiero a que entraron muchas personas de distintas clases sociales, como mi amiga Lourdes —que era de Iztapalapa—. El Tec en la licenciatura no es tan elitista. Es caro, sí, pero es más abierto. No es como la Anáhuac, ahí llegan todos los de las prepas de legionarios, es mucho más “fiff”. El Tec, en la licenciatura, es más como la Ibero. Te encuentras todo tipo de gente. Para mí entrar a la carrera fue

una liberación total, de verdad que inició la diversión. Ya podía ir con mis amigos los fines de semana a Cuerna y a los antros de Acapulco. El de súper moda en la Ciudad de México era *El Alebrije* en Loreto.

Después del viaje a San Antonio pararon los viajes nacionales por carretera e iniciaron los viajes internacionales. Pasamos navidades en Italia y veranos en España o Francia. El círculo en el que me movía me hizo entender que era de mal gusto presumir, que ellos no necesitaban decir si sus vacaciones fueron en algún lugar lejano del mundo, tarde o temprano saldría de alguna manera en un comentario que implicaba que habían estado en cierto lugar, en cierto momento.

Me eran muy claras las diferencias entre los que —como yo— tenían dinero recientemente, a los que la riqueza les venía de generaciones. Y había veces que también notaba que la capacidad económica de mi familia era mucho más grande que la de algunos compañeros, pero ellos sabían un código que yo no. Yo sabía que había un lenguaje que tenía que aprender. Los ricos de nueva creación no tenían acceso, tampoco tenían el reconocimiento y, muchas veces, tampoco el aspecto físico.

En el Tec las carreras fuertes eran economía, administración financiera e ingeniería industrial. Los de arquitectura y diseño éramos los hippies. No íbamos para nada arreglados como los de Derecho, que se ponían traje porque de la escuela se iban a trabajar.

En la carrera mis papás me dieron un poco más de libertades, pero todo fue poco a poco. Un verano me fui a estudiar al Tec en Monterrey. Me fui porque era una manera de salirme de acá y sabiendo que allá había fiesta. Los *fresas* de Monterrey son otra cosa. Aunque no vi a muchos, porque ellos salen en el verano y pues éramos muchos chilangos haciendo materias. También empezaron los fines de semana en Cuerna, en Tepoz, y los puentes a Acapulco y a Cancún. Mientras cumpliera con mis materias y no bajara mis calificaciones, mis papás me empezaron a dejar salir cada vez más. Cancún estaba de súper moda, no era como ahora que está horrible, lleno de hoteles todo incluido, digamos que era como ahora es Tulúm. En la Ciudad de México a nosotros nos encantaba ir a un antro en el sur que se llamaba *El Hotel*,¹² era

¹² *The Grand Hotel Club* era el nombre oficial de la discoteca.

súper mamón. Tenía doble cadena. Ahí tenías que llegar con tu tonito fresa y decirle al mamarracho de Popeye: “Somooooos tres parejas y dos niñas”. Pasando la segunda cadena decías, bueno: “Sí soy el más popular del mundo”.

Fue en la carrera cuando entendí cómo funcionaba todo: los antros, los restaurantes, los bares. En ese momento muchos de mis compañeros se dieron cuenta que mi posición económica era mucho más privilegiada que la suya. Yo tenía acceso a un montón de cosas. Me puedo imaginar que yo era odiosísimo. En esa época empecé a montar. Me encantan los caballos, competía con mi yegua “María Sabina”.

Poco a poco fui aprendiendo el arte de la discreción. Cuando alguien pertenece no es necesario decirlo, se nota. Se nota en cómo te vistes, cómo hablas y hasta en cómo te mueves. Se nota en cómo te diriges a las demás personas. La amabilidad es la carta más fuerte, no es la prepotencia como muchos creen, es la amabilidad y las buenas maneras. Mi gusto estético viene de estudiar las formas de las élites, de ver su mundo, de ver revistas, libros de arquitectura, de arte. Yo inicié una búsqueda de la estética del mundo occidental.

La discriminación en los antros la viví hasta que un día llegué con unos amigos *random* de la carrera. Me revisaron con la mirada de pies a cabeza y dijeron: “No”. Yo me quedé sorprendido, y dije para mis adentros: “¿Cómo? Si vengo bien vestido”, pero entendí. Desde ese momento supe que entraba por quién iba conmigo. En los antros ves mucha gente que pierde la dignidad suplicando al cadenero que los deje entrar. Yo digo: No, pues adiós y vámonos. La forma más fácil de entrar es con amigos guapos y güeros y si son niñas mucho mejor, bueeeno y si traes escolta... la gente se abre para que pases. Con escolta no falla.

En unos de los viajes al sureste paramos a comer en una hacienda espectacular: Katanchel. Veníamos todos fodongos porque habíamos pasado toda la mañana en Chichen. Nos recibió la dueña hablándonos en inglés. Nos preguntó: “¿Qué se les ofrece?, ¿están hospedados aquí?”. Mi hermana Carla y yo –con nuestro inglés básico de la secundaria– le contestamos que veníamos a comer, que nos habían recomendado mucho el lugar. Con no muy buenos ojos nos dejó pasar al restaurante. Años después, supe que la dueña no era extranjera, era mexicana casada con un español. Ella solo quería recibir pura gente bonita. En un evento de polo al que fui a Mérida la conocí a ella y a

su esposo. Estuvimos platicando horas y me invitaron a visitar la hacienda, pues sabían que yo también tenía una hacienda. Claro que no toqué el tema. Después del huracán Isidoro su hacienda cerró como hotel y se quedó como espacio privado. En aquel viaje con mis padres yo no entendía nada de lo que estábamos viviendo [es decir, el maltrato que nos dieron], lo veía como un trato absolutamente normal. Ahora, después de leer sobre el racismo mexicano, me queda claro que lo que habíamos vivido se llama *racismo*.

Yo tenía claro que había ricos que no éramos güeros. La constructora de mi familia seguía recibiendo muchos contratos y la bonanza económica continuaba. Yo me empezaba a familiarizar con los códigos. Teníamos una casa muy bonita, la ropa de moda, muchos viajes internacionales y coches. Carla tenía sus collares de *Tiffany*, sus bolsas *Carolina Herrera* y *Louis Vuitton*. Hoy, ninguno de nosotros usa marcas evidentes, ya me dan flojera. Yo solo las plumas, me encantan mis *Mont Blanc*.

En ese entonces yo estaba peleándome con mi identidad sexual. En mi cabeza estaba metida la idea de aceptar mi preferencia, de salir del clóset. Muchas de las discriminaciones que vivía las atribuía a mi homosexualidad. Después entendí que estas vivencias también estaban atravesadas por el racismo y yo tenía que lidiar con las dos cosas. Pero, al mismo tiempo, sabía que mi situación económica me daba una ventaja enorme, así como el tener una familia que me aceptaba y me cobijaba.

La casa en la que vivíamos en Bosques de Aragón era grande, pero la había construido un ingeniero. La casa de Jardines de la Montaña la compraron mis papás ya hecha, diseñada por un arquitecto con excelentes acabados. De Bosques de Aragón nos mudamos prácticamente con la ropa. Todo lo demás se compró nuevo. Los muebles los mandó hacer mi papá con un gran ebanista que le trabajaba a pura gente de las Lomas. A mí me gustaba ir a ver muebles a Polanco y a Santa Fe y me compraba todas las revistas de interiores que me encontraba. En esa época también me empecé a obsesionar con las antigüedades. Yo empecé a meter mi cuchara en la decoración de la casa. Mis papás confiaban en mi gusto y me dejaban opinar, sugerir y muchas veces hasta decidir. Yo empezaba a entender que eso era lo que se necesitaba para llevar esa casa a otro nivel.

Aprendí a distinguir unos buenos cubiertos, unas buenas copas, unos buenos textiles, qué colgar en las paredes. Con mi amiga Ana Clau Gómez Ferruchi aprendí, entre muchas cosas, el arte de poner una mesa. Una mesa

bien puesta hace toda la diferencia. Ella estudió toda la vida en el Godwin y yo la conocí en la carrera. Vivía en El Pedregal. Nos hicimos súper amigos desde el primer día. Ella era super aliviada y tenía un modo de hacer las cosas que me encantaba, me parecía súper elegante. Ella se dedicó a la arquitectura de interiores. Casi saliendo de la carrera le ofrecieron encargarse de un rancho en Valle de Bravo. Era de una familia muy rica, la mujer era judía y el esposo un empresario de muchísimo dinero, que su nombre sigue en la lista Forbes. Ana Clau tenía que tratar con la esposa que, a su juicio, tenía “un gusto muy barroquito” y tenía que estar continuamente batallando para que el rancho quedara como ella quería y no “barroquito”. Acompañar a Ana Clau en este proceso fue oro molido. Entendí muchas cosas que no te dicen en una clase de interiorismo. No solo aprendí de telas, cubiertos, arte, sino que me fui familiarizando con los códigos. Y claro me compré mis cubiertos: *Guy Degreene*. Algún día me compraré unos *Christofle*. Un buen cubierto se siente en el peso.

Con Ana Clau me di cuenta que los nuevos ricos tienen una desesperación por mostrar todo el tiempo que tienen dinero. Comprendí que lo que yo necesitaba para legitimar mi posición económica era el conocimiento. Nadie te cuestiona nada si sabes. Para mí la base es el conocimiento. Me quedó claro que el saber era la llave para legitimar. Y esa llave me abrió todas las puertas. Empecé a leer como loco de todos los temas, aprendí de ópera, empecé a ir a exposiciones de arte y conocer ese mundo, a ir al teatro. Cuando vi la película *Mona Lisa* de Julia Roberts me cayó el veinte. El personaje de la película, ante la ausencia de pedigrí, compensaba todo con conocimiento. Yo pensé: eso es lo que me va a legitimar.

Con el tiempo he entendido que puedes llegar al punto donde te vean como igual, porque tienes el dinero y, sobre todo, sabes las formas y los modos de comportamiento en toda ocasión. Entonces entras a los círculos y te ven como igual, pero no tan igual tan igual, como para querer emparentar contigo. No tan igual como para que te cases con la hija o el hijo. No tan igual como para volverte familia. El trato que te dan es maravilloso a la hora de los negocios, de un evento social, pero no para entrar en la familia. Al círculo íntimo no entras. Yo he aprendido muy bien cómo manejar mis cartas. Sé que tengo el conocimiento, eso nadie me lo quita y puedo perder el dinero, pero sabiendo cómo moverme me puedo mantener.

Acabando la carrera salí del clóset y tuve mi primer proyecto como arquitecto. La remodelación de un departamento de 600 metros cuadrados en Santa Fe. El cuarto principal media 180 metros cuadrados. Eran los papás de una amiga, unos comerciantes de muchísimo dinero. Con los gobiernos panistas de Fox y Calderón las cosas cambiaron para muchos empresarios. Los priistas tenían a sus proveedores y arreglos que dejaban fuera a los competidores. En esos sexenios otras compañías se volvieron proveedoras de los gobiernos panistas y los negocios crecieron. Ya no solo participaban las empresas del viejo régimen. Por ejemplo, cuando Cárdenas entró al gobierno del Distrito Federal fue cuando la empresa de mi papá se fue al alza.

Mi primer proyecto no terminó como yo hubiera querido. Yo me encargué de la remodelación del departamento. Estaba en el piso 13, subir piezas pesadas era todo un problema. Yo lo veía todo con el señor. La señora era muy complicada. Lo que reventó la cuerda fue el día del calentador. Yo le había recomendado al señor que pusiera un calentador grande, pero dijo que yo gastaba demasiado y compró uno chico que obviamente no iba a ser suficiente para los seis baños del departamento. La señora se enojaba que no salía agua caliente y llamó al técnico porque decía que yo no resolvía. El técnico fue y dijo lo que yo ya sabía: que el calentador era muy pequeño para la carga del departamento. La señora montó en colera y me gritó horrible frente a mis trabajadores. Yo estaba furioso, me sentí profundamente humillado y le dije lo que sabía que le iba a doler profundamente. Luego me sentí mal, pero la verdad me dio mucho coraje. Le dije: “Su marido ha llegado lejos porque tiene educación y clase, cosa de la cual usted carece. Esas no son formas de hablarle a las personas que trabajan para usted”. Me di la vuelta y me fui. Sabía que eso le iba a doler mucho, pues tenía claro que lo que más quería ella era ser reconocida como una persona de clase alta. Yo sabía que ni ella ni yo teníamos abolengo y que eso que le decía le iba a doler como nada. Sabía perfecto lo que estaba haciendo. Cuando uno quiere pertenecer y te restriegan en la cara que no formas parte, duele, duele mucho. Usé lo que sabía para darle en la torre. Cuando alguien pierde los estribos, no se está comportando a la altura del apellido, ni de la lana.

En el Palacio de Bellas Artes se estaba presentado *La Valquiria* de Wagner. Mis papás estaban invitados al palco de Marta Sahagún. Iban a compartir asientos con miembros del gabinete, con el presidente y su esposa, pero ese

día –11 de marzo de 2004– fue el atentado en la estación de trenes de Alcalá, Madrid. Obvio, la pareja presidencial no llegó. Cuando vi a mis papás arreglándose para la ópera pensé: “Ahora si ya llegamos”, “lo logramos”. Ahora me doy risa ¡claro que no habíamos llegado y no llegaremos nunca! En ese momento estábamos a años luz de entender qué era la verdadera riqueza. Yo la entendí hasta que llegué a San Luis Potosí y me topé con los Barragán.

Cuando terminé la carrera trabajé dos años y luego me fui a vivir a San Luis Potosí. Tenía yo 25 años. Saliendo de la carrera salí del clóset, empecé a salir con Javier, un amigo de Regina. Ella era del Godwin y él del Ceyca, pero seguía en el clóset. Él era más moreno que yo, pero nunca se hacía menos, bueno eso creo. El nació rico y siempre se movió en ese medio, siempre estuvo integrado. Jugaba golf todas las semanas, tenía una casa espectacular en el Club de Golf México.¹³ Su papá era economista. Javier estudió en el ITAM, donde son muy abiertos, pero ni en ese ambiente se animó a salir del clóset. Como toda su vida estudió con legionarios estaba lleno de culpas católicas. Cortamos en noviembre de 2010.

Mi papá y yo habíamos hecho varios viajes al bajío a ver haciendas. Ante una muy buena oferta, mi papá decidió comprar una. El casco estaba muy deteriorado y había que hacer mucho trabajo de reconstrucción. El trato se cerró en julio del 2010, así que cuando terminé con Javier yo solo pensaba en irme a San Luis Potosí y encargarme de la reconstrucción. Me parecía un excelente plan para no tener que pensar en él. Estaba super triste porque había cortado con ese güey. Yo quería hacer un trabajo fantástico, como el que había visto en Temozón cuando era niño. Claro, el estilo del bajío es muy distinto a las haciendas de Yucatán, los materiales son distintos y ni qué decir de la vegetación. Para mí la reconstrucción de una hacienda era un sueño.

Cuando llegué a San Luis me fui a vivir a unos departamentos que están por el Club Campestre. Mi amiga Laura, que tiene familia en San Luis, me reco-

¹³ El Club de Golf México fue fundado en 1949 con el respaldo del entonces presidente Miguel Alemán (Cerón, 2010: 17). El club fue diseñado por el estadounidense Larry M. Hughes y tras dos años de construcción se inauguró en 1951. Está ubicado en la alcaldía de Tlalpan de la Ciudad de México. Además del campo de aproximadamente siete kilómetros, en el club hay otros servicios deportivos, restaurantes y salones de eventos. (Club de Golf México, 2023). Alrededor del campo de golf hay residenciales con vistas a los *fairways*.

mendó que entrara al Hípico Santiago, ahí montaban sus primas. Yo empecé a montar desde que entré al Tec. Montaba en Las Flores. Adoro los caballos. En México había gente muy rica que montaba, pero también personas que no tenían tanto dinero y no todos eran güeros. Cuando llegué a San Luis quería seguir montando. El hípico me quedaba cerca del departamento así que nunca dejé de montar. Por más que iba “recomendado”, me costó mucho trabajo que me dirigieran la palabra y ¡mira que yo hablo mucho!

Como en todo, hay de hípicos a hípicos. El Hípico Santiago es el que tiene más tradición. Es donde van las personas que tienen más dinero y mejores caballos. Poco antes de que yo llegara, los socios se habían separado y se dividieron en dos hípicos. Yo entré al de la Nena Jáuregui, así le dicen a María del Carmen Jáuregui Sáenz. Como llegué recomendado por mi amiga Laura, la Nena siempre fue muy amable conmigo, al igual que sus hijas, pero siempre distantes. Tiempo después, cuando supo que trabajaba con los Barragán fue mucho más amable y cuando se enteró que yo tenía una hacienda, el trato cambió a uno más familiar.

Cuando yo llegué al hípico no me presenté como el dueño de una hacienda. Yo decía que venía a arreglar una hacienda. Prefería tener un perfil bajo, eso de la seguridad sí me asustaba. Prefería pasar por subcontratado. En esa época tenía dos coches, un *Mercedes* con el que movía en la ciudad y una camioneta *pick up* con la que iba a la obra y veía todo lo de la hacienda. Un día mi papá me dijo: “Tienes que abrir una cuenta empresarial en HSBC para que ahí te deposite todo el presupuesto de la restauración de la hacienda”. Fui a la sucursal de la Av. Carranza, por Capitán Caldera. Iba con unos pantalones de mezclilla medio sucios y mis botas, pues venía de la obra. El gerente me trató fatal y usó varias trabas. En la tarde le conté a mi papá, él habló con su asesor del banco y al día siguiente regresé. ¡No me puso alfombra roja porque no tenía! El gerente nunca pensó en el dinero que entraría en esa cuenta.

En el hípico ninguna niña me hablaba, solo las hijas de la Nena Jáuregui porque son buenas anfitrionas. Eran muy potosinas, casadas con potosinos, un ambiente muy de ellos. El primer año me deprimí mucho, subí nueve kilos. Mi día iniciaba en el hípico montando muy temprano, de ahí me iba a la hacienda, a supervisar los trabajos de remodelación. Llegaba directo a bañarme y a descansar. En los departamentos vivía Adriana Diez Gutiérrez y nos

hicimos buenos amigos. Ella se acaba de divorciar y había perdido a muchas amigas que no aprobaban su divorcio. La sociedad potosina le dio la espalda con su divorcio. Ella pertenecía a la alta sociedad potosina, por generaciones miembros de La Lonja. Su abuelo fue un político muy reconocido de San Luis Potosí. Me contaba del baile de los lanceros y la presentación en sociedad de las debutantes en La Lonja.¹⁴ Ella conocía al derecho y al revés a toda la sociedad. Ella fue la que me explicó cómo funcionaba todo en San Luis. Me presentó a Carmelita Barajas, una señora muy simpática que me adoptó y siempre me invitaba a sus reuniones sociales. Adriana estudió con Lita, la hija de Carmelita. Ellas, obviamente, estudiaron en el Sagrado Corazón.¹⁵ Adri sí sabía que yo tenía una hacienda y siempre me presentaba con sus amistades como el dueño de la hacienda de San Marcos.

El ingeniero hidráulico que contraté para la hacienda resultó ser el cuñado de la Nena. Él fue el que dijo que yo tenía una hacienda. Me ha quedado claro que la élite potosina me acepta porque tengo una hacienda, porque tengo buen gusto y una plática muy agradable. La hacienda me abrió puertas. Yo creo que hoy por hoy tener una hacienda es lo más cercano a un título nobiliario. Para la dinámica de San Luis lo que me faltaba es que tuviera otro color de piel, fuera más alto y llevara ropa de marca. Aquí las marcas las usan de sobremanera, más que en México. Yo he pensado que en San Luis Potosí hay mucha gente de piel clara que no tiene mucho dinero, así que el color de piel no es un indicador. La ropa sí lo es. En la ropa lo que es importante es la calidad, las texturas y las combinaciones.

Yo nunca digo que tengo una hacienda, la gente se encarga de decirlo. Incluso en la Ciudad de México. Un día fui con unos amigos a un concierto en la Sala Nezahualcóyotl. Uno de ellos es amigo de Olga Pellicer, la diplomática mexicana. Su presentación fue: “Él es Arturo Márquez, tiene una

¹⁴ La Lonja es uno de los clubes sociales más antiguos de México, fundado en 1868. Desde 1877 la Sociedad Potosina “La Lonja” ha ocupado el inmueble de la Calle La Moneda, actualmente Aldama. “La Lonja” es un centro donde se reúne la alta sociedad potosina. Cada año se realiza un baile conocido como “Los Lanceros” donde se presentan a las jóvenes en sociedad (Sociedad Potosina, S.C., La Lonja, 2023).

¹⁵ El Colegio Sagrado Corazón de San Luis Potosí fue fundado en 1886 en el Antiguo Convento del Carmen. En 1916 se cambió a sus actuales instalaciones (Sagrado Corazón San Luis Potosí, 2019).

hacienda en San Luis Potosí, hermosa”. Y la plática se tornó alrededor de la hacienda y las bellezas de la huasteca. El mundo de la diplomacia se siente como si fuera un tipo de realeza mexicana.

Esto del hacendado, como el “gran señor” se sigue reproduciendo en las novelas tontas de Televisa.¹⁶ El lugar del hacendado está por arriba de todo. Es un estereotipo que se reproduce y sigue de moda. Con mis hermanos hemos comentado que es muy fuerte saber que mi abuela Carmen fue hija de capataz, y ahora es madre del dueño de la hacienda. Entre los que tenemos haciendas en la región nos pasamos información. Cuando yo encuentro algo de una hacienda de la zona, como un mapa, una fotografía o un documento, me pongo en contacto con los dueños y les digo: “Encontré esto de tus abuelos o de tu hacienda” y entonces se dan relaciones que van de ida y vuelta.

Para poder hacer un buen trabajo de reconstrucción de la hacienda requería saber historia y arqueología. Era fundamental saber el año de la construcción y el tipo de bóvedas que tuvo. Averiguar cosas de la hacienda se volvió mi pasión, me encantaba saber y sentía que me faltaban herramientas para encontrar la información que buscaba. Entonces decidí inscribirme en la Facultad de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí y estudiar Arqueología.

Cuando iba en la primaria me llevaron al Museo de Antropología. Ahí vimos un video documental del Rey Pakal. El video lo narraba el arqueólogo Ruz Lhuillier y explica cómo descubrió Palenque. Yo ya conocía Palenque. En los viajes familiares al sureste pasamos muchas veces por ahí. Ruz hablaba de los atardeceres –me acuerdo perfecto. He de confesar que cuando estaba trabajando en la hacienda quería descubrir algo. Obvio nada prehispánico, pero sí quería encontrar algo del período colonial. Cuando movía el piso, quería saber qué había abajo. Yo quería encontrar algo. Por eso me inscribí

¹⁶ Las haciendas son un elemento muy recurrente en las telenovelas mexicanas. En muchas de ellas, las haciendas tienen un rol fundamental en las narrativas, donde el capataz y el hacendado son personajes centrales. En otras telenovelas, las haciendas sirven simplemente como set de grabación. Algunas de las telenovelas mexicanas que han sido filmadas en haciendas son: *Dulce desafío* (1988); *Corazón salvaje* (1993); *El vuelo de águila* (1994); *Marimar* (1994); *Amor real* (2003); *Apuesta por un amor* (2004); *Soy tu dueña* (2010); *La que no podía amar* (2011); *Amor bravío* (2012); *Lo que la vida me robó* (2014); *Simplemente María* (2016).

en Arqueología y no en la carrera de Historia. En la Universidad Autónoma de San Luis Potosí (UASLP) pasé desapercibido a propósito. A nadie le dije que tenía una hacienda. Cuando me preguntaban si tenía un empleo, yo decía que trabajaba en la reconstrucción de una hacienda. Lo cual era cierto. Yo ya no usaba marcas, descubrí que la onda era comprar camisetas blancas de buen algodón y cuando perdían su forma las tiraba y compraba otras. De esa forma siempre te ves bien.

Entrar a la UASLP cambió mi percepción del mundo. Yo llegaba al Tec en mi coche, con mi *Starbucks* en la mano. En San Luis vi cómo la mayoría de los estudiantes llegaban en camiones destartalados. Siempre iban apretados, viajaban parados porque los camiones siempre iban llenos, me contaban que para ir sentados tenías que tomar el camión en donde iniciaba el trayecto, que desde el principio se llenaba. Con el calor de San Luis en el verano y subirte sin aire acondicionado me parecía rudísimo. Haber entrado a la UASLP me súper sensibilizó. Me hizo ver las cosas de otra manera. En esa época ya me había cambiado a una casita en el centro histórico de San Luis. Era una casa súper chiquita que remodelé. No tenía muebles, estaba casi vacía. Ahí invitaba a mis amigos de la Facultad a tomar cervezas. Luego la súper amueblé con antigüedades y la vendí a unos extranjeros. Los dos años que estudié en la Facultad me dieron otra perspectiva. Sabía muy bien lo privilegiado que era, pero estando ahí, bueno... hasta me sentía mal de lo súper privilegiado que era. Era incómodo para mí.

Aprendí mucho de arqueología pero llegó un punto donde me cansé. Había profesores que te dejaban 20 lecturas y luego que los estudiantes expusieran. Y yo decía no, no quiero oír a los estudiantes, vine a escuchar a los profesores. Ahora me doy cuenta de que son las universidades las que me hicieron entender el mundo y cambiar mi mundo. El Tec y la UASLP me cambiaron. ¿No será momento de volver a la universidad? Pero ahora sí, me iría fuera de México.

Al mismo tiempo que estudiaba en la Facultad de Ciencias Sociales, empecé a trabajar en una Fundación de personas muy ricas de la Ciudad de México. Me encargaba del área cultural y de patrimonio, pero con el tiempo me invitaron a trabajar en la Ciudad de México. Yo ya estaba un poquitín harto de mi vida en provincia, así que –gustoso– me fui a México. La Fundación estaba en una casa espectacular en las Lomas de Chapultepec. A la

Fundación llegaban políticos de todos los partidos políticos, secretarios de Estado, senadores, pero también actores como Diego Luna e intelectuales como Enrique Krauze, Jesús Silva Herzog.

Me queda claro que los ricos cultivan a los intelectuales. Los quieren cerca. Los muy muy ricos y de abolengo son como reyes y tienen cortes. Los intelectuales son parte de esas cortes. Yo también era ya parte de la corte. Si se quiere estar en la corte hay que seguir las reglas. Mi forma de entrar en la corte fue invitar al presidente de la Fundación a mi hacienda: “Oye, mucho gusto en conocerte, ojalá un día puedas ir a mi hacienda” ¿Y dónde está tu hacienda? “Pues está en San Luis”. Ellos tendrán su reino pero yo tengo *mi principado*. A mí nadie me cuenta nada, yo también tengo mis caballos. Ya nadie me impresiona. No tengo avión, ni escolta, pero todos ellos me tratan como un igual. Ya no es el trato que recibí en la prepa, ni en la universidad, es un trato de iguales.

En la Fundación todos los que trabajábamos éramos niños de mucha lana, todos veníamos de escuelas como el Americano; yo, al final del día, venía del Tec de Monterrey. Nada era cuestionado. El día que entendí que nunca, nunca sería parte de ellos fue en un evento donde participan muchas fundaciones: el “Bazar Gilberto”.¹⁷ Es un evento que se hace en la hacienda de Los Morales. Al evento se llevan a vender las cosas que se hacen en todas las fundaciones de los ricos de México. Nosotros llevamos miel y textiles. Los chavos que trabajaban conmigo no querían ir, decían que era un evento de señoras, pero yo moría de curiosidad de ver qué era eso. Al bazar llegan las señoras más ricas de las ricas. En muchos puestos son las señoras, las esposas de los grandes empresarios, las dueñas de las fundaciones, las que atienden. Te das cuenta muy fácilmente, desde la forma en que toman las cosas para mirarlas, su forma de caminar, de portar la bolsa. Cuando me di mis vueltas

¹⁷ La asociación Gilberto organiza anualmente el Bazar Gilberto en la Ciudad de México, con el fin de recabar recursos para poder seguir ayudando a gente en situación vulnerable, ya sea con reconstrucción de viviendas por algún desastre natural, alimentación, capacitación o cursos y generación de empleos. En septiembre de 1988, el Huracán Gilberto azotó durante cinco 5 días a los estados de Yucatán, Campeche, Quintana Roo, Tabasco, Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila. Ante este desastre, el 6 de octubre de 1988, un grupo de mujeres mexicanas constituyen la Asociación Gilberto, A.C., con el objetivo preciso de participar activamente en la reconstrucción de viviendas y la restitución de fuentes de empleo (Gilberto, A.C., 2023).

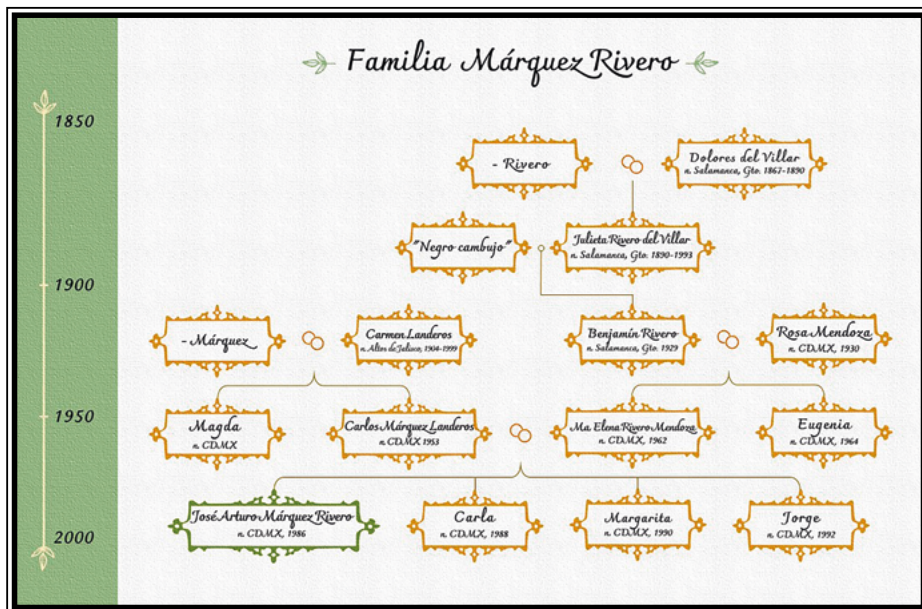
por el Bazar noté que las señoras ni me volteaban a ver; por supuesto, no pensaban que yo pudiera comprar algo. Es un evento hecho por ellas y para ellas. Para ver y ser visto. Ahí entendí que ese es un mundo al que nunca, nunca iba a pertenecer.

¿Ubicas a la Beba Corcuera? ¡Ella es la reina del *jet set*! Llegaba a nuestro puesto y nos trataba con absoluta amabilidad, porque somos los del servicio y al servicio se le trata con muchísima amabilidad siempre. La Beba tiene una sonrisa espectacular, una personalidad seductora. Yo estaba con mis compañeras en el puesto, una niña bien de Venezuela. Ella era la diseñadora de los textiles.

Si aspiras a estar en esa mesa, tienes serios problemas. Yo ya no aspiro a estar ahí. Yo quiero seguir teniendo dinero y hacer lo que me gusta. Ahora el que hace las distinciones soy yo, no por dinero, ni mucho menos por el físico, sino por el conocimiento que tienen los demás. No puedo con la gente que no aporta nada. Yo quiero estar con la gente que me pueda enseñar, que sabe mucho. Puede ser un rico o un campesino, un músico, un estudiante de antropología, gente que tenga cosas por dentro. Me encantaba trabajar en la Fundación, era un mundo con mucho glamour y a mí me encanta el glamour. Mi sueldo era bueno, pero no iba a pasar de ahí. Dicen que la corregidora dijo: “Prefiero ser la reina de mi casa, que la criada de un palacio”.

Regresé a San Luis y desde entonces me dedico a construir y remodelar casas, de preferencia antiguas. Ahora tengo una pareja norteamericana. Él es rubio, de ojos claros y un poco más grande que yo. Cuando salgo con mi pareja, me doy cuenta de que automáticamente me colocan en otra posición. Por ejemplo, siempre que vamos a cenar le dan la cuenta a él. Me ven como si fuera mi *Sugar Daddy*. Es típico que chavitos gays se busquen gringos viejos que los inviten a cenar. Se buscan a su gringo que les pague. Cuando llega la cuenta, yo digo: “La vamos a dividir en dos”.

José Arturo Márquez



CAPÍTULO IV

¡QUÉ CHURRO QUE ENTRASTE!

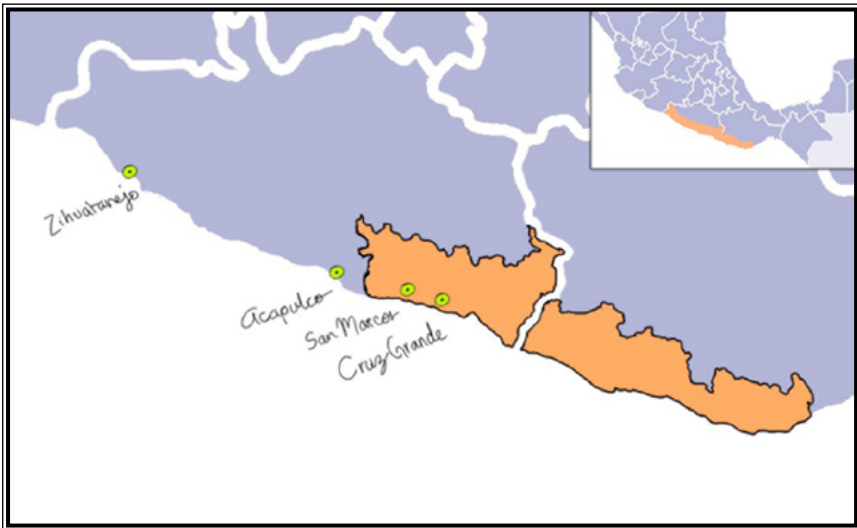
Mi papá se llama Ernesto Villanueva Hernández y mi mamá María Concepción Vázquez García. Los dos son de San Marcos, en la Costa Chica de Guerrero.¹ La mamá de mi papá falleció cuando mi papá tenía 16 años y su papá, mi abuelito Miguel, vivió mucho tiempo, pero nunca fue un hombre presente en la vida de sus hijos. Yo de grande me acerqué a él. Con mi abuelita Gloria tuvo ocho hijos y después se volvió a casar con mi tía Carmen –no era mi tía, pero así le decíamos–, con ella tuvo más hijos. Y seguro que con otras mujeres tuvo más. Mi papá tuvo muchos hermanos.

Mi abuelito Miguel se dedicaba al comercio de gas, luego al comercio de ganado, luego tuvo una tortillería. A él le gustaba comerciar, compraba y vendía muchas cosas. Cuando se casó con mi tía Carmen se empezó a dedicar

¹ La Costa Chica es una región sociocultural del litoral del pacífico mexicano que comprende a varias comunidades indígenas y afrodescendientes, pertenecientes a los estados de Guerrero y Oaxaca. La presencia africana en la región se remonta a la segunda mitad del siglo XVI, con el establecimiento de haciendas ganaderas que demandaban mano de obra. Para solventar esa necesidad se llevaron a los latifundios ganaderos, personas africanas esclavizadas que ingresaron a la Nueva España a través del puerto de Acapulco. A la Costa Chica también llegaron personas esclavizadas que huyeron de sus dueños –designadas en el período colonial como “cimarrones”– y que provenían de lugares como Puebla, Oaxaca, Veracruz o la Ciudad de México; así como desertores de otras formas de trabajo forzado de las regiones cercanas. En el transcurso de los siglos, la población de origen africano de la región se ha mezclado con personas pertenecientes a los pueblos indígenas de la zona y conformado toda una cultura regional con un fuerte componente “Afro”. Actualmente, la Costa Chica ha adquirido notoriedad por su autoadscripción como población “negra”, “costeña” o “afromexicana” y por su lucha tenaz en busca del reconocimiento jurídico, social y político (Quecha, 2015). Para saber más sobre los afromexicanos, se pueden consultar los trabajos de Gonzalo Aguirre Beltrán (1958); Luis Eugenio Campos Muñoz, (1999); Carlos Ruiz (2007); Citlali Quecha Reyna, (2016); María Elisa Velázquez y Gabriela Iturralde (2016); Cristina Masferrer (2016); Israel Ugalde Quintana (2018).

a la política y se fueron a vivir a Ometepec. Mi papá me cuenta que su mamá tenía un restaurante en San Marcos. Ella cocinaba muy rico. En el restaurante se servía pura comida costeña. De lo que más se acuerda mi papá es del chicharrón en salsa verde, y el aporreadillo que se hace con un carne seca y huevos. En esa época no había refrigerador y la carne seca es muy típica de la región. También las enchiladas de chile guajillo.

COSTA CHICA GUERRERO Y OAXACA.



Dibujo de Coraima Reyes Urrego / 2023.

Mi papá fue el tercer hijo de los ocho que tuvo mi abuelo Miguel con mi abuelita Gloria. Mis tíos tuvieron mucha suerte porque sus papás decidieron educarlos. En esa época no era lo común en la región de la Costa. Solo mandaron a estudiar a los hombres; a las cuatro mujeres, no. La familia no las apoyó para estudiar. Gloria, la mayor de las hermanas, fue la que se dedicó a criar a los hermanos chicos después de la muerte de mi abuela. Las hermanas menores, después de que se casaron, lograron estudiar: una Enfermería y mi tía Laura estudió Psicología. En cambio, a los hombres sí los animaban a estudiar y les dieron un poco de apoyo económico. Ellos estudiaban y trabajaban pues el dinero no era mucho. Hay un hermano arquitecto, mi papá estudió Derecho, hay un médico. Todos estudiaron en la Ciudad de México, en la UNAM.

Toda la familia del lado materno de mi mamá es costeña; del paterno, no. Mi abuelito Isaac no nació en la Costa, él era del centro de Guerrero, de un pueblo cerca de Iguala. Nació en 1924. Mi abuelito Isaac sabía hacer velas, su papá le enseñó. Velas de cera, a eso se dedicaba su familia. Por eso, cuando se casó con mi abuelita Julia le decían “el velero”. Vivió mucho tiempo en San Marcos, ahí fue donde conoció a mi abuelita.

Mi abuelita Julia se quedó huérfana a los cinco años, pero la dejaron con una herencia: ocho vacas. Sus tías cuidaron a mi abuelita y criaron a sus vacas. Así que, cuando se casó, la entregaron con todo y sus ocho vacas. Su herencia se la llevó al matrimonio. Así que mi abuelito Isaac además de hacer velas, se dedicó también al ganado. Con los años aprendió el negocio, le entendió bien al negocio del ganado y tuvo visión. Él se iba a comprar ganado a Veracruz y hasta a Yucatán. Le gustaba mucho ir a la feria de Tizimín. Él hizo de la agricultura y la ganadería su manera de vivir. En el rancho de mis abuelitos también se sembraba y se hacían quesos de prensa. El queso de prensa es muy rico, parece queso parmesano, es seco y lo puedes rayar. Es una lástima que se esté perdiendo la tradición, ya casi no se hace. Es un queso que aguanta estar fuera del refrigerador.

GANADO CACHUDO / COSTA CHICA DE GUERRERO.



Foto de José Luis Martínez Maldonado.

Mis abuelos maternos se conocieron en San Marcos, pero cuando se casaron se fueron a vivir a Cruz Grande, eso está como a 40 kilómetros de San Marcos. Ahí pudieron comprar tierra para poner ganado, no había nada, estaba bien lejos de todo. No está en la costa, está bien metido. Ahora, ya con buenos caminos y en carro, se hacen como 40 minutos a San Marcos y casi dos horas a Acapulco. Cuando ellos compraron, entraban y salían a caballo. Estaba bien lejos.

Mi abuelo Isaac decía: “Yo no quiero cachudas, yo quiero ganado fino” y por eso se fue a Veracruz a comprar ganado *Charolais* o *Braham*. Mi mamá era la que lo acompañaba en los viajes donde había que tomar avión. Le decía: “Conchi, acompáñame”. Mi mamá sí sabía andar en aviones, como había estudiado en Inglaterra pues se despabiló.

Mi abuelo Isaac tuvo cuatro hijas y a las cuatro les dio estudios. Mi tía Elena estudió Derecho; mi tía Rosa María y mi tía Elvira estudiaron para maestras y mi mamá secretaria bilingüe. Mi tía Rosamari tiene farmacias en Cuauhtepac y mi tía Elvira siempre se dedicó a su hogar, aunque creo que en su casa hacía quesos porque su marido también era ganadero. Como vivían en el rancho lejos de todo, mi abuelito Isaac mandó a sus hijas desde pequeñas a un internado en Chilpancingo. Era un internado de monjitas. Ahí mis tías y mi mamá hicieron la primaria y la secundaria. La preparatoria la hicieron en Acapulco. Las vacaciones siempre la pasaban en San Marcos. Cuando mi mamá terminó la preparatoria, mi abuelo la mandó a estudiar inglés a Bournemouth, Inglaterra y allá estudió para secretaria bilingüe. Cuando regresó de estudiar, se fue a vivir a Acapulco y entró a trabajar a Aeroméxico, pero los fines de semana procuraba ir a San Marcos.

Mis papas se conocieron desde niños, en San Marcos. Como es un pueblo chico entonces sabían quién era quién. Mis abuelos cuidaban mucho a sus hijas y, en especial, a mi mamá –que era la más pequeña. No la dejaban salir, ni tener novio, así que mis papás solo se veían de lejos. Mi papá tuvo un montón de novias, pero siempre dice que la que le gustaba era mi mamá. Ellos se hicieron novios poco antes de que mi papá se fuera a la Ciudad de México a estudiar Derecho. Son de la misma edad, los dos nacieron en 1950, mi papá en enero y mi mamá en mayo.

Mi papá se fue a la Ciudad de México, pero iba Acapulco a ver a mi mamá. Me cuentan que el año que mi mamá estuvo en Bournemouth se escribieron un montón de cartas, era 1968. Se casaron después de que mi papá terminó la carrera, a principios de los años setenta. Ya casados se fueron a vivir a Taxco. Para mí Taxco es un lugar muy especial, siempre que los oigo hablar de los años que vivieron ahí me doy cuenta de que fueron muy felices, que se la pasaron muy bien. Todo lo que recuerdan de esos años lo hacen con mucho cariño. Mi papá es un hombre muy divertido, le gusta cantar y bailar. Mi mamá es más seria, es más reservada. Son muy distintos, pero siempre se han querido mucho.

Terminando la carrera mi papá se volvió ministerio público y –por el tipo de trabajo que tenía– con alguna frecuencia lo cambiaban de ciudad, así que para mi mamá era difícil conseguir trabajo. En 1978, lo cambiaron a Zihuatanejo y al año siguiente nacimos mi hermana Ximena y yo, somos gemelas. En ese entonces Zihuatanejo era muy chiquito y el embarazo de mi mamá era complicado, así que mi mamá dio a luz en Acapulco, pero yo siempre digo que soy de Zihuatanejo. Cuando entramos al kínder mi mamá volvió a trabajar en Aeroméxico, a ella le gustaba tener su dinero y ser independiente. Cuando iba a nacer mi hermana Adriana, le llevamos 6 años, le dijeron a mi papá que lo iban a transferir. Fue entonces que renunció y decidieron montar un negocio. Así fue como pusieron la empacadora de pescado.

Nosotras estudiamos hasta la secundaria en Zihuatanejo. Me acuerdo perfecto que para llegar al kínder teníamos que atravesar una huerta de mangos. Me acuerdo del olor y de la sombra de los árboles. Caminábamos varias cuadras bajo el sol, cruzar por la sombra de los mangos era una sensación maravillosa. Mi mamá nos llevaba de la mano, iba vestida con su uniforme de Aeroméxico porque nos dejaba en la escuela y de ahí se iba directo a trabajar. La primaria la hicimos en una escuela pública que estaba cerca de mi casa; para la secundaria nos metieron a una escuela privada que se llamaba Montessori, ahora sé que de Montessori no tenía nada, sólo el nombre. En esas dos escuelas fui muy feliz, me la pasé muy bien e hice muchos amigos.

Mis papás querían que tuviéramos una buena educación, así que para la preparatoria nos mandaron a estudiar a Acapulco. Ahora que lo pienso no sé cómo se animaron a mandarnos solas. Mi mamá rentó una casa y ahí vi-

víamos mi hermana Ximena y yo. Aprendimos a manejar a los 14 años. Llegamos a Acapulco en 1994, teníamos 15 años y pues la situación no estaba como ahora, pero muy seguro, seguro, tampoco era.² Cuando le pregunto a mi mamá porqué nos dejó irnos solas, ella siempre dice: “Yo confiaba en ustedes”, yo me río y digo: “Nosotras no éramos el problema, ¿cómo podías confiar en los demás?”. La verdad corríamos con mucha suerte. Sí creo que mis papás fueron muy temerarios. En Acapulco las cosas se pusieron muy feas en el 2005. Aun así, yo me siento muy afortunada de haber corrido con mucha suerte.

En Acapulco fuimos a La Salle, la prepa era mixta, pero en ese tiempo la primaria y la secundaria de esa escuela era de puros varones. Nunca me pude integrar, ahora sé que no tenía *las herramientas*. Todos tenían su grupito de amigos y Ximena y yo no encajábamos. Había mucho elitismo. En esa preparatoria había gente con mucho dinero. Me acuerdo perfecto que el hijo de un político muy conocido en Guerrero, quería ser el presidente de la sociedad de alumnos. Hizo una campaña como si se tratara de la presidencia municipal de Acapulco. Yo no sé si rentó o tenía un helicóptero, pero una mañana a la mitad del recreo pasó un helicóptero aventando folletitos con su propuesta de trabajo e invitando a una fiesta, y claro, pidiendo que votaras por él. No me acuerdo de su nombre, pero le decían: Lilo, Lilo Figueras. Él se llevaba con las y los chicos más populares de la escuela. Todos ellos vivían en La Escénica o en Las Brisas.³ Nosotras vivíamos cerca del centro de

² Guerrero es uno de los estados con índices de violencia más alto en el país. Al iniciar el siglo XXI, la violencia en México se incrementó junto con la presencia del narcotráfico. Durante los primeros 15 años del presente siglo, en Guerrero el número de cárteles de droga activos pasó de uno a diez, convirtiéndolo en uno de los estados con mayor densidad criminal del país. El interés de los *cárteles* por Guerrero es, por un lado, las condiciones climáticas que permiten el cultivo de la flor de amapola y, por otro, las condiciones sociales. La producción de opiáceos se extendió en el estado formando en Guerrero el llamado “Pentágono de la amapola”, donde se produce alrededor del 40% del cultivo de esta flor, de la cual proviene la heroína (Pantoja, 2016).

³ Durante el sexenio de Miguel Alemán (1946-1952) Acapulco se transformó drásticamente. La construcción del Aeropuerto Internacional (diseñado por Manuel Pani) y la inauguración de la Autopista México-Cuernavaca (que disminuía el tiempo para llegar de la Ciudad de México a ese puerto), hicieron que Acapulco fuera uno de los lugares

Acapulco, en una casa que rentó mi mamá en una colonia vieja de Acapulco, donde vive gente de clase media. Nadie de esa escuela vivía en esa colonia. Para muchos de ellos, nosotras estábamos fuera de lugar.

En los tres años de la preparatoria solo hice una amiga: Jasmín Loera. Ella sí era de la élite, ella sí pertenecía y sabía cómo moverse en ese medio. Sin embargo, ella era diferente, la educaron diferente. Su mamá era de Ometepec y su papá un hombre muy rico de Acapulco. Yo creo que se compadeció de nosotras y nos empezó a hablar. Los primeros meses nadie más nos dirigía la palabra. Yo siempre fui muy estudiosa, sacaba excelentes calificaciones, pero aun así era difícil que quisieran hacer equipo conmigo. Ximena mi hermana es más extrovertida, pero ella iba en otro salón. Jas me ayudó mucho, me integraba en los equipos de trabajo y como yo era una “matada”⁴ que siempre sacaba buenas calificaciones, pues como que me fueron aceptando para hacer trabajos. Yo no hablaba inglés y eso era un problema, en cambio Jas lo hacía con mucha soltura. Ella había estudiado en un colegio bilingüe. Para mí era horrible, las chicas de la prepa hablaban la mitad de las cosas en inglés, cuando iba a sus casas a hacer los trabajos no entendía nada. Me acuerdo una vez: “¿quieres *sour cream* con las tostadas?”, yo no entendía qué me decían, por qué no decir: “¿Quieres crema?”. Obviamente esa era una manera de excluirte, porque yo no entendía nada. La mayoría de las niñas venían de una escuela bilingüe, una escuela de monjas súper elitista que hay en Acapulco. Tenían un uniforme súper elegante. En ese entonces solamente la preparatoria de La Salle era mixta, así que todas las niñas eran nuevas, igual que nosotras, pero ellas se conocían y ya tenían sus grupitos hechos. Se conocían de “toda la vida”, así decían. Para mí la integración fue imposible.

predilectos para el descanso y la diversión, tanto de las clases altas mexicanas como de artistas y celebridades del mundo. Marilyn Monroe, Elizabeth Taylor, María Félix eran visitantes frecuentes. En 1954, el hotel Las Brisas abrió sus puertas en lo más alto de la bahía. A su alrededor, arquitectos como Pani, Artigas y Sordo Madaleno diseñaron residencias convirtiendo a Acapulco en un destino exclusivo. La “carretera Escénica” comunica el aeropuerto local con la costera Miguel Alemán, donde se encuentran los grandes hoteles de ese puerto (Valenzuela Valdivieso, 2009; Ávila, 2022).

⁴ Es decir, muy aplicada en el estudio.

En mi salón había un chico, Fernando Muñoz, que era homosexual y también era negro como yo, bueno más oscuro que yo. Su familia también es de la Costa Chica. Con él sí me llevaba bien, pero cuando era agredido yo no lo defendía. Eso me pesa mucho hasta la fecha, pero en ese momento no sabía cómo defenderlo, solo sentía mucha impotencia y miedo de que me pudiera pasar lo mismo. En Acapulco vivía un primo y a veces salíamos con él. Mi primo es homofóbico y en una ocasión nos subimos a su coche con Fernando, y entonces mi primo le gritó: “¡Bájate, puto! ¡Bájate, negro!”. Yo me quedé callada, sabía que estaba mal. No pude decir nada, a la fecha me duele mucho mi silencio. Tenía 15 años, pero me hubiera gustado ser más fuerte.

Fui muchas veces a hacer trabajos en equipo a la casa de mis compañeras, pero nunca me invitaron a ningún otro lado ni a otro evento. Nuestro físico era muy distinto, yo soy morena y con el cabello ondulado y ellas eran todas rubias. Recuerdo que a Sandra Díaz, una de mis compañeras, le pintaban el pelo desde niña. Seguro que era *medio güera*, pero le ponían un rubio que no era ni de una noruega. He de decir que siempre fueron amables conmigo, pero jamás asistí a sus fiestas.

A una de ellas, Rocío Calcerrada, me la encontré muchos años después en una comida en la Ciudad de México. El jefe de Toño, mi esposo, nos invitó a su fiesta de cumpleaños en su casa. Vivía en las Lomas de Chapultepec, en una casa muy grande y bonita. En la comida había otros empleados de la empresa, con sus esposas y muchos amigos del jefe y de su esposa, entre ellos Rocío Calcerrada y su marido. Yo estaba embarazada de mi segunda hija, hizo como que no me reconoció, pero yo fui a saludarla. Me miró con sorpresa, sonrió y me dijo: “¿Eres amiga de Charlotte?”. Le dije que no y le expliqué que mi esposo trabajaba con David, el dueño de la empresa. Después de mi respuesta, se dio la media vuelta y se fue, no me dijo nada más.

Por cuestiones laborales de mi esposo terminamos viviendo en las Lomas. Un día, como al año de la comida de cumpleaños, estábamos Ximena –mi hermana– y yo comiendo en un restaurante de la zona cuando vimos entrar a Rocío Calcerrada. Yo levanté la mano y la saludé de lejos. Ella nos reconoció al instante, pero hizo como que no me vio y se siguió derecho, como si mi saludo no fuera para ella. Obvio, mi hermana y yo nos reímos.

Cuando íbamos en tercero de prepa, La Salle organizó una feria de carreras. Muchas universidades del país fueron a promocionarse, entre ellas la UDLA.⁵ La verdad es que mi hermana y yo hicimos de *tín marín de do pingüé* y decidimos irnos a Puebla. Supongo que a mis papás les gustó más la idea de que viviéramos en Puebla que en la Ciudad de México. Ni mi hermana ni yo teníamos idea que estábamos por irnos a estudiar a una universidad de élite. Mis papás nunca nos manifestaron que el dinero pudiera representar una limitante y yo en ese momento ni lo pensaba. Luego entendí el enorme esfuerzo que –en muchos momentos de nuestras vidas– hicieron mis papás por nosotras.

Cuando entramos a la universidad la empacadora iba bien, ya se había consolidado. Mi mamá ya no trabajaba en Aeroméxico, después de una huelga muy grande que hubo en Aeroméxico quitaron muchas prestaciones y privilegios, así que mi mamá les dijo: “Chao”. Así fue como se empezó a dedicar de tiempo completo a la empacadora, que tiempo después también se volvió procesadora. Cuando mi mamá le entró cien por ciento al negocio, mi papá montó un despacho y se dedicó a litigar.

Cuando llegamos a Puebla vivimos en la residencia de la UDLA, pero en ese entonces seguían los efectos de la crisis económica del 94 y las cuotas de la residencia eran en dólares, así que decidimos cambiarnos a una casita. Cuando me di cuenta del dinero que mis papás estaban gastando hablé con mi mamá y le dije: “Si quieres me cambio a la BUAP que es pública”. Ella me dijo que no, que de ninguna manera, que ella veía cómo le hacía y que nosotras solo pensáramos en estudiar y prepararnos bien. Mi mamá me decía: “No hay manera”, recuerdo que en una ocasión le dije: “Oye ¿y si me pongo a trabajar?”. Y mi mamá “no, no, no, tú dedícate a estudiar”.

⁵ La Universidad de las Américas Puebla (UDLAP) es una universidad privada y bilingüe. Originalmente se encontraba en la Ciudad de México. Fue fundada en 1940 como una institución estadounidense bajo el nombre de *Mexico City College*. En los años sesenta cambió su nombre a *University of the Americas*, con el propósito de reflejar la fraternidad de Estados Unidos con América Latina (UDLA, 2018). En 1971 cambió su nombre a Universidad de las Américas, A.C. y su sede a Cholula, Puebla. La nueva sede fue la hacienda Santa Catarina Mártir. (UDLAP, 2023). En 1985, la Universidad de las Américas se dividió. Una sede se quedó en Puebla y otra regresó a la Ciudad de México (UDLA, 2018).

Yo estudié Derecho como mi papá y mi hermana estudió Relaciones Internacionales. A esa edad no tenía idea de a qué me quería dedicar, pero me pareció que el derecho me podría servir para algo. Siempre me incliné más por el área de los derechos humanos, que por las otras ramas del derecho. Siempre tuve un sentido de justicia y yo lo traduje en derecho. Ahora entiendo que había muchos caminos y no solo el derecho para trabajar a favor de la justicia social. Pero el camino que estaba delante de mí era el de mi papá.

Yo llegué a Puebla a estudiar y digamos que ya estaba bien curtida en eso del rechazo, pero para mi sorpresa, sí hice amigas. La primera fue una chava de Veracruz, de tez morena, tez de negra. Nos identificamos luego luego y nos hicimos súper amigas, se llama Jessica Yan Domínguez. Su papá era de origen chino, así que ella era una mezcla rara de chino con mulata jarocho. Ella fue mi primera amiga. Después tuve muchos más amigos, aunque yo diría que integrarme, lo que se dice integrarme, nunca lo logré. La sociedad poblana es cerrada y ahí los apellidos son importantes. Mi amiga Mónica Ferrol se llevaba con todos los grupos y todo el tiempo me invitaba a salir con grupos distintos. Ella sigue siendo mi amiga. Ella sí era muy sociable. Salía con ella y sus amigas, pero a mí nunca me gustó beber, era muy ñoña. Casi nunca me iba a las “pedas”, prefería quedarme leyendo en mi casa. Pero cuando salía sí me divertía y me reía mucho de las pendejadas de los otros, pero no bebía, no me emborrachaba, era muy miedosa y, además, no me llamaba la atención.

Tenía otra amiga que era de la sociedad poblana, se llama Carlota Ascué, su familia tenía muchísimo dinero. Ella siempre me invitaba a comer a su casa, vivía en el Club de Golf. Conviví mucho con su familia, su mamá era muy divertida, pero a veces me decía cosas que no me hacían sentir bien. A Carlota y a mí nos encantaba cocinar y pasamos tiempo en la cocina haciendo muchas recetas. La mamá se daba sus vueltas a ver qué estábamos haciendo. Cuando hablábamos de los trabajos de la Universidad, ella le decía a Carlota: “Si tú te vas a casar, no le veo sentido a tanto estudio, solo vas a tener el título ahí colgado”. Una vez me acuerdo que les dije que me tenía que ir porque tenía que hacer un mandado. La mamá dijo: “Ay, ¡mandado! Esas palabritas tuyas”. Se reía de las palabras que usaba, y se notaba que no le gustaba mi forma de hablar. Entonces yo no me sentía cómoda en ese medio, había cosas que no entendía y, la verdad, tampoco las quería entender.

El segundo año de la carrera mi hermana Ximena lo hizo en Canadá. Quería aprender a hablar muy bien inglés. En el tercer año se fue a Grenoble y allá aprendió francés. Como estudiaba Relaciones Internacionales, la Universidad fomentaba mucho los intercambios. Así que yo viví en Puebla dos años sola. Yo también sabía que el inglés era súper importante, así que me fui dos veranos a Canadá a estudiar inglés. Cuando terminé la carrera me fui a estudiar un año a Inglaterra. De pura casualidad encontré un programa muy padre en Bournemouth, la ciudad donde había estudiado mi mamá veinticinco años antes. Cuando regresé y le enseñé las fotos, vimos que era la misma escuela con diferente nombre, fue muy chistoso.

En la UDLA yo iba en mi rollo y me dedicaba a estudiar. No había internet como ahorita, entonces me iba a la biblioteca y ahí hacíamos grupos de estudio. Yo me llevaba con los niños más ñoños. La biblioteca de la UDLA es muy bonita, entras y te dan ganas de quedarte. Así que yo la verdad la aproveché muchísimo.

Cuando terminé la carrera estudié un año en Bournemouth, después me fui a vivir a Londres e hice una diplomado sobre Derecho Internacional en la *London School of Economics*. ¡Me encantó! Después decidí entrar a una maestría, también en Derecho Internacional. Entré a la *Sorbonne*, en París. Yo sabía un poquito de francés, pero para hacer la entrevista me tuve que aprender un discurso muy convincente. El director de la maestría obviamente se dio cuenta de que mi nivel de francés era muy bajo. Yo me comprometí a tener el idioma para cuando iniciaran los cursos, que era seis meses después. No sé cómo me aceptaron, pero entré. Lloré lágrimas de sangre en esa maestría, fue muy difícil y no por mi nivel de francés, sino porque mi director de tesis que era un hombre misógino. Pero, a pesar de él presenté la tesis y obtuve mi grado.

En París sí viví racismo, ahí sí lo experimenté. A mi hermana y a mí nos leían como exóticas, no necesariamente latinas. A mi hermana Ximena se le resbala todo, pero yo no soy así, a veces sí me hacían sentir mal. La familia de Toño, mi esposo, vive en el Sexto *arrondissement*, en el sexto distrito, que es un barrio muy burgués. Ellos viven muy cerca del Jardín de Luxemburgo. Un día, una amiga de mi suegra llegó de visita cuando también estaba una prima de Toño con sus hijas chiquitas. La amiga pensó que yo era la nana de las

niñas. Saludó de beso a las niñas y a mí me ignoró. Toño rápidamente aclaró el asunto de quién era yo, pero esa es la típica actitud de la burguesía parisina.

A Toño no lo conocí en París, lo conocí en la UDLA. Se llama Antoine Dubois, pero en la universidad todos le decíamos Toño y pues Toño se le quedó. Comenzamos a salir hacia el final de la carrera. Yo ya tenía todo organizado para irme a Inglaterra y la verdad es que no lo iba a cancelar, ya tenía hasta mi boleto comprado. Conocí a Toño en los pasillos de la Universidad, él estudiaba Administración de Empresas, pero nunca fue mi amigo. La hermana de su mamá se había casado con un empresario poblano y llevaban muchos años viviendo en Puebla. En unas vacaciones de verano Toño vino a México, la pasó muy bien e hizo muy buenos amigos. Ellos iban a entrar a la UDLA, así que habló con sus papás y les dijo que quería estudiar en Puebla la carrera de Administración. Yo creo que se escandalizaron un poco, pero accedieron. Primero vivió con la tía Babette, luego ya rentó un departamento con dos amigos.

Toño me invitó a salir, pero yo le dije: “No”. La verdad me daba mucha hueva salir con alguien que se iba a regresar a su país y, además, yo ya tenía organizada mi estancia en Inglaterra. Que tal que me enamoraba de él y todo se iba a complicar. Así que le dije que no. Mis hermanas me decían que no fuera mensa que saliera con él, que era muy guapo y súper buena onda. Yo no quise. Él se regresó a Francia y yo me fui a Bournemouth.

Consiguió el teléfono de la residencia donde vivía en Bournemouth y me comenzó a llamar. No había celulares, entonces él se gastaba una fortuna en llamadas telefónicas. En esa época empezaban los emails, así que también nos escribíamos mucho por ahí. Después ya empezó a agarrar el *Eurostar*.⁶ La verdad es que la pasamos muy bien en esos años. Cuando acabé el diplomado en la *London School* pues no quería regresarme a México, así que me fui a París. Mi hermana Ximena ya estaba estudiando su maestría ahí, así que llegué a su departamento y busqué una maestría que me pareciera interesante.

⁶ El *Eurostar* es un tren de alta velocidad que inició sus operaciones en 1994 en Europa. Las principales rutas de este tren conectan a Londres con París, Ámsterdam, Bruselas, Róterdam, Brujas, Lille y *Disneyland París* (Eurostar, 2023).

Cuando terminé la maestría me regresé a México. Conseguí un trabajo en la Secretaría de Hacienda, en el SAT. Ahí trabajé un año, nunca en mi vida me había reído tanto. Hice muchos amigos, me sentía bien, sentía que la gente con la que trabajaba era como yo, personas sin pretensiones que se pueden reír de la vida y sus problemas. Me sentía en un ambiente en el que podía estar sin agobios. Donde no era juzgada, ni observada, no estaba bajo lupa. En ese entonces llegué a vivir a la colonia del Valle con mi hermana Adriana, la menor. Mis papás habían comprado ese departamento para que Adriana viviera, ella estudiaba Comunicación en la Ibero.

En la Ciudad de México yo me sentía cómoda, aunque siempre me preguntaban de dónde era, porque no parecía mexicana.⁷ Yo les decía: “Ah ¿no? Pues soy de Zihuatanejo”. En su pregunta yo nunca sentí mala intención, simplemente que les parecía de otro lado. A mi hermana Adriana le pasa con mucho mayor frecuencia: ella tiene el cabello mucho más rizado, lo tiene como mi mamá, muy muy rizado y, también, es mucho más morena que nosotras.

Toño se quedó en París, trabajaba en un Banco de Comercio Internacional. Él iba y venía de París a la Ciudad de México para pasar tiempo conmigo. En uno de sus viajes me dijo: “¿Qué onda? Ya estuvimos seis años así, yendo y viniendo por el mundo, ¿cuál es el siguiente paso? O nos arrejuntamos o nos casamos ¿o qué? Pues no podemos estar así toda la vida”.

Así que decidimos casarnos. Nos casamos en Zihuatanejo y nos fuimos a vivir a París. Encontramos un departamento muy bonito y a muy buen precio en el Segundo Distrito. Tuvimos mucha suerte de encontrar casa en esa zona. Toño siguió trabajando en el Banco, tenía un muy buen puesto. Yo no tenía visa de trabajo, así que en lo que tramitaba la visa, me dediqué a tomar clases de diversas cosas. Sacar la visa fue una experiencia alucinante. Tenía que hacer un curso que daban para las esposas de los franceses. En mi grupo había varias chicas árabes, y una colombiana. En una entrevista me preguntaron: “¿Vives

⁷ En México, se ha construido una imagen estereotipada que relaciona a las personas negras con un origen extranjero. Durante la época del cine de oro, la popularización de las rumberas caribeñas y la música cubana contribuyó a fortalecer estos estereotipos y, con ellos, la idea de que lo afro es foráneo. La extranjerización de lo negro contribuye a la invisibilización de los pueblos afrodescendientes de México, como lo es la región de la Costa Chica de Guerrero y Oaxaca, permitiendo así la perpetuación de la discriminación, el racismo y la marginalización hacia estos pueblos (Iturralde, 2017; Chica, 2015).

violencia en tu matrimonio?”. Nunca me hubiera imaginado que me preguntarían eso. Me hizo pensar en lo privilegiada que había sido, y de mi completa ignorancia de los problemas que podían atravesar otras mujeres para obtener visas de trabajo, casarse con hombres abusivos para poder trabajar y sacar a sus hijos adelante. Me tocó ver escenas de mujeres árabes rogando y llorando por una visa. Nunca sentí que a mí me trataran mal en esas oficinas, pero pues sí hay un tema de vernos como las “pobrecitas”. A la colombiana me acuerdo que un día le dijeron: “A ver, hablemos de tu país, además de exportar cocaína, ¿qué más exportan?”. Ella se rió y cambió la conversación a otro tema. Después de un proceso largo me dieron la visa de trabajo.

Después de cuatro años de casada y de vivir en Francia me entero que estoy embarazada. Lo primero que le dije a Toño fue: “Yo no voy a criar a mi hija o mi hijo, lo que sea, aquí en Francia, lo tengo muy claro, me voy a México ¿vienes?”. Él me dijo: “No, pues sí” y entonces ya nos vinimos a México. Él se buscó una chamba acá, tenía muchos contactos y no le fue difícil. Yo en Francia nunca me hallé. Trabajé en la Embajada, pero otra vez me topé con una élite, una élite intelectual. A lo mejor no era una élite de tanta lana como los empresarios, pero sí eran de clase alta, muy elegantes y refinados. La típica pregunta en las reuniones de la Embajada era: “¿Hija de quién eres?”, querían saber si pertenecías o no a la élite del mundo diplomático.

Cuando estudiaba en la Alianza Francesa conocí a María Teresa Uribe, ella era periodista y estaba casada con uno de los agregados de la Embajada.⁸ Le gustaba que le dijeran Mariaté, y odiaba que le dijeran: Tere o Teresita. Ella es una persona muy amable, muy linda. Siempre muy correcta. Ella era “La señora de ...” y yo así de: “¡Ay, qué nivel!”. Mariaté sí era de ese mundo, pero ella nunca me hubiera preguntado hija de quién era, ni nada por el estilo. Ella no tenía esos temas en la cabeza. Yo siempre le agradecí que me explicara y me ayudara a entender ese mundo. Nos hicimos muy cuatas.

⁸ En el servicio exterior mexicano existe la figura de *Agregado*. Un *Agregado* es un funcionario que trabaja en una embajada y tiene como función principal proporcionar asesoramiento especializado y apoyo en su campo de experiencia, tanto al embajador como al personal de la embajada. Los *Agregados* suelen ser expertos en un área particular, como cultura, política, economía, seguridad o asuntos consulares (*Dipublico*, 2023).

Gracias a ella entré a la embajada. Nunca me hallé, pero trabajé casi dos años ahí. Me decían “La Costeñita”, y sí soy costeña, pero su tono era de burla. En esa época estaba de moda en Francia la telenovela de *Marimar*, que se había grabado en Zihuatanejo tiempo atrás, de ahí sacaron el “costeñita”. Yo no encajaba en el mundo de la embajada. Sí, era costeña y no era hija de alguien de apellidos largos. Mi mamá es Conchita Vázquez García; y mi papa, Ernesto Villanueva Hernández, y los dos nacieron en San Marcos, en la Costa Chica de Guerrero. Eso no les importaba, yo era “nadie”. No tenía apellidos, mis papás no eran intelectuales. Ser el mejor promedio de mi generación en la UDLA, haber estudiado en la *London School of Economics* y en la Sorbona no tenía peso. Ahí comprendí que vivía en un sistema muy perverso. Te dicen estudia, prepárate, sé la mejor. Lo haces y de todas formas no es suficiente. Lo que hagas no alcanza porque no tienes los apellidos, porque no provienes de una familia reconocida en ese medio. Encontré en ese grupo un patrón: muchos de los trabajadores de la embajada venían de las mismas escuelas de la Ciudad de México. El Liceo Francés, el Colegio Alemán y el Americano eran una constante, así como la Ibero y algunos de El Colegio de México. En la embajada yo trabajaba con uno de los *Agregados*. Me encargaba de hacer sus documentos y también de todos los comunicados que tenían que ver con cuestiones legales. En el año y medio que estuve ahí, solo hice una amiga: Lupita, la secretaria. Ella también se apellidaba Villanueva, era de Hidalgo. Con ella sí salía a comer y a cenar, era súper chida Lupita.

Después de pasar un chorro de exámenes pude entrar a la OCDE.⁹ La esposa del embajador trabajaba en la OCDE, también pertenecía al servicio exterior. Ella me invitó a trabajar con su equipo. Me acuerdo que yo estaba muy orgullosa de haber logrado entrar y que en una reunión, Genoveva Mier y Terán me dijo: “¡Julia, qué churro que entraste, qué suerte tuviste! ¡Qué padre que ya estás en la OCDE!”. Genoveva, en ese momento, era la asistente personal del embajador; ahora trabaja en la Fundación. En París, estudió una maestría en Historia del arte. En ese momento me dio un poco de coraje el comentario, pero no le dije nada porque sé que no lo hizo para ofenderme, que no lo hizo con maldad. Ese comentario era una piedrita más

⁹ La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) es una organización internacional conformada por representantes de 38 países cuyo fin es coordinar políticas económicas y de desarrollo entre los países miembros (OCDE, 2023).

a la mochila que cargo, donde mis logros se ven como suerte. Eso es algo que se ha repetido mucho en mi vida. Mis logros son “suerte”, soy una persona con mucha “suerte”. Tengo la suerte de hablar inglés, francés. Bueno, hasta me han dicho que tengo suerte de tener un esposo francés.

Ya dentro de la OCDE trabajé con la embajadora Cecilia de Farré; ella usaba su apellido de casada, creo que el de soltera era Sánchez González. Su esposo era el embajador de México en Francia. Él sí venía de una familia de diplomáticos, ella no, pero asumía muy bien su rol como parte de esta élite. Yo desarrollé un buen ojo y como mi mamá estudió toda su vida con las monjas, me conozco perfecto los modos de las niñas que estudiaron con monjas. Caminan, se mueven diferente, se paran, se sientan y cargan la bolsa de un modo muy particular. Las monjas te lo van enseñando. Mi mamá siempre nos decía: “Primero, un sorbo al café; se suelta la taza y, luego, otro sorbo”. La verdad nosotras no le hacíamos mucho caso. Ver a mi mamá con mi abuelito Issac era muy divertido, mi mamá con sus formas refinadas y mi abuelito campesino y ganadero que comía con tortilla. Mi abuelito Isaac siempre estuvo orgulloso de mi mamá. Un día yo le dije: “Abuelito, ¿tú por qué comes con las manos y mi mamá con tenedor?”. Y me dijo: “Porque le pagué a alguien para que le enseñara, porque yo no sé comer con tenedor”.

Pero bueno, volviendo a la embajadora de Farré. Ella siempre hablaba de sus logros y méritos, también de los invitados que había tenido para cenar en la embajada, de lo importante que eran esas personas, de los platos elaboradísimos que sirvió el Chef, de la dieta que ese Chef les había armado a ellos en la embajada. Para mí que era una forma de reafirmarse, de decir que también pertenecía a ese mundo. Recuerdo que tomó un curso de etiqueta y que nos contaba todo lo que aprendía. Para mí, a ella no le rimaba el sonido con el video. Por ejemplo, es muy importante cómo hablas de la gente que trabaja en tu casa, cómo tratas a la gente con las que trabajas. Yo le oía comentarios que hacía de sus empleados y entonces ya no rimaba. También sus bolsas, siempre traía bolsas carísimas, pero no las sabía portar y no caminaba perfectamente erguida, como que se encorvaba. No tenía el porte y, en ese medio, las mujeres saben caminar perfecto, cargar el bolso perfecto y sentarse perfecto. Tonterías, pero sí había una diferencia entre ella y, por ejemplo, Genoveva, que era súper refinada.

Trabajando en ese medio te vas dando cuenta de muchas sutilezas que te indican *quién es quién*. La verdad, después de un tiempo en la OCDE me harté y a pesar del enorme trabajo que me costó entrar, renuncié. No era mi mundo y no me interesaba que lo fuera. Empecé a trabajar de voluntaria en asociaciones, trabajé en una muy bonita que se llama *Restos du Coeur*, restaurantes del corazón. Esa asociación ayudaba a darle de comer a personas marginadas, la mayoría de ellos migrantes y también a personas en situación de calle, durante el invierno. En ese entonces, casi todos los migrantes eran de África y de Europa del Este. Trabajar ahí me ayudó mucho a volver a poner los pies en la tierra y ubicar los privilegios enormes en los que yo vivía. Me preguntaba: “¿Dónde se jugó todo para que yo esté de este lado, dando comida y no recibéndola?”.

Saliendo de la OCDE entré a un programa que se llamaba *Reconversión profesional* y obtuve mi diploma. Estudié en una muuuy buena escuela de cocina en París. Estudié con economistas, financieros, historiadores, abogados, vamos, de las más locas profesiones. Todos con ganas de hacer otra cosa porque asumimos que lo que hacíamos no nos hacía felices y lo que en realidad nos gustaba era cocinar. Estaba bien chido porque éramos hombres y mujeres de treinta y cacho. Entonces te ves reflejada, te diviertes, te ríes. Amé estudiar cocina y darle una vuelta a mi vida.

Después me metí más a fondo en la cocinada. Trabajé y estudié en un restaurante de Gérard Depardieu. Él iba mucho al restaurante y en varias ocasiones platicamos, aunque he de decir que es hombre muy grosero y que puede llegar a ser muy patán. Luego trabajé en otro restaurante con estrella “Michelin”. Tuve la suerte –porque ahí sí fue suerte–, que me preguntaran dónde quería estar y escogí postres y fríos. Mi trabajo era hacer parte del platillo y, a veces, emplatar. Me encantaba hacer helados.

Trabajé en varios restaurantes y en eso estaba cuando me embaracé y decidí volver a México. Llegando no trabajé, estaba muy panzona, llegué de seis meses. Tenía que buscar casa, porque en el departamento de mis papás estaba viviendo mi hermana, que también estaba embarazada, y pues dos parejas y dos panzonas era demasiado. Toño y yo rentamos un departamento antiguo en la colonia Cuauhtémoc,¹⁰ muy cerca de Reforma, del otro lado de la colonia

¹⁰ La colonia Cuahutemoc, al igual que la colonia Juarez, desde hace algunos años se en-

Juárez. Toño entró a trabajar a un banco y las oficinas le quedaban caminando. Mi hija Camila nació el 14 de junio del 2011 en un hospital de las Lomas, cerca de Perinatología. Cuando mi mamá llegó a verme me dijo que a dos cuadras del hospital había una tiendita donde hace muchos años, cuando éramos niñas, nos había comprado unos vestiditos muy lindos con punto *smock*. Que ella había traído a mi abuelita a que se atendiera en perinatología. Mi mamá cuidó mucho a mis abuelitos y su salud. La veían en la Ciudad de México. Del rancho se los traía para acá.

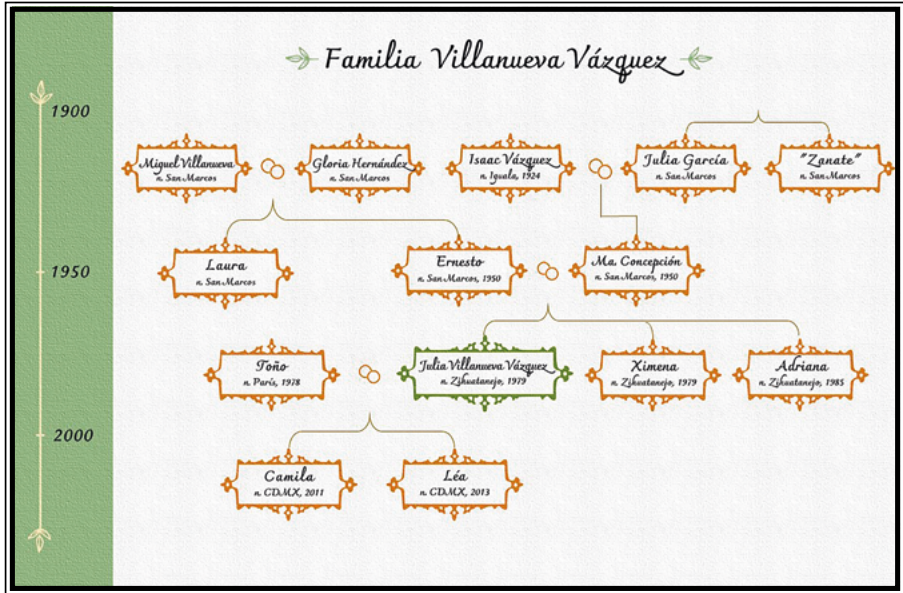
Toño no era feliz en el Banco, pero era un buen trabajo, así que ahí siguió un tiempo. Yo me dediqué a la crianza de Camila. Como a los dos años en el Banco, introdujeron una parte de bolsa de valores y Toño se fue a esa área. Ahí conoció a un empresario que le dijo: “¿No tienes un hermano gemelo? Necesito a alguien como tú en mi empresa”. Toño le dijo que hicieran números y que podían llegar a un acuerdo. Fue entonces cuando se cambió de trabajo. Ahora es el director financiero de la empresa y es donde está hasta la fecha. Viaja mucho y eso le gusta.

Toño era feliz y yo extrañaba trabajar. Pensaba: “Yo tengo que hacer algo”, o sea, sí quiero quedarme en la casa con mi niña, pero también quiero hacer algo más. En la Ciudad de México está cabrón. El tiempo se te va en traslados y embotellamientos. Empecé a investigar, quería hacer algún tipo de emprendimiento. Cami usaba pañales de tela, me daba cosa tirar tanto pañal de plástico. Así que me puse a fabricar pañales de tela. Pero al poco tiempo me embaracé de Léa y paré la producción de pañales. Cuando nació Léa, me dio depresión postparto. Y ¡¡¡sal de ahí!!! Me costó mucho trabajo. Mi tía Laura, una de las hermanas de mi papá, la que es psicóloga, vino a cuidarme. Fui saliendo poco a poco, con apoyo de Toño, de mi familia.

cuentra en un proceso de *gentrificación*. La *gentrificación* es un fenómeno urbano de transformación caracterizado por el desplazamiento de residentes de bajos ingresos y la llegada de nuevos habitantes con mayor capacidad adquisitiva. En la colonia Cuahutemoc, durante el período histórico conocido como el “Porfiriato” (circa 1880-1910), habitaban sectores de población de altos ingresos, pero en 1920 la zona comenzó de devaluarse y las clases altas se mudaron a nuevas colonias como: las Lomas, Polanco y la Condesa. Después del temblor de 1985, la zona fue habitada por clases medias y bajas. Este proceso se ha estado revirtiendo en las últimas décadas, debido a la revalorización del suelo por los desarrollos inmobiliarios construidos recientemente en la zona (Salinas Arreortua y Romero Sabre, 2019).

Cuando volví a ser yo, empecé a trabajar en varias ideas, no retomé los pañales, sino que trabajé en una app que funcionó por un tiempo, pero llegó la pandemia. Desde 2020 estoy con un proyecto educativo, enfocada en la educación de comunidades marginadas. Pienso mucho en los niños de la Costa Chica, a mí no se me olvida de dónde vengo. Mi abuelito Isaac sólo hizo la primaria, mi abuelito Miguel llegó solo al tercero de primaria y, mi abuelita Julia no estudió, ni tampoco su hermano, el tío Zanate. Ya te podrás imaginar el color de mi tío.

Julia Villanueva Vázquez



CAPÍTULO V

EL RACISMO MEXICANO: ENTRE LO FAMILIAR Y LO SOCIAL

Durante mucho tiempo se negó en nuestro país la existencia del racismo, argumentando que en México lo que existía era un fuerte *clasismo* y que las enormes desigualdades se debían a las disparidades económicas. Esto llevó a que por décadas –siglos, incluso– la única forma de discriminación reconocida de manera abierta era aquella generada a partir de la clase social. No cabe duda que el clasismo se hace presente en las interacciones sociales cotidianas del país; pero, como he argumentado en otros trabajos, en México el clasismo ha operado en muchas ocasiones tomándole la mano al racismo (Iturriaga: 2016, 2019, 2020; Gall e Iturriaga, Morales y Rodríguez: 2022).

El color de piel denominado “claro” ha sido un elemento de distinción fundamental para la clase alta mexicana, un *capital simbólico* muypreciado. La tez clara no solo es valorada, también es cuidada y procurada. Los espacios de socialización donde esta clase se mueve y reproduce, así como las estrategias matrimoniales que siguen las familias constituyen un buen ejemplo de ello. Las historias de Inés, Teresa, José Arturo y Julia que aquí presento dan cuenta del *habitus* de la clase alta mexicana, de los mecanismos que este sector utiliza para delimitar sus espacios y conservar la blancura, al tiempo que nos permiten reconocer algunas de las estrategias que ponen en práctica para mantener su hegemonía.

Como señalé en la Introducción, las *historias de vida* deben analizarse como el resultado de las múltiples redes de relaciones que tenemos los seres humanos y que día a día se ponen en juego en los espacios en los que nos movemos. Es por ello que iniciaré estas *reflexiones* situando en el tiempo y en espacio, las trayectorias familiares que se narran en este libro. A continuación, buscaré dar cuenta de cómo los linajes¹ ocupan posiciones distintas dentro de las narrativas familiares, es decir, cómo hay linajes protagónicos y

¹ Por linaje entiendo la línea de antepasados y descendientes que tiene un individuo.

otros de los que casi no se habla –aquellos sobre los que se guarda silencio es muy probable que pasado el tiempo terminen ausentándose de la narrativa familiar. También me interesa recuperar cómo explican su color de piel los protagonistas de las historias, así como recuperar de sus relatos los capitales que ponen en juego para formar parte del grupo sin tener “la apariencia esperada”. Posteriormente, reflexiono sobre el estilo de vida y el *habitus* que Inés, Teresa, José Arturo y Julia comparten como miembros de la clase alta mexicana y el papel que tiene el capital simbólico en sus vidas. Por último, me enfoco en analizar cómo son interpelados los protagonistas de las historias por las personas que se mueven en sus mismos círculos sociales.

Me interesa hacer evidente cómo su presencia necesita ser explicada: ¿y tú qué haces aquí?

I

Las historias de vida reconstruidas aquí constituyen una rendija por la cual se puede observar el transcurrir histórico de este país. Los cuatro relatos dan cuenta de más de 150 años de la historia de México. Tres historias, las de Inés, Teresa y José Arturo, comienzan en el siglo XIX. En ellas se asoma la independencia de Texas, la estancia de Maximiliano de Habsburgo en México y la influencia del pensamiento juarista en la memoria familiar. Las historias familiares e individuales se van entretejiendo sutilmente con la historia nacional. Entrado el siglo XX, las familias de los protagonistas se cruzaron –de modo e intensidad distinta– con la Revolución mexicana, la guerra cristera, el movimiento estridentista, las políticas modernizadoras de Miguel Alemán, la puesta en marcha del “desarrollo estabilizador”, la crisis económica de 1994, la salida del PRI del gobierno de la Ciudad de México y la llegada de Cuauhtémoc Cárdenas al gobierno capitalino. Ya en el siglo XXI, aparecen tenuemente en los relatos los ahora habituales temas de la inseguridad social, la profunda desigualdad económica y social y la pandemia de Covid-19.

Las trayectorias de las familias de los protagonistas trascurren en diferentes partes el país y del mundo, pero convergen en espacios simbólicos como

las escuelas, los lugares de residencia y los clubes de golf. La familia paterna de Inés nació en Coahuila, su bisabuelo estudió minería en Amberes. Al iniciar la Revolución mexicana, una parte de la familia emigró a la Ciudad de México siguiendo el proyecto político de Francisco I. Madero. Sus parientes norteros han conformado, desde el siglo XIX, una de las élites empresariales más sobresalientes del país. Su familia materna migró de la ciudad de Oaxaca. De su abuelo materno sabe poco, tenía unos molinos de trigo en Teposcolula, en la mixteca alta oaxaqueña. La abuela materna era también de Oaxaca, sabe que su bisabuela materna era indígena y que su bisabuelo había llegado de Santander. La mamá de Inés nació en Oaxaca y su papá en la Ciudad de México. Ella nació, creció y vive actualmente en las Lomas de Chapultepec, en la Ciudad de México. Cuando se casó vivió unos años en Boston y después vivió en San Luis Potosí. Desde niña hasta la fecha, su vida ha estado ligada a Valle de Bravo, en el Estado de México y, ahora, una de sus hijas vive en Madrid.

El abuelo paterno de Teresa nació en Puebla, no sabe mucho de él, pues murió cuando su padre era pequeño y su familia no se hizo presente. Su abuela paterna pertenecía a una familia de “abolengo” de la ciudad de Puebla. Su origen se puede rastrear incluso hasta el siglo XVII. Del lado materno quedan patentes dos tipos de migración a la ciudad de Puebla: una interna y otra extranjera. La mamá de su abuelo materno, “mamá Pon”, era una mujer indígena de un pueblo de Tlaxcala y el papá de su abuelo materno, “papá Chón”, un hombre mestizo de la mixteca oaxaqueña. “Chato”, el papá de su abuela materna migró de Santander a principios de siglo XX y puso una papelería, y la mamá de su abuela materna era hija de migrantes españoles que se habían asentado en Chacaltianguis, Veracruz, en la cuenca del Papaloapan. Su bisabuela María Teresa y su hermana Rafaela tuvieron que migrar a la Ciudad de México, pues al parecer Rafaela tuvo una hija fuera del matrimonio. Cuando sus bisabuelos maternos se casaron, se fueron a vivir a Puebla. Sus cuatro abuelos, al igual que sus padres y ella, nacieron en la ciudad de Puebla. Teresa estudió un posgrado en Barcelona y regresó a vivir a México.

José Arturo solo sabe que su abuelo paterno era del estado de México y que conoció a su abuela en la capital del país. La abuela paterna migró de los Altos de Jalisco a la Ciudad de México por la guerra cristera. Su bisabuelo

había sido capataz de una hacienda en Zacatecas. De la familia materna sabe que su mamá y su abuela nacieron en la Ciudad de México y que vivían en el pueblo de Tlatelolco. El abuelo materno nació en Salamanca Guanajuato, pero migró muy pequeño, junto con su madre, pues era un hijo nacido “fuera del matrimonio”. José Arturo, sus hermanos y padres nacieron en la Ciudad de México y vivieron en Bosques de Aragón, Estado de México hasta el año 2000. Al iniciar el siglo XIX, se mudaron a Jardines de la Montaña en el sur de la Ciudad de México. Cuando estudiaba arquitectura, José Arturo vivió un verano en Monterrey y ahora vive entre San Luis Potosí y la Ciudad de México.

En el caso de Julia toda su familia es del estado de Guerrero. Su papá y sus abuelos paternos nacieron en San Marcos. Su mamá y su abuela materna también son sanmarqueñas. El único que no es de la Costa Chica es su abuelo materno Isaac, quien proviene de la tierra caliente, de un pueblo cerca de Iguala. El papá de Julia vivió en la Ciudad de México mientras estudiaba su licenciatura en la UNAM. Su mamá, vivió de niña en un internado de monjas en Chilpancingo, después estudió la preparatoria en Acapulco. Su padre (el abuelo de Isaac) insistió que ella aprendiera inglés y vivió en Bournemouth, en el Reino Unido, estudiando secretariado bilingüe. Cuando los papás de Julia se casaron, vivieron en Taxco y en Zihuatanejo. Julia y su hermana gemela nacieron en Acapulco, pero pasaron su infancia en Zihuatanejo. Mientras estudiaban la preparatoria vivieron en Acapulco y en Puebla cuando cursaban la licenciatura. Julia vivió en Bournemouth (como su madre), después en Londres y también pasó algunos años en París. Al día de hoy radica en las Lomas de Chapultepec en la Ciudad de México.

II

Este recuento expedito sobre los espacios geográficos a los que se alude en los relatos nos habla, por un lado, de la movilidad espacial al interior de las familias y las muchas razones por las cuales las personas migran: proyectos

políticos, mejores condiciones de vida, “deshonra familiar” por hijos fuera del matrimonio, estudio y trabajo, los enamoramientos, entre muchas otras. Del mismo modo, a través de las trayectorias familiares podemos observar conformaciones diversas, por ejemplo, que exista una parte de la historia familiar que se conoce y otras que se silencian, de las que no se habla y que con los años llegan a perderse hasta perderse en el olvido. En las historias de Inés y Teresa, aunque cuentan con bisabuelos que llegaron de España, estos no forman parte de la historia preponderante. Estos parientes hicieron parte de una migración que se dio a finales del siglo XIX y principios del XX, motivada por la pobreza en el campo español y por las políticas de apertura implementadas por el gobierno mexicano para recibir migración latino-europea,² especialmente española, que abonara al proyecto mestizante. Esta migración hispana de origen aldeano, rural o pesquero logró un importante ascenso social, al insertarse en los sectores secundarios y terciarios de la economía en contextos urbanos (Lida, 1994: 41).

El linaje que se destaca tanto en la historia familiar de Inés como de Teresa no es el de sus antepasados indígenas, ni tampoco los españoles de reciente llegada. El linaje que se destaca y recupera es el antepasado español que ha formado parte de una élite regional o nacional desde el período colonial, un linaje que se puede rastrear a través de los siglos: los Díaz de León (de parte de Teresa) y los González (en el caso de Inés). Teresa hace explícito el ocultamiento que su familia hace del origen indígena: “en Puebla, las familias conocidas, las familias ‘de sociedad’ (como la de mi mamá) nunca hablan de su componente indígena, es algo que buscan borrar. No se platican esos temas, no se cuentan esas historias; yo obligué a mi abuelo a recordar. Él no me quería contar de su vida, de su infancia, de sus abuelos”.

Teresa reconoce que a diferencia de lo que sucede con su familia materna, en la memoria de su abuela Loly Díaz de León, las historias de su familia eran un tema recurrente. De ellos hay una enorme cantidad de fotografías, de escritos y recetarios: “Díaz de León es un apellido que se puede rastrear, en cambio la riqueza de mis abuelos maternos es más reciente. Los Alarcón no tienen un abolengo que se pueda rastrear”. Tanto Inés como Teresa son invitadas a las reuniones familiares de los González y los Díaz de León, res-

² La migración latino-europea hace referencia a personas francesas, italianas, portuguesas y españolas.

pectivamente. Inés comenta: “Del lado paterno tengo un mundo de primos y se organizan unas súper comidas familiares”. Y Teresa señala: “Cada año tratamos de hacer reuniones familiares donde nos juntemos los más posibles. Normalmente somos como 70-90 parientes. A estas fiestas les llamamos las “diazleonadas”.

Los casos de José Arturo y Julia son distintos, ellos no tienen un linaje “de abolengo” que la familia pueda destacar. Las historias “desconocidas” son de parientes ausentes. Sus historias de vida hablan de un ascenso económico y social reciente, del cual ambos están orgullosos. José Arturo conoce muy bien la historia de su abuela paterna y las peripecias que tuvo que hacer con ocho hijos y un marido ausente. También conoce con precisión el trabajo de sus abuelos maternos y las ventajas que tuvieron por vivir en la Ciudad de México, cuando se estaban consolidando las instituciones del Estado mexicano durante la primera mitad del siglo xx: “Mis abuelos eran priistas, ellos veían al PRI de otra manera. Tenían seguridad social, educación, acceso a una buena vivienda, préstamos accesibles. En esa época era fácil hacer base en una institución del Estado y con ello venían todas las prestaciones.” José Arturo reconoce también la visión de su padre para hacer crecer su negocio y cambiar de posición social. Sabe que él mismo, a través de su empeño en hacerse de nuevos capitales culturales, ha jugado un papel importante en el cambio de posición familiar.

Por su parte, Julia es muy consciente de la apuesta por la educación que hicieron sus padres (en particular su madre), para que ella y sus hermanas se educaran en “buenas” escuelas privadas. Sabe que su abuelo materno cambió el rumbo de su familia al enviar a su mamá a estudiar fuera del rancho de Cruz Grande, en un tiempo y en una región donde las mujeres no iban a la escuela. Ella tiene presente su origen costeño: “A mí no se me olvida de dónde vengo. Mi abuelito Isaac solo hizo la primaria, mi abuelito Miguel llegó solo al tercero de primaria y mi abuelita Julia no estudió, ni tampoco su hermano, el tío Zanate”.

III

Cuando invité a Inés, Teresa, José Arturo y Julia a participar en este proyecto, les dije que quería que el eje de la narración fuera el color de piel. Algunos hicieron explícito el origen moreno de su piel, otros solo lo dejaron entrever. Inés dejó claro en su relato que su color proviene de su abuela materna: “Mi piel morena, mi parte indígena, viene de mi mamá”. Teresa sabía que la tez morena de su madre era herencia de su abuelo materno: “Mi abuelo Toño era muy moreno”, y la enorme cantidad de pelo en su cuerpo era herencia del “Chato”, su bisabuelo materno.

José Arturo no hizo explícita la procedencia a su color de piel, pero al hablar de su bisabuela Julieta comentó lo siguiente: “Mi bisabuela, cuando se acordaba del papá de mi abuelo Benjamín decía: ‘Negro cambujo, ojalá se esté quemando en los infiernos’ y lo decía porque el papá de mi abuelo tenía la piel morena y ella era blanca y chapeada”. Julia no explica de dónde viene su color de piel, parece darlo por sentado: ella es de la Costa Chica y asume abiertamente su identidad regional. Ella es “costeña”, pero no costeñita. En varias partes de su relato dice: “También era negro como yo, bueno más oscuro que yo”. O anota: “Nuestro físico (haciendo referencia también a su hermana gemela) era muy distinto, yo soy morena y con el cabello ondulado y ellas eran todas rubias”.

No resulta casual que a lo largo de las cuatro historias que aquí se han contado resuenen los ecos de estereotipos y prejuicios bien difundidos en nuestro país, respecto de las herencias africanas en la población mexicana. Estos podrían resumirse de la siguiente manera: a) que en México “no existen” personas negras o afrodescendientes y, b) si acaso las hay, además de constituir una “rareza” se encuentran localizadas “exclusivamente” en las costas de Veracruz (Golfo de México) y en la Costa Chica de Oaxaca y Guerrero (Océano Pacífico). Que a dos de las protagonistas de estas historias –a partir de su apariencia física y color de piel– se les haya puesto como sobrenombres “la jarocha” y “la costeñita”, trasluce un imaginario social produci-

do por el discurso identitario nacional decimonónico y postrevolucionario, donde “lo moreno” y “lo negro” mexicanos, o se les asocia sin más a lo extranjero o, bien, se les ubica en espacios de frontera, en el límite de la patria.³

La diferencia de color de piel al interior de las familias también fue un tema recurrente. Inés explicó: “Mis hermanos son de varios colores, Cata es medio pelirroja, Alonso era güero de chico, ahora es castaño, Félix es moreno, pero no tanto como yo”. En la familia de su esposo Juan también hay algunas diferencias entre los ocho hermanos: “[...] todos hombres, altos, blancos y muy guapos. Solo Ricardo, el cuarto, es un poco moreno y de pelo castaño. A él lo hicieron a un lado. Es el huevo que no va en la canasta”.

La mamá de Teresa y su tío José Antonio heredaron de su papá el color “moreno”: “Cuando nació mi mamá, mi tía Josefina le dijo a mi abuela: ¡Ay, acabas de tener a la niña más bonita del mundo! y mi abuela le respondió ¡Pero es morena!”. En la familia de José Arturo también había una parte con varios colores de piel: “Mi abuela, dos de sus hermanas y tres hermanos tenían la piel y los ojos claros, los otros eran morenos, con pelo y ojos oscuros. En las fotos se ve que el pelo se les acomodaba muy bien, no lo tenían parado, tenía bonita caída. El bisabuelo no era tan blanco como mi bisabuela Carmen, pero sí era medio güero”.

Julia comentó que su hermana menor tenía un color más oscuro que el suyo, que Adriana era más parecida a su mamá. “En la Ciudad de México siempre me preguntaban que de dónde era, porque no parecía mexicana. Yo les decía: “Ah ¿no? Pues soy de Zihuatanejo”. A mi hermana Adriana le pasa con mucho mayor frecuencia, ella tiene el cabello mucho más rizado, lo tiene como mi mamá, muy muy rizado, y también es mucho más morena que nosotras”. Este comentario (la constante imputación de extranjería) es algo que le sucede con frecuencia a las personas cuyos rasgos son asociados en el imaginario colectivos como “caribeños” o “afrodescendientes”. Como señala Gabriela Iturralde (2017) en México se ha construido una imagen estereotipada que relaciona a las personas negras con un origen extranjero. Iturralde explica que durante la época del cine de oro, la popularización de las rumberas caribeñas y la música cubana contribuyó a fortalecer estos estereotipos y, con ellos, la idea de que lo afro es foráneo (Iturralde, 2017).

³ Agradezco a Álvaro Alcántara haber compartido y reflexionado esta idea conmigo.

IV

Hasta aquí hemos visto que los orígenes y las trayectorias familiares de Inés, Teresa, José Arturo y Julia son muy diferentes. Ahora me quiero enfocar en las similitudes: todos ellos cuentan con una buena cantidad de capital económico y han compartido *habitus de clase*, al menos en los últimos años. La teoría sociológica de Bourdieu da cuenta que el capital económico se encuentra ligado a otros tipos de *capital* que interactúan entre sí y que se refuerzan mutuamente, creando y manteniendo tanto posiciones de privilegio como desigualdades sociales. Por ejemplo, cuando se tiene mayor capital económico se puede invertir en una educación “de calidad”, acudir a escuelas bilingües y realizar estudios en el extranjero. Esto hace que se aumente la posesión de otros capitales, como el lingüístico, el social y el simbólico. En las historias de vida podemos ver que los protagonistas tienen estilos de vida parecidos: lugares de residencia, asistencia a escuelas de prestigio, dominio de lenguas extranjeras, ciertas prácticas deportivas, espacios de recreación y laborales.

Inés estudió en escuelas bilingües, conoció a su esposo por redes de amigos de la Universidad Iberoamericana. Desde niña, al igual que sus hijas, pasó los fines de semana en una segunda residencia. Participaba de la vida social del Club de Golf y el club de vela a las orillas del lago de Valle de Bravo. Su padre asistía con regularidad al Club de Golf para desayunar con sus amigos. Inés montó a caballo y disfrutaba de realizar cabalgatas con su familia por los bosques de Valle de Bravo. Trabajó en dos Fundaciones. Sus hijas se casaron con hombres que tienen el mismo *habitus* que ella y sus hijas.

Teresa recibió una “muy buena” educación en el país y luego estudió un posgrado en Barcelona. Su abuelo Toño invirtió el capital económico que fue haciendo a lo largo de su vida en otros *capitales*. “Mi abuelo Toño, le construyó a mi abuela una súper casa en la 25 Oriente, que en aquellos años era la principal avenida de Puebla. Ya no estaba en el centro, sino en las afueras. La casa es icónica, era una casa muy bonita y grande”. Fue

miembro fundador del Club de Golf de Puebla donde jugaba todos los fines de semana y donde sus hijos socializaban. No parece casual que los padres de Teresa se conocieran en un evento de caridad que organizaba su abuela Meche en el Seminario Palafoxiano. La religión católica, su catolicismo, es otro elemento presente en el *habitus* de las clases altas mexicanas. Desde la profesión de la fe católica, la caridad –asociada a la piedad cristiana– es una práctica muy bien vista. Inés cuenta que entre las señoras que estudiaron en el *Merici* era habitual darle posada a la virgen peregrina: “Niñas, niñas, tengo a la virgen peregrina en mi casa, ¿quién quiere venir a verla?”. Y todas “¡Ay, Montse, qué afortunada!”.

El padre de Teresa, el güero, aunque no tenía dinero tenía acceso a todos esos espacios, pues su pertenencia a la familia Díaz de León le abría las puertas. Aunque los capitales económicos de sus padres eran muy distintos, ambos se movían en los mismos ambientes y espacios de sociabilidad. “Mi mamá era una niña que vivía con todas las comodidades en una casa muy grande, iba a misa y todos los fines de semana la pasaba en el Club Campes- tre. Mi papá a pesar de no tener dinero estaba mucho más colocado que ella”.

José Arturo estudió la preparatoria y la carrera de Arquitectura en el Tecnológico de Monterrey. Montaba y participaba en competencias nacionales junto con su yegua “María Sabina”. Asistía con regularidad a los antros de moda en la Ciudad de México, Acapulco y Cuernavaca. Trabajó en una Fundación y hoy su familia es dueña de una hacienda. Realiza viajes internacionales con frecuencia y acostumbra comer con su pareja y amigos en restaurantes de moda.

Julia estudió en la Universidad de Las Américas (UDLA) en Puebla, más tarde en la *London School of Economics* en Londres y poco después de *La Sorbona* en París, cuando dejó el mundo diplomático para darle un giro a su vida laboral. También estudió en una reconocida escuela para Chefs, trabajó en un restaurante del afamado actor Gérard Depardieu y en un restaurante con estrella Michelin de París. Se casó con Antoine Dubois (en su relato Julia lo llama cariñosamente “Toño”), un joven parisino del sexto distrito

de París, a quien conoció en los pasillos de la UDLA. Julia, desde que era una joven adolescente se movió en el mundo de las clases altas mexicanas. Sus estudios en el extranjero la llevaron a conocer un ambiente muy particular: el servicio diplomático mexicano. Como nos recuerda en su relato, el mundo de la diplomacia constituye un espacio restringido, de allí que su presencia fuera cuestionada escuchando en repetidas ocasiones: “La típica pregunta en las reuniones de la Embajada era: ¿hija de quién eres?”.

Julia, al igual que Inés y José Arturo, también trabajó en una Fundación. Julia cuenta que gracias a su mamá desarrolló un buen ojo para distinguir a aquellas personas que no les “rimaba el sonido con el video”. “Yo desarrollé un buen ojo y como mi mamá estudió toda su vida con las monjas, me conozco perfecto los modos de las niñas que estudiaron con monjas. Caminan, se mueven diferente, se paran, se sientan y cargan la bolsa de un modo muy particular. Las monjas te lo van enseñando. Mi mamá siempre nos decía: “Primero, un sorbo al café, se suelta la taza y luego otro sorbo””.

Como nos muestran las historias de vida, las escuelas constituyen –lo sabemos bien– un espacio de socialización fundamental donde no solo se aprenden cosas, sino también se tejen relaciones sociales que llevan a uniones matrimoniales, puestos de trabajo o hacer negocios. Los clubes sociales tienen la misma función, sirven para acumular un capital social que potencialmente servirá para reforzar y movilizar alianzas económicas o matrimoniales. La clase alta está muy atenta a los espacios donde socializa. Tener “amigos de toda la vida” abona a la construcción de redes de solidaridad y beneficio mutuo e incrementa el capital social. La preocupación por mantener los linajes de “abolengo” hace que se fomenten espacios de acceso restringido, donde los jóvenes en edad casadera pueden conocer a sus iguales y, con ello, aumentar las posibilidades de encontrar pareja dentro del mismo círculo social.

La historia de José Arturo da muy bien cuenta del *habitus* de la clase alta mexicana, a través de las estrategias puestas en marcha por él para consolidar su pertenencia a ese grupo. En el Tec de Monterrey, José Arturo conoció un mundo que le era ajeno y al cual quería pertenecer. Rápidamente entendió

–sin conocer la teoría de Bourdieu– que existen *capitales* que no poseía, que no entendía los códigos de comportamiento y que tenía que aprenderlos para poder moverse en ese medio.

Muchas veces escuché que se burlaban de ellos [compañeros de la preparatoria] porque decían que sus papás eran bodegueros de la central de abastos. Yo no quería pertenecer a ese grupo. Siempre he sido muy observador y para mí era muy fácil reconocer de dónde venían mis compañeros. Las niñas, era lo más fácil. Conocí a muchas que no tenían tanto dinero, pero habían ido a buenas escuelas y sabían cómo comportarse. El trato es súper importante.

José Arturo reconoció rápidamente que el lugar de residencia constituye un *capital simbólico* importante y convenció a sus papás de mudarse hacia el sur de la Ciudad de México. La casa no era lo único valioso, pues sabía que su interior era esencial. De su casa de Bosques de Aragón solo se llevaron la ropa. Los muebles fueron hechos a la medida por un gran ebanista que le trabajaba a “pura gente de las Lomas”. A José Arturo le gustaba ir a ver muebles a Polanco y a Santa Fe y compraba todas las revistas de interiores que encontraba: “[...] en esa época también me empecé a obsesionar con las antigüedades. Yo empecé a meter mi cuchara en la decoración de la casa. Mis papás confiaban en mi gusto y me dejaban opinar, sugerir y, muchas veces, hasta decidir. Yo empezaba a entender que eso era lo que se necesitaba para llevar esa casa a otro nivel”. De acuerdo con la historia que aquí se ha narrado, aprendió a distinguir unos buenos cubiertos y el arte de poner una mesa. “Una mesa bien puesta hace toda la diferencia”.

Aprendí a distinguir unos buenos cubiertos, unas buenas copas, unos buenos textiles, qué colgar en las paredes. Con mi amiga Ana Clau Gómez Ferruchi aprendí, entre muchas cosas, el arte de poner una mesa [...] Acompañar a Ana Clau en este proceso fue oro molido. Entendí muchas cosas que no te dicen en una clase de interiorismo. No solo aprendí de telas, cubiertos, arte, sino que me fui familiarizando con los códigos. Y claro, me compré mis cubiertos: *Guy Degreene*. Algún día me compraré unos *Christofle*. Un buen cubierto se siente en el peso.

V

Ahora quisiera detenerme en entender el papel del *capital simbólico* en la clase alta mexicana y su relación con el color de piel. Siguiendo el planteamiento de Bordieu, el *capital simbólico* hace referencia al prestigio y al reconocimiento que una persona tiene en determinada sociedad. Se basa en la posesión y dominio de símbolos y signos culturalmente valorados, es por ello que se asocia con el ejercicio de poder. Inés dispone de muchos capitales simbólicos; sin embargo, ella no los remarca. Durante nuestras sesiones de trabajo me daba cuenta que en su relato no quedaba clara su posición social. En varias ocasiones tuve que hacer preguntas específicas sobre algunas prácticas, pues –como bien lo explica José Arturo: “Es de mal gusto presumir, ellos no necesitaban decir si sus vacaciones fueron en algún lugar lejano del mundo...”. Dar cuenta en el relato de la posición económica y social de Inés me llevó varias sesiones, pues ella no la hacía explícita.

Los recursos simbólicos no tienen un valor en sí mismos, adquieren significado e importancia social a través de la percepción y atribución de valor por parte de la sociedad. Teresa sabe que “Díaz de León” no es solo un apellido. Tiene muy claro que ser parte de esa familia la coloca en una situación de privilegio en la “sociedad” poblana. El valor del apellido está enraizado en las estructuras sociales y culturales específicas de su contexto, su alta valoración está en la ciudad de Puebla y solo dentro de un determinado grupo. José Arturo sabe que tener una hacienda, “ser un hacendado” –como él dice– lo pone en *otro lugar*, pues ese título mantiene un peso muy fuerte en el imaginario social. Julia, por su parte, sabe que las escuelas donde estudió, los años que vivió en Europa y las redes que ha construido juegan a su favor en su proyecto de impulsar la educación en comunidades marginadas.

En los cuatro relatos podemos ver que el color de la piel “claro” constituye un *capital simbólico* fundamental. Un *capital simbólico* que no se puede comprar como una hacienda, ni se puede aprender o materializarse en un título universitario de La Sorbona. El color de piel es un capital simbólico que se hereda, por eso las estrategias que acompañan el establecimiento de

alianzas matrimoniales al interior de la clase alta mexicana son vitales. En la historia de Teresa encontramos un gesto que se repite muy frecuentemente en la sociedad mexicana: “el mejoramiento de la ‘raza’”.

Cuando mi mamá le dijo a mi abuela Meche que se iba a casar con mi papá, que se iba a casar con El Güero, con Ricardo Tovar Díaz de León, dio brincos de felicidad. Mi papá era un joven de buena familia, rubio y de ojos verdes. Yo creo que se imaginaba que iba a tener nietos güeros, pero no le salió. Mis hermanos y yo tenemos el pelo y los ojos negros.

Para terminar, quisiera hacer referencia a cómo Inés, la mamá de Teresa, José Arturo y Julia han sido interpelados por las personas del medio en el que se mueven por tener una piel morena. Inés es quien más habló sobre ello, esto quizá se deba a que –dada su historia familiar y el peso de su familia al interior de la élite política y empresarial mexicana–, su pertenencia al grupo resulte incuestionable. Ella se sabe poseedora de un volumen de capital económico, social, cultural y simbólico muy alto. Desde niña comprendió que para moverse en su mundo, debía *plantarse*, pues el color de su piel era despreciado, señalado y cuestionado. Siendo muy pequeña sus hermanos le decían: “Tú eres la recogida... ¿no te ves el color?”. Su abuelita Adelita le decía: “Es que mira, tú sí eres prieta, a mí tu abuelo me dice prieta, pero prieta, prieta, tú”. Cuando entró a la secundaria, una compañera le preguntó: “¿Y tú por qué entraste aquí?, ¿de qué escuela vienes?, ¿pero, estás becada?”. Ella se tenía que *plantar* y responder con soltura: “No me becaron y no sé cuánto gana mi papá”. Cuando el chofer que trabajaba en su casa pasaba por ella, muchas veces las niñas de la escuela le decían: “Ya llegó tu papá”. Ese fue un comentario que se repitió constantemente, hasta que tuvo su propio coche en segundo año de preparatoria.

Aprendes a darte cuenta de que hay muchas otras cosas que tienes que sacar a la luz para que no te hagan menos. Para empezar, la clase social, la educación, una opinión, buenas lecturas, un quehacer, algo que te haga interesante ante los ojos de los demás, para que eso sea lo que perdure y no el color de tu piel. Yo aprendí desde muy chica a plantarme. A mí sí me gusta mi color de piel. Me encanta mi color, no me molesta

en lo más mínimo. No me hace sentir mal, ni me hace sentir menos. Aprendí a plantarme porque constantemente hay alguien que, de una u otra forma, busca hacerte menos.

La mamá de Inés le rogaba que no se asoleara “¿Pero qué necesidad tienes de ponerte de ese color?” le decía cuando la veía tendida al sol. En la preparatoria le cantaban: “Inés, negra azabache...” y, en una ocasión circularon una caja de cartón con un letrero que decía: “Donativo para los zapatos de ‘la jarocha’”, pues ella siempre traía puestos unos huaraches. Era la década de 1970, ella quería ser hippie, por lo que se vestía con huipiles y huaraches. Un día un amigo le pregunto: “¿Por qué te pones esos huipiles?, ¿qué necesidad tienes?”, aunque no se lo dijo de esa manera, ella entendió que en realidad quería decirle era: “¿Qué necesidad tienes de exaltarte lo indígena?”. Inés se reía de las bromas. “Muchas veces, aunque no diera risa, te reías porque si te hacías el ofendido pues resultaba peor, la burla continuaba. Algunos dirían que esos eran micro racismos, pero yo los veo bien macros”.

Inés siempre llevó una buena relación con su suegro. No obstante, siempre fue para él la “nuera chocolate”; y sus hijas, las “nietas chocolate”. “Chocolate –así les decía– porque no les decía morenas”. Atendiendo a su relato, solo su hija Sofía es morena: “Regina y Valentina tienen el color del papá, pero con el pelo negro. Valentina incluso tiene los ojos verdes”. Para sus suegros eran “la familia chocolate”. El estigma de su color de piel llegó a tal punto que, un día, unas señoras quisieron blanquearla. Ese episodio lo recuerda hoy con carcajadas, pero en su momento le causó mucho enojo:

Yo tenía como treinta y tantos, tengo una piel maravillosa y siempre he sido muy delgada. Entonces, ni una arruga. Así que yo estaba calladita. Y como no hice ningún comentario, una de ellas se volteó y me dijo: “Tú deberías de ir con esta chica”, y yo sorprendida le dije: “¿A qué?”. “Tienen un tratamiento que te blanquea, que no sabes cómo va a quedar tu piel de blanca”. Primero me quedé sin palabras, pero reaccioné rápido. “¡Uy, si tú vieras todo lo que hago yo para mantener este color de piel!”, y rematé diciendo: “¡A mí me encanta!”. Procuré que no se me viera lo encabronada, me paré como a dejar mi vaso, fui directo por Juan y le dije: “Nos vamos”.

Inés cuenta que muchas personas al verla con su marido y sus hijas le han dicho: “Tú, sí mejoraste la raza”. Ella recuerda que cuando se casó, alguien le dijo: “Ay, pero qué grandote, qué blanco, qué guapo tu marido ¿cómo le hiciste para conseguirlo?”. Inés ha recibido esos mismos comentarios en innumerables lugares. En su relato hace evidente que las señoras del medio socioeconómico en el que se desenvuelve hacen explícito el color de piel moreno de las personas que pertenecen a su círculo. La piel morena necesita ser explicada: “El hijo de Claudia está saliendo con una niña muy mona, pero morenita”. Lo “moreno” no se deja pasar, el señalamiento siempre está presente. “Es como ponerte en antecedentes para que no te asustes cuando lo veas. En este medio, la blancura es algo que se cuida y procura”.

En el caso de Teresa, la incomodidad del color de piel *moreno* provino de la propia familia. Su madre creció en un entorno donde constantemente se resaltaba la “fealdad” de la piel morena y la “belleza” de la blancura. A su abuela Mercedes (la mamá de su mamá) no le gustaba la piel morena y siempre andaba viendo el color de las personas. La mamá de Teresa se desesperaba y le decía: “Si no te gusta lo moreno, ¿por qué te fuiste a casar con un hombre tan moreno como mi papá?”. La mamá de Teresa fue la tercera hija, “sus abuelos esperaban un varón y ella, además de niña, nació morena... [...] Ella siempre se sintió ninguneada”.

La abuela de Teresa, desde muy niña, le ponía a su mamá peróxido en las piernas, los brazos y hasta en la cara, para que los vellos no se notaran tanto. “Morena y peluda era demasiado para mi abuela” –nos dice Teresa. Está convencida que su mamá es una mujer muy guapa. La describe como una mujer de ojos grandes, mucha ceja y unas pestañas espectaculares:

Yo creo que mi mamá siempre tuvo los miedos de ser una persona morena que se movía en ambientes donde el color de la piel importa. Nunca se creyó guapa. Decía que era chaparra, morena y muy chichona. Y yo digo, pues como Salma Hayek ¿no? Pero, pues, cuando mi mamá era joven esa no era la moda, todas las guapas eran blanquitas, güeritas y planitas, entonces nunca se supo guapa y, claro, los prejuicios de su mamá no ayudaron.

En el caso de José Arturo, él pensaba que las discriminaciones de las que era objeto tenían que ver con su homosexualidad. Con los años entendió que sus vivencias también estaban atravesadas por el racismo y que tendría que lidiar con ambas violencias. Aprendió que su pase al antro lo daba la apariencia y que, para que él pudiera entrar a esos espacios, debía ir acompañado de amigos güeros y niñas bonitas. “La discriminación en los antros la viví hasta que un día llegué con unos amigos *random* de la carrera. Me revisaron con la mirada de pies a cabeza y dijeron: ‘No’. Yo me quedé sorprendido, y dije para mis adentros: <<¿Cómo? Si vengo bien vestido>>. Desde ese momento supe que entraba [al antro] por quien iba conmigo”.

El rechazo que él y su familia vivieron cuando llegaron a comer a una hacienda en Yucatán y la dueña les habló en inglés constituye un buen ejemplo de cómo se interpela a las personas morenas por estar donde supuestamente no les corresponde:

Mi hermana Carla y yo –con nuestro inglés básico de la secundaria– le contestamos que veníamos a comer, que nos habían recomendado mucho el lugar. No con muy buenos ojos nos dejó pasar al restaurante. Años después supe que la dueña no era extranjera, era mexicana casada con un español. Ella solo quería recibir pura gente bonita. En aquel viaje con mis padres yo no entendía nada de lo que estábamos viviendo, lo veía como un trato absolutamente normal. Ahora, me queda claro que lo que habíamos vivido era racismo.

Cuando llegó a San Luis quiso seguir montando y, por recomendación de una amiga, entró a una hípica. La dueña y sus hijas siempre fueron amables, pero distantes. Con el tiempo se enteraron que trabajaba en la fundación de los Barragán y que tenía una hacienda, entonces, el trato cambió a uno mucho más familiar: “Para la dinámica de San Luis, lo que me faltaba es que tuviera otro color de piel, fuera más alto y llevara ropa de marca”.

Su experiencia en el Bazar Gilberto, el evento donde se reúnen las fundaciones de la clase alta mexicana, fue para José Arturo muy aleccionador. “Cuando me di mis vueltas por el Bazar, noté que las señoras ni me volteaban a ver; por supuesto, no pensaban que yo pudiera comprar algo. Es un

evento hecho por ellas y para ellas. Para ver y ser visto. Ahí entendí que ese es un mundo al que nunca, nunca iba a pertenecer”. Hoy en día, José Arturo está consciente que cuando sale con su actual pareja, la gente asume que, por su color de piel morena, él es quien no tiene dinero (o bastante menos que su compañero) y que será su pareja –extranjera y de tez blanca– quien pague las cuentas en los restaurantes.

Cuando Julia llegó a Acapulco a estudiar la preparatoria, fue la primera vez que sintió que no encajaba en un lugar. Con el tiempo se percató que no contaba con las herramientas para enfrentarse al grupo al que había entrado. En ese momento, solo sentía que no encajaba. La primera amiga que hizo en La Salle fue una compañera que tenía una mamá que había nacido en la Costa Chica. Julia recuerda: “Yo creo que se compadeció de nosotras y nos empezó a hablar. Los primeros meses nadie más nos dirigía la palabra”. Ella presenció discriminaciones muy fuertes a compañeros con un color de piel oscuro, pero no pudo decir nada. “Yo me quedé callada, sabía que estaba mal. No pude decir nada, a la fecha me duele mucho mi silencio. Tenía 15 años, pero me hubiera gustado ser más fuerte”.

Desde que entró a la escuela, Julia se dio cuenta que ella y su hermana eran diferentes y solo las invitaban a realizar trabajos en equipo pues eran muy buenas estudiantes: “Nuestro físico era muy distinto y ellas eran todas rubias. Recuerdo que, a Sandra Díaz, una de mis compañeras, le pintaban el pelo desde niña. Seguro que era medio güera, pero le ponían un rubio que no era ni de una noruega”. Reconoce que con ella siempre fueron amables, pero jamás la invitaron a fiestas.

Estando en la Ciudad de México coincidió, en dos espacios distintos –ambos en Lomas de Chapultepec–, con una compañera con la que había estudiado en Acapulco. En las dos ocasiones, esta la ignoró e hizo como que no la conocía. Todo parece indicar que, a los ojos de su ex compañera de preparatoria, Julia se encontraba en un lugar al que no pertenecía y no quería ser identificada con alguien que no cumplía con la apariencia física que se espera de quienes asisten a los espacios de la “alta sociedad”.

Su paso por el servicio diplomático fue otro lugar donde su presencia fue cuestionada. Cuando entró a la OCDE, recuerda que le dijeron: “¡Julia, qué churro que entraste! ¡qué suerte tuviste!

Ser el mejor promedio de mi generación en la UDLA, haber estudiado en la *London School of Economics* y en la Sorbona no tenía peso. Ahí comprendí que vivía en un sistema muy perverso. Te dicen estudia, prepárate, sé la mejor. Lo haces y de todas formas no es suficiente. Lo que hagas no alcanza porque no tienes los apellidos, porque no provienes de una familia reconocida en ese medio. [...] Mi mamá es Conchita Vázquez García; y mi papa, Ernesto Villanueva Hernández, y los dos nacieron en San Marcos, en la Costa Chica de Guerrero. Eso no les importaba, yo era nadie. No tenía apellidos largos, mis papás no eran intelectuales.

VI

Las historias de Inés, Teresa, José Arturo y Julia permiten aproximarnos al mundo de los valores y las subjetividades de las personas de la clase alta mexicana y, desde ahí, dar cuenta del racismo que atraviesa vertical, horizontal y transversalmente a la sociedad. En México, el color de piel pesa y pesa mucho. Las clases altas atesoran la tez clara, la procuran y la cuidan.

Por mi parte espero que este libro provoque entre sus lectores una reflexión sobre el enorme peso que tienen el color de piel y el aspecto físico en las relaciones sociales del México contemporáneo, tanto a nivel vertical como horizontal. *¿Y tú qué haces aquí?* es una pregunta que interpela, que demanda una explicación de parte de quienes piensan que “alguien” ha traspasado el lugar asignado por un sistema racializado. Es una pregunta que exhibe –a quien la formula– en su pretendida superioridad.

¿Y tú qué haces aquí? es una forma de enunciar el racismo presente y cotidiano del que nos tenemos que hacer cargo.

REFERENCIAS

- Adler Lomnitz, Larissa y Marisol Pérez Lizaur (1993). *Una familia de la élite mexicana, 1820-1980: parentesco, clase y cultura*. México: Alianza Editorial Mexicana.
- Aguirre Beltrán, Gonzalo y Ricardo Pozas Arciniega (1954). *La política indigenista en México. Tomo ii*. México: Instituto Nacional Indigenista.
- Aguirre Beltrán, Gonzalo (1958). *Cuijla, esbozo etnográfico de un pueblo negro*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Aguirre Beltrán, Gonzalo (1967). *Regiones de refugio*. México: Instituto Nacional Indigenista.
- Aguirre Beltrán, Gonzalo, Alfonso Villa Rojas, Agustín Romano Delgado y otros (1976). *El indigenismo en acción*. México: Instituto Nacional Indigenista.
- Alanís-Rufino, Celia Mercedes (2021). “Historia de la lactancia en México. Revisión del siglo XVI a principios del XX” en: *Revista Mexicana de Pediatría*, vol. 88, núm. 6, pp. 249-253.
- Ávila, Diego (2022). “Historias de hoteles: las Brisas, Acapulco” en: *Travesías*. Disponible en: <https://www.travesiasdigital.com/destinos/mexico/sur/guerrero/acapulco/hotel-las-brisas-acapulco-historia/>.
- Banda, Humberto y Susana Chacón (2005). “La crisis financiera mexicana de 1994: una visión política-económica” en: *Foro Internacional*, vol. XLV, núm. 3, pp. 445-465.
- Barriuso, Laura, Mario de Miguel, M. Sánchez (2007). “Lactancia materna: factor de salud. Recuerdo histórico” en: *Anales del Sistema Sanitario de Navarra*, vol. 30, núm. 3, pp. 383-391.

- Basauri, Carlos (1940). *La población indígena de México. Etnografía*. Tomo I, II y III. México: Instituto Nacional Indigenista.
- Bernal Tavares, Luis (1998). “El proyecto alemán – lombardo la modernización equivoca de la posguerra” en: *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, núm. 18, pp. 171-198.
- Bernárdez de la Granja, María del Carmen (2012). “El Canal de la Viga. Movilidad y actividades urbanas” en: *Anuario de espacios urbanos, historia, cultura y diseño 2007*, núm. 19, pp. 148-158.
- Bertaux, Daniel (1993). “Los relatos de vida en el análisis social” en: Jorge Aceves (Comp.) *Historia Oral*, México, Universidad Autónoma Metropolitana/Instituto Mora, pp. 135-148.
- Bourdieu, Pierre (1990 [1984]). *Sociología y cultura*. México: Grijalbo.
- Bourdieu, Pierre (1991[1980]). *El sentido práctico*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, Pierre (2003 [1979]). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. México: Taurus.
- Campos, Luis Eugenio (1999). “Negros y morenos. La población afroamericana de la Costa Chica de Oaxaca” en Alicia M. Barabas y Miguel A. Bartolomé (coordinadores) *Configuraciones étnicas en Oaxaca. Perspectivas etnográficas para las autonomías*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia / Instituto Nacional Indigenista, pp. 145-182.
- Carmona Dávila, Doralicia (2023). “Francisco Ignacio Madero González” en: *Memoria política de México*. Consultado el 28 de junio de 2023 en: <https://www.memoriapoliticademexico.org/Biografias/MFI73.html>.
- Caso, Alfonso, Silvio Zavala, José Miranda y Moisés González Navarro (1954). *La política indigenista en México. Tomo I*. México: Instituto Nacional Indigenista.
- Cerón Anaya, Hugo (2010). “Golf, habitus y elites: La historia del golf en México (1900-1980)” en: *Esporte e sociedade*, núm. 15, pp. 1-27.
- Cerón-Anaya, Hugo (2019). *Privilege at Play. Class, Race, Gender, and Golf in Mexico*. Nueva York: Oxford University Press.
- Cerutti, Mario (2006). *Burguesía y capitalismo en Monterrey 19850-1910*. México: Fondo editorial de Nuevo León.

- Contreras Padilla, Alejandra (2010). “Los cambios urbanos del siglo xx y el trazo de la colonia Roma” en: *Investigación y diseño 06: Anuario del Posgrado de la División de Ciencias y Artes para el Diseño de la UAM-X*. Ciudad de México: UAM-X, Ciencias y Arte Diseño, pp. 66-76.
- Contreras Padilla, Alejandra (2013). “La ciudad jardín. Huellas decimonónicas en el urbanismo moderno” en: *Investigación y diseño 08: Anuario del Posgrado de la División de Ciencias y Artes para el Diseño de la UAM-X*. Ciudad de México: UAM-X, Ciencias y Arte Diseño, pp. 15-34.
- Chica, Ricardo (2015). *Cuando las negras de Chambacú se querían parecer a María Félix: Cine, cultura popular y educación en Cartagena 1936 – 1957*. Cartagena: Universidad de Cartagena.
- De la Fuente, Julio (1964). *Educación, antropología y desarrollo de la comunidad*. México: Instituto Nacional Indigenista.
- Delgadillo, Victor (2018). “Ciudad de México: la construcción de la ciudad compacta y la ciudad excluyente. Evidencias desde la colonia Juárez” en: *Limaq*, vol. 4, pp. 11-35.
- Delgado Becerril, Guillermo (1 de abril de 2016). “Remigio. El espíritu del textil tradicional oaxaqueño” en: *Estilo Mexicano*. Recuperado el 27 de mayo de 2023 en: <https://www.estilomexicano.com.mx/blogs/artesania/118525701-remigio-el-espiritu-del-textil-tradicional-oaxaqueño>.
- Deverdun Reyna, Marie Eugenie, Maribel Osorio García y Alfonso Iracheta Cenecorta (2016). “El turismo residencial en Valle de Bravo, México. Una interpretación de su ciclo de vida” en: *Investigaciones Turísticas*, núm. 11, enero-junio, pp. 30-51.
- Díaz, José y Román Rodríguez (1979). *El movimiento cristero: sociedad y conflicto en los Altos de Jalisco*. México: Editorial Nueva Imagen.
- Dipublico Derecho Internacional (2023). *Agregado*. Consultado el 20 de junio del 2023 en: <https://www.dipublico.org/glossary/agregado/>.
- Doyle, Derek (2005.) “Per rectum: A History of Enemata” en: *Journal of the Royal College of Physicians of Edinburgh*, vol. 35, núm. 4, pp. 367-370.
- Eurostar (2023). Portal web. Consultado el 20 de junio del 2023 en <https://www.eurostar.com/uk-en>.

- Ferrarotti, Franco (2007). “Las historias de vida como método” en: *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 14, núm. 44, pp. 15-40.
- Flores, Silvana (2016). “El fenómeno de la circulación de actores itinerantes: el caso de las producciones Calderón” en: *Dixit*, vol. 25, núm. 2, pp. 38-48.
- Friedenwald, Julius y Samuel Morrison (1940). “The History of Enema with Some Notes on Related Procedures (Part 1)” en: *Bulletin of the History of Medicine*, vol. 8, núm. 1, pp. 68-114.
- Galeana, Patricia y otros (2014). *De la caída de Madero al ascenso de Carranza*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México. Secretaría de Educación Pública.
- Gall Olivia, Eugenia Iturriaga, Diego Morales y Jimena Rodríguez (2022). *El racismo. Recorridos conceptuales e históricos*. México: Universidad Nacional Autónoma de México /Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación.
- Gilberto, A.C. (2023). Portal web. Consultado el 18 de abril de 2023, en: <https://gilbertoac.org/>
- González Bustillos, José Ariel (2013). “Los barrios de indios de la ciudad de Puebla novohispana” en: *Memorias del iii Congreso Nacional de Estudios Regionales y la Multidisciplinariedad en la Historia*, pp. 94-117.
- González Quiroga, Miguel Ángel (2006). “Nuevo León durante la independencia de Texas, 1835-1836” en: *Historia Mexicana*, vol. LVI, núm. 2, pp. 427-470.
- Gutiérrez, Alicia B. (2003). “«Con Marx y contra Marx»: el materialismo en Pierre Bourdieu” en: *Revista Complutense de Educación*, vol. 14, núm. 2, pp. 453-482.
- Herrera Feria, María de Lourdes (2003). “Las mujeres en el ámbito de la educación técnica en Puebla a finales del siglo XIX” en: *Colección Pedagógica Universitaria*, núm. 40, pp. 1-19.
- Iglesias Catalán, Jesús (2021). “Estudio cultural de la revista *Ser*: el estridentismo en Puebla”. Tesis de Maestría en Literatura Hispanoamericana, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (2021). *Cuantificando la clase media en México 2010-2020*. México: INEGI.
- Iturralde, Gabriela (2017). “Obstáculos al reconocimiento constitucional de los pueblos y comunidades afro mexicanas: ¿objeciones del racismo?” en: *Antropologías del Sur*, núm. 4, vol. 8, pp. 127-147.
- Iturriaga, Eugenia (2016). *Las élites de la ciudad blanca. Discursos racistas sobre la otredad*. México: UNAM.
- Iturriaga, Eugenia (2019). “Cultura y representaciones de la élite meridana “en: Gilberto Giménez y Natividad Gutiérrez Chong (compiladores) *Las culturas hoy*. México: Instituto de Investigaciones Sociales/ UNAM, pp. 135-162.
- Iturriaga, Eugenia (2020) “Desencriptar el racismo mexicano: blanquitud y mestizaje” en: *Desacatos*, núm. 64, pp. 148-163.
- Kent Serna, Rollin (1987). “La organización universitaria y la masificación. La UNAM en los años setenta”, en: *Sociología*, vol. 2, núm. 5, pp. 73-119.
- La nación (25 de enero de 2021). *A 50 años del terror: así fue la vida del dictador Idi Amin, “el carnicero de Uganda”*. Recuperado el 28 de junio de 2023: <https://www.lanacion.com.ar/el-mundo/idi-amin-dictador-carnicero-uganda-50-anos-nid2581841/>.
- LaFrance, David G. (1980). “Madero, Serdán y los albores del movimiento en Puebla” en: *Historia Mexicana*, vol. 29, núm. 3, pp. 472-512.
- Levi, Giovanni (1989). “Los usos de la biografía” en: *Annales*, vol. 44, núm. 6, pp. 1325-1337.
- Lida, Clara E. (1994). “El perfil de una inmigración: 1821-1939” en: Clara Eugenia Lida (compiladora) *Una inmigración privilegiada: comerciantes, empresarios y profesionales españoles en México en los siglos XIX y XX*. Madrid: Alianza, pp. 25-51.
- Márquez Morfín, Lourdes y América Molina del Villar (2010). “El otoño de 1918: las repercusiones de la pandemia de gripe en la ciudad de México” en: *Desacatos*, núm. 32, pp. 121-144.

- Martínez Medina, Héctor Gerardo (1985). “Génesis y desarrollo del maderismo en Oaxaca (1909-1912)” en: Víctor Raúl Martínez Vázquez (coordinador) *La Revolución en Oaxaca*. Oaxaca: Instituto de Administración Pública de Oaxaca, pp. 73-52.
- Masferrer León, Cristina (2016). “Yo no me siento contigo. Educación y racismo en pueblos afromexicanos” en *Diálogos sobre educación. Temas actuales en investigación educativa*, vol. 7, núm. 13, pp. 1-17.
- Matabuena Peláez, Teresa (13 de julio de 2018). *Origen y desarrollo: algunas notas sobre la historia de la IBERO*. Recuperado el 27 de mayo de 2023 en: <https://ibero.mx/prensa/origen-y-desarrollo-algunas-notas-sobre-la-historia-de-la-ibero>.
- Misioneros del Espíritu Santo (2020). *Inhumyc*. Consultado el 4 de julio de 2023 en: <https://mspsprovinciamexico.org/inhumyc/>.
- Mora, Francisco Javier (2000). “El estridentismo mexicano: señales de una revolución estética y política” en: *Anales de Literatura Hispanoamericana*, núm. 29, pp. 257-275.
- Morales, Sara, Ileana Petra Micu y María Teresa Cortés (1998). “El programa de alta exigencia académica en la Facultad de Medicina de la UNAM” en: *Revista Educación Superior ANUIES*, vol. 109, pp. 7-26.
- Moreno Iregui, Camilo A. y John Farfán Rodríguez (2021). “Narvarte y Palermo: la costura urbana desde dos perspectivas de la planeación en Ciudad de México y Bogotá en la primera mitad del siglo xx” en: *Academia XIXII*, vol. 11, núm. 22, pp. 3-28.
- Moreno Olmedo, Alejandro (2016). *Antropología cultural del pueblo venezolano. Tomo I*. Caracas: Fundación Empresas Polar / Centro de Investigaciones Populares.
- Nutini, Hugo (2004). *The mexican aristocracy. An expressive ethnography, 1910-2000*. Austin: University of Texas.
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (2023). *Quiénes somos*. Consultado el 20 de junio de 2023 en: <https://www.oecd.org/acerca/>

- Pantoja, Camilo (2016). “La permanente crisis de Guerrero” en: Raúl Benítez Manaut y Sergio Aguayo (editores) *Atlas de la seguridad y la defensa de México 2016*. México: CASEDE, pp.207-219.
- Pérez Herrero, Pedro (1981). “Algunas hipótesis de trabajo sobre la inmigración española a México: los comerciantes” en: Clara E. Lida (coordinadora) *Tres aspectos de la presencia española en México durante el porfiriato: relaciones económicas, comerciantes y población*. Ciudad de México: El Colegio de México, pp. 103-173.
- Pérez-Méndez, Alfonso y Alejandro Aptilon (2007). *Las Casas Del Pedregal 1947-1968*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Pujadas Muñoz, Juan José (1992). *El método biográfico: El uso de las historias de vida en ciencias sociales*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Quecha, Citlalli (2015). “La movilización etnopolítica afrodescendiente en México y el patrimonio cultural inmaterial” en: *Anales de Antropología*, vol. 49, núm. 2, pp. 149-173.
- Quecha, C. (2016). *Familia, infancia y migración: un análisis antropológico en la Costa Chica de Oaxaca*. México: UNAM.
- Ramírez Carrillo, Luis Alfonso (1994). *Secretos de familia. Libaneses y élites empresariales en Yucatán*. México: CONACULTA.
- Ramírez Rosete, Norma L. (2019.) “Rehabilitación urbana sostenible: preservación del patrimonio cultural en los barrios históricos de Puebla” en: *Cuetlaxcoapan*, núm. 18, pp. 40-45.
- Restrepo, Eduardo (2016). *Etnografía: alcances, técnicas y éticas*. Bogotá: Envión.
- Rodríguez Álvarez, María de los Ángeles (2003). “La educación técnica de la mujer en México” en: *Revista GénEros*, núm. 29, pp. 27-38.
- Ruiz, C. (2007). “Presencia africana en el repertorio musical del baile de artes de la Costa Chica.. *Diario de Campo* (suplemento), 42, 128-139.
- Sagrado Corazón San Luis Potosí (2019). *Historia*. Consultado el 18 de abril de 2023, en: <https://sagradosanluis.edu.mx/historia/>.

- Salazar Rebolledo Juan Alberto (2019). “Historia de un fracaso. La mercantilización de la cultura juvenil en el festival de Rock de Avándaro 1971” en Ricardo Pérez Montfort y Ana Paula de Teresa (coordinadores) *Cultura en venta. La razón cultural en el capitalismo contemporáneo*. México: Penguin Random House, pp.281-327.
- Salinas Arreortua, L. y Emilio Romero Sabre (2019). “El impacto del sector inmobiliario en los procesos de gentrificación en la colonia Juárez, Ciudad de México” en: *Revista Geográfica Venezolana*, vol. 60, núm. 2 pp. 398-412.
- Sánchez de Carmona y Lerdo de Tejada, Manuel y María del Carmen Bernárdez de la Granja (2007). “Las Lomas de Chapultepec.” en: *Anuario de espacios urbanos, historia, cultura y diseño 2007*, núm 14. Recuperado en 27 de mayo de 2023 en: <http://hdl.handle.net/11191/7230>.
- Sánchez Silva, Carlos (1985). “Crisis política y contrarrevolución en Oaxaca (1912-1914)” en: Víctor Raúl Martínez Vázquez (coordinador) *La Revolución en Oaxaca*. Oaxaca: Instituto de Administración Pública de Oaxaca, pp. 53-111.
- Sandoval Macías, Cecilia (2015). “Agustín Loera y Chávez y la creación de la biblioteca de la Escuela Bancaria y Comercial” en: *Legajos*, núm. 8, pp. 35-55.
- Santa María, Rodolfo. (1993). “La colonia Roma a comienzos del xx: Arquitectura Patrimonial en ciudad de México” en: *Arquitecturas del Sur*, vol. 10, núm 19, pp. 13–20.
- Santillán, Martha (2008). “Discursos de redomesticación femenina durante los procesos modernizadores en México, 1946-1958” en: *Historia y Grafía*, núm. 31, pp. 103-132.
- Servicio de Transportes Eléctricos (2019). *Antecedentes*. Recuperado el 10 de abril de 2023, en: <https://web.archive.org/web/20110806083536/http://www.ste.df.gob.mx/antecedentes/index.html>.
- Sociedad Potosina, S.C., La Lonja (2023). *Portal web*. Consultado el 18 de abril de 2023, en: <https://lalonja.com.mx/>.

- Stavenhagen, Rodolfo (1962). “Estratificación social y estructura de clases” en: *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 8, vol. 27, pp. 73-102.
- Suárez, Blanca Estela (1987). “Las interpretaciones positivistas del pasado del pasado y el presente (1880-1910)” en: Carlos García Mora (coordinador) *La antropología de México: panorama histórico*, vol.2, pp.15-77. México: INAH.
- TECMUN (s.f.). *Portal web*. Consultado el 18 de abril de 2023, en: <https://www.tecmun.org/>
- Ugalde Quintana, Israel (2018). “Economía, sociedad y religión en la Costa Chica en el siglo XVIII”. Tesis de Doctorado, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Universidad de las Américas (2018). *Breve historia*. Ciudad de México: UDLA. Consultado el 20 de junio de 2023 en: <http://www.udlacdmx.mx/ver3/index.php/es/udlacdmx2/inf>.
- Universidad de las Américas Puebla (2023). *Historia*. Puebla:UDLAP. Consultado el 20 de junio de 2023 en: <https://www.udlap.mx/web/conocelaudlap/historia.aspx#/>.
- Velázquez, María Elisa y Gabriela Iturralde Nieto (2016). *Afrodescendientes en México. Una historia de silencio y discriminación*. México: Comisión Nacional de los Derechos Humanos. Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación / Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Valenzuela Valdivieso, Ernesto (2009). “La construcción y evolución del espacio turístico de Acapulco (México)” en: *Anales de Geografía*, vol. 30, núm. 1, pp. 163-190.
- Vera, Héctor (2007) *A peso el kilo. Historia del sistema métrico decimal en México*. Ciudad de México: Libros del escarabajo.
- Warman, Arturo, Guillermo Bonfil, Margarita Nolasco, Enrique Valencia y Mercedes Olivera (1970). *De eso que llaman antropología mexicana*. México: Nuestro Tiempo.
- Winfield, Fernando y Daniel Martí (2013). “Urbanismo y modernidad: la influencia de las ciudades jardín en México: 1921-1930” en: *Arquitecturas del Sur*, vol. 31, núm 44, pp. 34-47

En México son pocas las etnografías que se han realizado sobre la clase alta o los sectores dominantes. Esto se puede deber a que el trabajo antropológico es un conocimiento situado que requiere relaciones cara a cara y los integrantes de las clases altas se mueven en espacios restringidos, de difícil acceso. Por ello, escudriñar en su mundo implica todo un reto para quienes practicamos la antropología. En este libro el lector encontrará lo que se conoce como historias de vida de relatos múltiples, es decir, se trata de experiencias distintas centradas en un solo objeto. En este caso, el objeto es el color de piel en las clases altas de la sociedad mexicana. La idea de presentar estas cuatro narraciones es que formen un coro polifónico en el que se escuchen voces, timbres y tesituras diversas que al reunirse conformen un todo mucho más complejo. Mi apuesta es que este ensamble de testimonios sea un hilo conductor que nos permita reflexionar sobre las formas en que una clase marca sus fronteras, delimita sus espacios y distingue a las personas.



PARIS — L'Arc de Triomphe
Triumph Arch — Triumphbogen